Biblioteca de Patrística

CIPRIANO

la unidad de la iglesia
el padrenuestro
a donato

Ciudad Nueva

Cipriano
LA UNIDAD DE LA IGLESIA
EL PADRENUESTRO
A DONATO

Cecilio Cipriano nació entre los años 200 y 210 probablemente en Cartago. Su familia pertenecía a la alta burguesía, por lo que pudo realizar estudios superiores y llegó a granjearse merecida reputación por su elocuencia. Poco tiempo después de su conversión al cristianismo fue ordenado sacerdote, y en el año 249 –por aclamación del pueblo– fue elegido obispo de Cartago. Después de diversas vicisitudes debidas a las persecuciones contra los cristianos y a problemas de carácter doctrinal, murió mártir.

Tras las huellas de Tertuliano, a quien consideraba su maestro, Cipriano fue una gran figura de la Iglesia occidental. Mostró siempre una gran inquietud pastoral a favor de sus fieles, y destacó por su interés en la organización y la estructura eclesial. El obispo de Cartago profundiza y traza las líneas maestras de una auténtica teología de la unidad de la Iglesia. Él ve la unidad como reflejo de la Trinidad: unidad del pueblo cristiano en torno al obispo; unidad de los obispos entre ellos, que anudan colegialmente los hilos de la comunión eclesial. Esta unidad es el gran designio de Dios sobre los hombres y no se puede prescindir de ella.

Este volumen recoge tres importantes obras de Cipriano que, en su conjunto, nos dan un perfil bastante completo de su personalidad. *La unidad de la Iglesia* muestra la fuerza de su ideal, que es precisamente la unidad; el comentario al *Padrenuestro* sigue siendo una joya de la literatura cristiana, donde nuestro autor revela su gran amor por el Evangelio; *A Donato*, su primer escrito después de la conversión, puede considerarse como "las confesiones" de Cipriano.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

12

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Cipriano

LA UNIDAD DE LA IGLESIA
EL PADRENUESTRO
A DONATO

Introducción y notas de Carmelo Failla
Traducción del latín de Joaquín Pascual Torró

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA DE PROFESORES
MADRID

Ciudad Nueva
Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

Segunda edición: marzo 2001

© 1991, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid

ISBN: 84-89651-97-3
Depósito Legal: M-10293-2001

Impreso en España - Printed in Spain

Preimpresión: MCF Textos - Madrid
Imprime: Artes Gráficas Cuesta - Madrid

INTRODUCCIÓN

El África cristiana

Juvenal exclamaba en Roma, a finales del siglo primero después de Cristo: «¡No puedo soportar, oh Quirite, una Roma griega! Y... ¡si sólo fuese griega! Hace ya tiempo que el río Orontes desagua en el Tíber, descargando en él la lengua y costumbres de ese país... Uno ha dejado Sicione, el otro Andros o Samos o Tralli; todos marchan camino del Esquilino o del Viminale, y se convierten en los amos y en el alma de las grandes familias. Ingenio despierto, audacia descarada, locuacidad fácil. Dime, ¿qué crees que es un griego? El griego lleva consigo a un hombre capaz de todo: al gramático, al retórico, al geómetra, al pintor, al adivino, al funámbulo, al médico, al mago; de todo sabe un griego hambriento»[1].

Así pues, Roma está invadida por orientales; y su ambiente está helenizado en todos los niveles, aunque esta moda helenizante se pone de relieve principalmente en los círculos más sofisticados. Estaba de moda hablar en griego, componer en griego, declamar en griego y, naturalmente, citar a autores griegos.

El mismo fenómeno de helenización estaba presente en todos los grandes centros de la cuenca del Mediterráneo. Sin embargo estos centros, menos cosmopolitas que Roma, re-

1. *Sátiras* 3, 60 ss.

gistraron la influencia helenista en el ámbito de círculos más restringidos de intelectuales. En cuanto al idioma, en amplios estratos de la población se dejaba sentir más bien la influencia de la lengua de los conquistadores romanos. Por ejemplo, en África, los soldados, los funcionarios, los comerciantes que llegaban de Italia se expresaban con mayor facilidad en latín; por eso, los africanos aprendieron sobre todo el latín, aunque sólo fuese por la necesidad que imponían los frecuentes e importantes intercambios comerciales que pronto se establecieron entre Roma y Cartago.

En esta situación fue precisamente una provincia romana la que vino a asumir, en el siglo segundo, un papel de primer plano en el mundo latino: África, rica en recursos económicos, pero también en antiguas civilizaciones. África dio un preceptor a Marco Aurelio en la figura de Frontón de Cirta; África dio a la literatura el refinado estilista Apuleyo de Madaura; y África dio a Roma incluso un emperador, Séptimo Severo, de Leptis Magna (193-211).

Pues bien, quizá sea este conjunto de hechos económicos, políticos, artísticos y lingüísticos, lo que terminó por crear las razones ambientales del fenómeno que resultará fundamental para la historia del cristianismo, el fenómeno por el que precisamente África –y no Roma– se convirtió en el centro en el que nació y desde el que se irradió la primera literatura cristiana en lengua latina.

Y después de este arranque, África sería «hasta el siglo cuarto la antorcha del pensamiento cristiano occidental»[2].

El documento más antiguo de la historia de la Iglesia, escrito en latín, viene de África: se trata de las *Actas de los mártires escilitanos*, que se remonta al año 180[3].

2. Cf. P. DE LABRIOLLE, *Histoire de la littérature latine chrétienne*, París 1947, vol. I, p. 93.

3. Éste es el primer documento histórico de la Iglesia de África. El origen de esta Iglesia no

Pero es aún más significativo el hecho de que precisamente se sitúe en África la primera traducción latina de la Biblia. Esto puede suponerse al menos por la indicación de uno de los mártires de Scilium, Esperato. Al preguntarle el procónsul Saturnino qué es lo que llevaba en una especie de saco que traía consigo, Esperato contesta: «Libros (una variante de los códices dice: los libros de los Evangelios) y las epístolas de Pablo, hombre justo»[4]. Dado que los mártires de Scilium eran gente del pueblo y que, además de la lengua local, sólo debían de conocer el latín, se deduce que aquí se encuentra ya la alusión a una Biblia latina.

Pero, como observa Bardy[5], «lo que es una suposición en el caso de los escilitanos, se convierte en certeza cuando leemos a Tertuliano. Es indudable que cuando compone sus obras tiene ante sus ojos el texto griego de la Biblia, y en particular del Nuevo Testamento, y se sirve de él y lo traduce. Y, sin embargo, él conoce igualmente y cita una traducción de la Biblia que circula entre sus compatriotas, y aunque a veces no deje de criticarla, insiste en recordarla. Esta traducción no tiene carácter oficial alguno, pero existe, y esto es lo notable»[6].

El desarrollo sucesivo y la fijación de esta primera traducción latina de la Biblia se realizará en el período comprendido entre Tertuliano y Cipriano. Si anteriormente cir-

es bien conocido; generalmente se piensa que la primera evangelización de África procedió de Oriente; sin embargo, la predicación regular y la organización de la comunidad fueron obra de Roma.

4. *Acta martyrum scillitanorum*, 12.

5. G. BARDY, *La question des langues dans l'Église ancienne*, París 1948, vol. I, p. 59.

6. El mismo autor, en una nota de la página citada en la obra, recuerda como ejemplos el *Adversus Marcionem*, 2, 9, y el *De monogamia*, 11.

culaban diversas versiones de los mismos textos, hacia el año 250 se tendrá ya una redacción definitiva[7].

Pues bien, aunque la primera traducción de la Biblia –nacida de una necesidad práctica y marcada esencialmente por la impronta del pueblo– representa el comienzo más visible de la producción cristiana en latín, todavía no se puede hablar aquí de un modo auténtico y original de expresión de la Iglesia en dicha lengua.

Sin lugar a dudas, es más bien con la obra de Tertuliano –y por consiguiente siempre en África– como la Iglesia latina encuentra su propio estilo, la forma literaria adecuada a su doctrina y su vocabulario teológico, litúrgico y ascético. Tertuliano conoce perfectamente los recursos de la lingüística, de la dialéctica y de la retórica, y los utiliza a fondo, sirviéndose de ellos para expresar toda la fuerza del pensamiento de la religión a la que se ha convertido. Si tiene necesidad de un vocablo nuevo, más eficaz, que exprese las nuevas ideas que le apremian dentro, no duda en acuñar de un golpe la palabra que le sirve para el caso; e incluso fuerza las reglas de las sintaxis cuando desea expresarse con más libertad. El resultado fue que con él tenemos el verdadero principio de la literatura latina cristiana en forma original.

Así pues, la Iglesia de África –con su centro en Cartago– producía la primera traducción de la Biblia y el genio de Tertuliano; pero éstos eran, por así decirlo, los fenóme-

7. A. D'ALÈS, en *La théologie de saint Cyprien*, París 1922, pp. 47-48, escribe: «Las colecciones (de Cipriano) *Ad Fortunatum* y *Ad Quirinum* requerían la referencia a una versión ya existente; y, cuando él cita los mismos textos, comprueba en todas sus obras que, salvo inadvertencias accidentales debidas a la memoria o a adaptaciones de importancia secundaria, se atiene siempre al mismo texto». Cf. H. VON SODEN, *Das lateinische Neue Testament in Afrika zur Zeit Cyprians*, Leipzig 1909; P. CAPELLE, *Le texte du psautier latin en Afrique*, Roma 1913.

nos macroscópicos de toda una vida, de toda una comunidad que se estaba desarrollando a pleno ritmo y en amplia escala y, hasta tal punto, que hacía exclamar a Tertuliano, en el año 197: «Andan por ahí gritando que los cristianos invaden la ciudad: cristianos en los campos, en las ciudades, en las islas; consideran un perjuicio lamentable el hecho de que personas de todo sexo, edad, condición e incluso dignidad se hagan cristianos»[8]; y en el año 212 podía decirle al procónsul Escapula, que amenazaba con perseguir a los cristianos: «Nosotros somos una multitud inmensa, casi la mayoría en cada ciudad»[9].

La difusión del cristianismo en África (sobre todo en el África Proconsular y en Numidia, y algo menos en Mauritania) se potencia después, durante 30 años de paz sin persecución, por lo que en la época de Cipriano las comunidades se extendían por casi todas partes, en los centros del litoral y por el interior del país.

De este período se conserva una abundante documentación; se trata, sobre todo, de las cartas de Cipriano y de las Actas de los Concilios de Cartago; pero también de diversas cartas de obispos, del clero, de confesores; de las inscripciones cristianas de la época; de panfletos o tratados anónimos; y de la rica literatura martirológica. A través de toda esta documentación resulta un cuadro bastante exacto y completo de la Iglesia africana tal y como era hacia la mitad del siglo tercero, mientras que del período anterior sólo puede tenerse una idea aproximada.

Las listas de los obispos que periódicamente se reunían en Cartago nos dan idea de la extensión numérica y geográfica de esta Iglesia. En el Concilio de Cartago del año

8. TERTULIANO, *El Apologético*, 1, 7, Biblioteca de Patrística 38, Ciudad Nueva, Madrid 1997, p. 21.

9. TERTULIANO, *Ad Scapulam*, 2.

252 están presentes 42 obispos; 66 en el del 253; 37 en el del 254; 31 en el del 255; y 71 y 87, respectivamente, en los dos Concilios de comienzos y finales del 256. Normalmente estos obispos proceden del África Proconsular y de Numidia pero, cuando se trata de cuestiones importantes, vienen también de Mauritania y de Tripolitania y de los confines del desierto, como sucedió en el 256. A propósito de las *Sententiae episcoporum* LXXXVII, del segundo Concilio del 256, observa Monceaux que, como documento de la difusión del cristianismo, «no tiene equivalente en el siglo III en ninguna otra parte del Imperio romano»[10].

Aunque estos obispos se reunían en Cartago, ello no estaba determinado por una auténtica organización por provincias eclesiásticas, ya que en realidad todavía no existía. Era sólo por una cuestión de hecho: la Iglesia de Cartago ejercía un primado moral sobre todas las demás Iglesias africanas. Cartago, que geográfica, política y comercialmente estaba en una situación privilegiada, se había convertido también en el centro de mayor difusión del cristianismo; por consiguiente, se tenía la mirada puesta en aquella Iglesia y, espontáneamente, se dirigían a ella para las cuestiones generales o más comprometidas.

Los documentos a los que antes nos referíamos nos ofrecen el testimonio de una considerable organización jerárquica en cada una de las Iglesias. Además del obispo, de los sacerdotes y de los diáconos, se nombraban todos los grados inferiores de la jerarquía, es decir, los subdiáconos, los acólitos, los exorcistas y los lectores, excepto los ostiarios; los laicos se dividían en catecúmenos, penitentes, fieles bautizados, viudas, vírgenes y confesores[11].

10. P. MONCEAUX, *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne*, París 1902, Bruselas 1966, vol. II, p. 65.

11. Por ejemplo: para los lectores (*lectores*) y los subdiáconos (*hypodiaconi*), cf. CIPRIANO, *Ep.*

Pero toda esta estructuración de la comunidad no sofocaba la unión entre los cristianos. Es más, Cipriano, al escribir a los sacerdotes y diáconos, les confiesa: «Queridísimos: desde el comienzo de mi episcopado determiné no tomar ninguna resolución por mi cuenta sin vuestro consejo y el consentimiento de mi pueblo»[12].

El pueblo no estaba distante ni separado de la jerarquía; se encontraba activamente presente en la elección del clero y en las elecciones o destituciones de obispos; asistía a los Concilios y participaba responsablemente en todos los acontecimientos de la Iglesia. «Conviene a la disciplina –escribe Cipriano– y a la vida misma que todos nosotros tenemos que llevar, que los responsables de la asamblea, con el clero, en presencia de aquellos del pueblo que no hayan caído, y a los que hay que honrar por su fe y temor de Dios, podamos regular todas las cosas por una deliberación en común»[13]. Y, además, «es necesario seguir y observar la tradición divina y la práctica apostólica: cuando haya que ordenar a un jefe para el pueblo fiel, es necesario que se reúnan los obispos de la provincia y que la elección del obispo se haga en presencia del pueblo, que conoce perfectamente la vida y que ha podido estimar la conducta de cada uno viviendo a su lado»[14]. La vida de la

29; para los acólitos (*acoluthi*), *Ep.* 7; para los exorcitas (*exorcistae*), *Ep.* 23 (en la Iglesia de Roma está confirmada la existencia, en este mismo período, de ocho grados de jerarquía, incluyendo a los ostiarios; véase la carta del papa Cornelio a Fabio de Antioquía en el 251; cf. EUSEBIO, *Historia Eclesiástica* VI, 43, 11 (traducción española de A. VELASCO), BAC 350, Madrid 1973, p. 423. Para los catecúmenos, los penitentes, los fieles bautizados, las viudas, las vírgenes y los confesores, cf. CIPRIANO, *Ep.* 8, 55, 66, 7, 4, 10.

12. *Ep.* 14, 4.

13. *Ep.* 19, 2.

14. *Ep.* 67, 5. Cf. YVES M. J. CONGAR, *Per una teologia del laicato*, Brescia 1966, p. 334.

Iglesia está completa e íntimamente impregnada de la experiencia de la primera comunidad apostólica, en la que los fieles eran *un corazón solo y un alma sola*[15]. El recuerdo de aquella primera comunidad –a casi un siglo y medio de distancia– actúa fuertemente en el alma de los actuales creyentes.

Sin embargo no se puede idealizar demasiado. El hecho de que durante los últimos treinta años el cristianismo se haya desarrollado de manera sorprendente en África, tuvo como contrapartida el relajamiento entre los sacerdotes y los obispos.

El mismo Cipriano da testimonio de ello con amargura: «Hermanos, la verdad no puede esconderse. Se pensaba en acrecentar el patrimonio propio; ya no existía piedad en los sacerdotes; muchos obispos se convertían en negociantes. Por ello, el Señor ha querido probar a sus siervos –pues la larga paz había terminado por hacernos olvidar las enseñanzas divinamente transmitidas–, la censura del cielo ha vuelto a despertar nuestra languidecida, y yo diría, casi dormida fe»[16]. Fue la persecución de Decio en el 250 lo que sacudió a la comunidad africana, persecución a la que precisamente alude Cipriano. Aunque hubo varios mártires, hubo también muchos cristianos que renegaron de su fe; y Cipriano llora aquel desastre: «No puedo quedar inmune y libre ante el ataque de la persecución; mi afecto a los hermanos me ha hecho creer que también yo caía vencido cuando caían ellos derribados»[17].

A partir de aquí, todos los acontecimientos de la Iglesia de África se polarizan completamente alrededor de la excepcional figura del obispo de Cartago, Cipriano, y están determinados por su acción y por su vida.

15. Hch 4, 32.
16. *De lapsis*, 11, 5.
17. *De lapsis*, 4.

Cipriano

Cecilio Cipriano[18] nació en una fecha difícil de precisar, entre los años 200 y 210, en el África Proconsular[19] y, con mucha probabilidad, en Cartago[20]. Su familia pertenecía a la alta burguesía, por lo que creció entre comodidades y pudo realizar estudios superiores[21]. Como los jóvenes de su época, se dedicó apasionadamente a la elocuencia, que ofrecía las más brillantes perspectivas de éxito, y al parecer ejerció de abogado[22]. Su formación literaria fue tan grande que, en su estilo y en su forma, elegante y sobria, revelará un gusto cultivado durante largo tiempo y de elevado nivel expresivo.

Además de dedicarse a los estudios se entregaba a las diversiones, como un convencido y despreocupado pagano militante, de familia también pagana[23].

Nadie podría imaginar que aquella vida llegaría a producirle náuseas. Pero el momento de la «crisis» acabó por llegar. El mismo Cipriano nos describe su desasosiego ante la oscuridad y la duda: «Yacía yo aún en las tinieblas de una noche oscura, cuando, vacilante, fluctuaba en medio del mar de este mundo agitado e, indeciso, seguía en la senda del

18. Su nombre completo, tal como se cita en algunas obras, es *Caecilius Cyprianus qui et Tascius*, en el que *Tascius* parece haber sido su apodo. Las fuentes de la vida de Cipriano, aparte de algunas noticias de Lactancio, san Jerónimo y san Agustín, son la *Vita Cypriani* (CSEL, III, 3, pp. XC-CX) y las *Acta proconsularia* (CSEL, III, 3, pp. CX-CXIV), escritas por contemporáneos suyos, y los tratados y la correspondencia del propio Cipriano (CSEL, III, 1-3).

19. Cf. JERÓNIMO, *De vir. ill.*, 67.

20. Cf. *Vita Cypriani*, 15; *Acta*, 2; CIPRIANO, *Ep.* 81.

21. Cf. *Vita Cypriani*, 2.

22. Cf. LACTANCIO, *Divin. instit.*, V, 1, 24; JERÓNIMO, *De vir. ill.*, 67; *Comm. in Jon.*, 3, 6; AGUSTÍN, *Sermo* 312, 4; CIPRIANO, *Ad Donatum*, 1.

23. Cf. *Vita Cypriani*, 2-3; CIPRIANO, *Ad Donatum*, 3.

error, desconocedor de mi vida y lejos de la verdad y de la luz»[24].

Sin embargo, se estaba aproximando a un cambio total de vida: «... creía, ante mis costumbres de entonces, que era muy difícil y duro lo que la misericordia divina me prometía para mi salvación. Esto es: que pudiera renacer de nuevo y que, nacido a una nueva vida por el baño del agua salvadora, abandonara lo que había sido antes y, permaneciendo en unión con el mismo cuerpo, llegara a ser un hombre nuevo en el corazón y en la mente. ¿Cómo es posible, me decía, un cambio tan grande?»[25].

Esto nos hace ver que su crisis se iba polarizando hacia una llamada concreta: la conversión al cristianismo.

Se puede suponer que el presbítero Ceciliano –del que Poncio hace referencia en su *Vita Cypriani*– intuyó lo que pasaba por el alma de Cipriano, de quien debió de ser amigo, y le sugirió que leyese el Evangelio. De hecho, Poncio nos dejó estos dos testimonios: «Ceciliano, hombre justo y de laudable memoria, lo había convertido del error del mundo al reconocimiento del verdadero Dios»[26]. «Por consiguiente, nada más aprender ciertas enseñanzas de la divina Escritura, enseguida hizo suyo todo lo que halló útil para procurarse méritos ante el Señor»[27].

En el ambiente que él frecuentaba, la conversión fue un escándalo, y para los cristianos fue una increíble sorpresa: «¿Quién puede recordar un milagro así?»[28], exclamó Poncio.

Escándalo, sorpresa y admiración estuvieron motivados por la inmediata radicalidad del cambio en Cipriano. Ya

24. *Ad Donatum*, 3.

25. Ib.

26. *Vita Cypriani*, 4; cf. JERÓNIMO, *De vir. ill.*, 67. Hacemos notar que la *Vita Cypriani* de Poncio está considerada como el primer testimonio de la literatura biográfica cristiana.

27. *Vita Cypriani*, 2.

28. Ib.

antes del bautismo hizo voto de continencia[29]; y enseguida vendió sus bienes para socorrer a los pobres[30].

Así pues, recibió el bautismo con tales disposiciones que constituyó para él una experiencia inolvidablemente luminosa. Hasta tal punto que lo que escribió ha quedado en la historia de la Iglesia como un testimonio clásico de los efectos de la gracia: «¿Cómo es posible, me decía, un cambio tan grande?... Mas toda mancha de mi vida anterior fue lavada con el agua de la regeneración y en mi corazón, limpio y puro, fue infundida la luz de lo alto. Con la infusión del Espíritu Santo, el segundo nacimiento me convirtió en un hombre nuevo, e inmediatamente, de modo maravilloso, se desvanecieron mis dudas. Se hizo patente lo misterioso, se hizo claro lo oscuro, se hizo fácil lo que antes parecía difícil, se pudo realizar lo que antes se creía imposible. Y pude comprender entonces que era terreno el que, nacido de la carne, vivía sujeto a los pecados, pero que empezaba a ser de Dios este mismo, a quien vivificaba ya el Espíritu Santo»[31].

Desde este instante quiere vivir el Evangelio con plenitud y de manera exclusiva. Por ello, descarta a todos los maestros de otro tiempo e incluso, casi como una autopurificación intelectual, ni siquiera citará a autores no cristianos. El único maestro que elegirá, aparte de la Biblia, será a Tertuliano, a quien él leía diariamente, según nos refiere san Jerónimo[32].

A través de este camino, Cipriano se integra en la tradición más pura del cristianismo africano, que brotó alrededor de la Biblia y de Tertuliano.

Y esta tradición es la que él desarrollará con un enorme ascendiente moral, y extenderá más allá de los confines de

29. Cf. *Vita Cypriani*, 2.
30. Cf. Ib.
31. *Ad Donatum*, 3-4.
32. Cf. JERÓNIMO, *De vir. ill.*, 53.

África cuando, en el año 249, poco después de su bautismo, sea elegido obispo de Cartago, «por juicio de Dios y en favor del pueblo»[33].

Cipriano y la Escritura

En lo que se refiere a su amor especial por la Escritura, puede decirse que Cipriano desarrolla generalmente su pensamiento entretejiéndolo de textos bíblicos. En realidad, más que apoyar sus tesis en la autoridad de los pasajes que cita, es todo su pensamiento el que se mueve en un «espacio bíblico», en un ambiente bíblico[34]. En la palabra de las Sagradas Escrituras nos habla Dios; habla el Espíritu Santo que enseña, exhorta, instruye y corrige; por consiguiente, Cipriano prefiere dejarle el sitio a esta palabra.

Y, en cuanto a su estilo exegético, Cipriano está persuadido de que la Biblia se interpreta, sobre todo, con ella misma; y prueba de ello es que casi nunca recurre a un solo pasaje de la Escritura, sino que se acerca a dos o tres textos bíblicos a la vez, obteniendo así un efecto de luz más eficaz.

Además hay que decir que Cipriano, con la interpretación del Antiguo Testamento –en la línea de la Revelación y de los demás Padres– asigna su justo lugar a la tipología; por ello, los hechos y los personajes del Antiguo Testamento son lo que son –literalmente– en su realidad histórica y en su inmediato significado sagrado, pero, al mismo tiempo, están cargados de un significado espiritual que prefigura a

33. *Vita Cypriani*, 5; cf. CIPRIANO, *Ep.* 43, 1; 59, 6.

34. El hecho de que Cipriano esté tan empapado de la Sagrada Escritura hace suponer que precisamente la Escritura fue un elemento determinante en su experiencia de conversión.

Cristo y a las realidades cristianas. Por tanto, con el acontecimiento de Cristo, a la inteligencia del cristiano se le revelará con absoluta transparencia ese significado escondido; y el cristiano verá el misterio que hoy vive como si lo llevara en su interior desde el pasado, para que aflore en la «plenitud de los tiempos».

En este sentido, bastará con recordar lo que él afirma, en general, en el *De bono patientiae*: «Encontramos que los patriarcas, los profetas y todos los justos, en la imagen precursora, llevaban la figura de Cristo; así sucede con Abel, con Abraham, con Isaac, prototipo de la víctima divina, con Jacob, con Moisés...»[35].

Y, en especial, será ya clásico lo que Cipriano dice del Arca como figura de la Iglesia; si ya Ireneo y Tertuliano habían hecho alusión a esta tipología relativa al Arca, es sobre todo Cipriano quien la subraya, insertándola en un pasaje decisivo de su *De catholicae Ecclesiae unitate*: «No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre. Si pudo salvarse alguien fuera del Arca de Noé, también se salvará quien estuviera fuera de la Iglesia»[36].

Ahora bien –como observa H. de Lubac refiriéndose a Orígenes–, «podría parecer que la doctrina del sentido espiritual afecta sólo a la interpretación del Antiguo Testamento»[37]. Pero Orígenes propone también un sentido espiritual para el Nuevo Testamento[38]. Y el propio Cipriano sugiere, a su modo, un sentido espiritual cuando se expresa así: «Prosiguiendo la oración, formulamos esta petición: *Danos hoy nuestro pan de cada día.* Esto puede entenderse en sentido espiritual o en sentido literal. Los dos sentidos, según la dis-

35. *De bono patientiae*, 10.

36. *De catholicae Ecclesiae unitate*, 6; cf. J. DANIÉLOU, *Sacramentum futuri*, París 1950, pp. 81-82.

37. H. DE LUBAC, *Histoire et Esprit*, París 1950, p. 195.

38. Cf. Ib., p. 195ss.

posición divina, son provechosos para la salvación»[39]. De ésta y de cualquier otra observación similar surgió la discusión en torno a una posible influencia directa de Orígenes en Cipriano[40]. «La cuestión –señala M. Réveillaud– permanece en suspenso (cf. H. Lewy, *Sobria ebrietas*, Giessen 1939, 123-125 y 138-146; y, para la tesis opuesta, cf. J. Lebreton, *S. Cyprien et Origène*, en *Recherches de sc. rel.*, XX, 1930, 160-162). De cualquier modo, en la distinción de los dos sentidos Cipriano se guarda bien de caer en los excesos de Orígenes. En especial, no establece jerarquía alguna entre el sentido psíquico y el espiritual. Para él, el sentido literal es tan verdadero y necesario para la fe como el sentido espiritual»[41].

Lo cierto es que el espíritu de Cipriano, marcado por el equilibrio latino incluso en su sobresaliente carácter místico, jamás rebasará los límites de una exégesis completamente aceptable a nivel pastoral; sin embargo se pueden anticipar las reservas para Orígenes, ya que en este caso el equilibrio exegético resulta forzado, debido a la fuerza que mana impetuosa del genio creador.

Cipriano y Tertuliano

En la línea de la tradición del cristianismo africano, Cipriano muestra, además del amor a la Escritura, una especial admiración por Tertuliano, como ya hemos indicado. A veces imita «al maestro» casi al pie de la letra. Y sin embargo, Cipriano se afirma siempre con una genuina originalidad muy suya.

39. *De dominica oratione*, 18.

40. Cf. M. Réveillaud, *S. Cyprien, l'oraison dominicale*, París 1964, p. 54.

41. Ib., pp. 54-55.

El empuje genialmente dado por Tertuliano a la tradición latina se puede considerar como el gran anillo de enlace entre el cristianismo griego y el cristianismo latino[42]. Tertuliano es perfectamente bilingüe; algunas de sus obras fueron escritas por él primero en griego y traducidas después al latín por él mismo, como *De spectaculis*, *De baptismo*, *De virginibus velandis*, *De corona*. Tiene conocimiento de la literatura cristiana en lengua griega: la que ha surgido en Occidente, como el *Adversus haereses* de san Ireneo de Lyon, y también la que procede de Oriente, como las obras de Justino, Taciano, Milcíades, Atenágoras, Teófilo de Antioquía y Melitón de Sardes. A través de Tertuliano se hace presente en el mundo latino toda la problemática teológica del siglo segundo desarrollada en el mundo griego.

Con Cipriano, por otra parte, asistimos a un progresivo y más dominante espíritu latino en la Iglesia occidental, en el sentido de afirmarse en una línea más práctica y moral, y con preocupaciones preferentemente de organización y de disciplina eclesiástica. Cipriano contribuirá a caracterizar en tal sentido no sólo a la Iglesia de África, sino también a la Iglesia de Occidente en general, debido a su gran influjo universal. Si bien es verdad que en torno a la mitad del siglo tercero la Iglesia de Occidente se extiende por la Galia, España, Italia e Iliria, los centros más activos y desarrollados siguen siendo Roma y Cartago.

Por todo ello, para dar una panorámica de la Iglesia en esta época, se pueden ya concretar diferencias particulares: «Si los problemas del cristianismo sirio son sobre todo ascéticos y los del cristianismo alejandrino son sobre todo teo-

42. Cf. S. Otto, *Natura und Dispositio. Untersuchung zur Naturbegriff und zur Denkform Tertullians*, Munich 1960, p. 218.

lógicos, los problemas del cristianismo latino se centran, especialmente, en la organización de la Iglesia»[43].

Esto se debe, entre otras razones, a que el cristianismo latino atravesará las mismas vicisitudes que van a soportar las Iglesias de África y de Roma.

La persecución de Decio

Apenas había transcurrido un año de la elección de Cipriano como obispo, cuando en el 250 estalló la persecución de Decio (249-251).

Los motivos que empujaron al emperador al edicto de ofrecer sacrificios a los dioses no son conocidos. Se puede suponer que, en la crisis en que se debatía entonces el Imperio, y habiendo sucedido Decio a siete predecesores muertos todos violentamente en batallas o asesinados, quiso propiciarse a las divinidades mediante las súplicas de todos sus súbditos. Y, ciertamente, el emperador no podía imaginarse que habría quien se opusiese a un acto tan natural y sencillo. Pero encontró la resistencia de los cristianos, y por ello se ensañó con crueldad. En Roma una de las primeras víctimas fue el papa Fabiano.

En Cartago, después de los momentos iniciales que cogieron por sorpresa a los cristianos, parece ser que se restablecieron la calma y la paz, quizá también porque el obispo Cipriano se había alejado prudentemente de la ciudad. Pero, pasados un par de meses, a principios de abril, se recrudeció la persecución; y esta vez, junto a los testimonios de muchos mártires, se registró una increíble defección de cristianos (*lapsi*). Algunos de ellos ofrecieron sacrificios (*sa-*

43. J. DANIÉLOU - H. MARROU, *Nouvelle histoire de l'Église*, París 1963, vol. I, p. 231.

crificati o thurificati); otros, aunque no lo hicieron, obtuvieron la libertad consiguiendo de los magistrados romanos certificados atestiguando que habían sacrificado (*libellatici*).

De esta forma, Cipriano –que todavía permanecía fuera de Cartago– se encontró ante el deber de decidir qué conducta adoptar respecto a los *lapsi*. Y porque además éstos, después de la caída, solicitaron ser readmitidos en la Comunión; y algunos sacerdotes, tras la recomendación de los «confesores», los admitían en la Iglesia sin más.

Cipriano aceptaba que los *lapsi* pudieran ser perdonados, pero subrayaba la necesidad de una penitencia prolongada, excepto en caso de peligro de muerte. Y no sólo se mostraba muy exigente, sino que su postura era la que se mantenía en la Iglesia[44], aunque estaba lejos del rigorismo de Tertuliano, quien había negado que la Iglesia pudiera absolver ciertos pecados, entre los cuales estaba el de la apostasía.

Pero la situación se complicó en Cartago al formarse un grupo de disidentes alrededor de cinco sacerdotes, los cuales, desde el momento en que Cipriano fue hecho obispo, habían manifestado su disconformidad con la elección de un hombre recién convertido. Al frente de ellos se encontraba un tal Novato, al que se unió después, en primer lugar, el laico Felicísimo. Éstos se declararon favorables a la readmisión en masa de los *lapsi* y llegaron hasta el punto de elegir obispo a un tal Fortunato para enfrentarlo a Cipriano.

En Roma se produjo un hecho similar que tuvo inmediata repercusión en África. Contra el papa Cornelio, elegido para suceder a Fabiano en marzo de 251, se levantó Novaciano con el pretexto de ser él la cabeza de la Iglesia romana. Cornelio fue apoyado por Cipriano apenas éste tuvo la información necesaria sobre la doble elección romana. Pero Novaciano, bien apoyado, puso manos a la obra

44. Cf. *Dictionnaire de théologie catholique: Pénitence, le III siècle*, vol. XII, parte I, pp. 764ss.

y trató de hacer prevalecer sus propias ideas a través de sus partidarios, enviados a la Galia, a Antioquía, a Alejandría y a África. Novaciano, al contrario de los laxistas cartagineses, se decantaba por otras maneras, por una actitud extremadamente rígida en el enfrentamiento con los *lapsi,* y en la polémica llegó a sostener que se les debía negar el perdón incluso al llegar el fin de su vida. Su partido hizo algunos prosélitos, incluso en Cartago, donde, por añadidura, se nombró obispo al clérigo Máximo.

Por todo esto, al regresar a Cartago, Cipriano se encontraría ante las dos tendencias opuestas de los cismáticos cartagineses y los cismáticos romanos.

Una vez terminada la persecución, Cipriano retorna a la ciudad después de la Pascua del año 251. Habían transcurrido quince largos meses desde que se tuvo que alejar, y la situación de la Iglesia había sufrido una tremenda transformación, tanto por los hechos del exterior como por las divisiones internas.

Y se dedicó rápidamente a la reconstrucción de la comunidad cristiana, haciéndolo con su palabra, con sus tratados, con sus cartas y con una extraordinaria actividad conciliar, que marcó una recuperación general de la Iglesia de África[45]. A través de su paciencia y de la dulzura que le era característica, unidas a una marcada firmeza y a un extraordinario valor, terminó por liquidar las dos facciones del laxismo y del rigorismo[46].

Con respecto a los *lapsi* sinceramente arrepentidos, Cipriano seguirá una línea más mitigada todavía. De hecho, al

45. La actividad conciliar de la Iglesia de África durante el episcopado de Cipriano es extraordinariamente importante. Cf. P. MONCEAUX, *op. cit.*, pp. 41-66.

46. Su acción contra el novacianismo se extendería a Europa al escribir al futuro papa Esteban para hacer deponer al novacianista Marciano, obispo de Arles (cf. CIPRIANO, *Ep.* 68).

atisbarse en el año 252 la posibilidad de una nueva persecución, en el Concilio de Cartago de aquel año se tomará la decisión de readmitir en la Iglesia a todos los que habían hecho penitencia (a los *libellatici* se les había concedido ya el perdón en 251).

La peste

Ahora que ya la cristiandad africana había encontrado su unidad en torno a Cipriano, ésta iba a pasar por calamidades de otro tipo. La primera desgracia le correspondió a Numidia, que fue devastada por una horda de bárbaros. Muchos cristianos, hombres y mujeres, cayeron en manos de los bandidos, y pudieron ser rescatados gracias al tributo en sextercios que Cipriano logró recoger en Cartago.

Pero la tragedia que desbarató todo fue la peste que diezmó Cartago entre los años 252 y 254.

El cuadro que nos dejó Poncio es espantoso: «Estalló después una terrible peste, una maldita epidemia devastadora, de espantosas proporciones, que afectaba diariamente a innumerables personas, invadiendo las casas una a una, entre el terror del pueblo. Todos estaban aterrados, lloraban y trataban de evitar el contagio abandonando despiadadamente a sus familiares, como si con el moribundo apestado se alejase también la muerte. Yacían por toda la ciudad cuerpos humanos, por todas las calles había cadáveres vivientes que a la vista de la suerte común de todos, pedían piedad a los que pasaban. Nadie se preocupaba de otra cosa que no fuese su propia salvación, nadie temblaba al pensar que tal desgracia podía alcanzarle a él, nadie hacía a los demás lo que hubiera querido que le hiciesen a él»[47].

47. *Vita Cypriani*, 9.

Es una oleada de muerte que todo lo inunda, y Cipriano ve cómo un nuevo y tremendo interrogante remueve todas las conciencias. Si la persecución de Decio había sido una exhortación sobre el amor de Dios, la peste era ahora un examen sobre el amor al prójimo. «Esta epidemia –dice Cipriano–, tan terrible y mortífera, pone al desnudo los sentimientos del género humano, y muestra si los sanos sirven a los enfermos, si los parientes a los consanguíneos, si los patronos sienten piedad por sus servidores...»[48].

Cipriano interviene inmediatamente reclamando caridad a los cristianos y organizando socorros: «En primer lugar, reúne al pueblo y le instruye sobre la misericordia, enseñándole con ejemplos de la divina Escritura, cuánto sirven las obras de caridad para hacer méritos delante de Dios. Después se asignan distintos cometidos a todos de acuerdo con sus aptitudes y con las condiciones de cada persona. Muchos que no podían dar por causa de su pobreza, daban una aportación más preciosa que cualquier riqueza pagando con su propio trabajo. Se hacía el bien, y no sólo a los compañeros en la fe»[49].

Sucedió entonces que en el amor al prójimo y en el estar continuamente ante la muerte, los cristianos encontraban un ardiente amor por Dios, hasta el punto de que alguno –según testimonio de Cipriano–[50], ante el temor de ser atacado por la peste, sólo lamentaba quedar privado de la posibilidad de alcanzar el martirio.

Es probable que esa alusión se refiera al propio Cipriano, y que por un instante él deje entrever una secreta an-

48. *De mortalitate*, 16.

49. *Vita Cypriani*, 9-10. Esta última frase de Poncio, es decir que se hacía el bien incluso a los no cristianos, es especialmente significativa y subraya el espíritu de los cristianos, dado que los paganos atribuían precisamente a los cristianos el azote de la peste.

50. Cf. *De mortalitate*, 17.

gustia. De todas formas, Cipriano está ya por encima de eso[51]: después de todo el sufrimiento de su primer año de episcopado, se nos muestra más bien inundado de esa luz especial que aparece en la existencia como consecuencia de las pruebas.

Cipriano y la unidad de la Iglesia

Pero las pruebas no habían terminado para Cipriano. De improviso le sobreviene otra, que para él representará las tinieblas del mayor de los desalientos.

Ya hemos dicho cuánto había trabajado Cipriano por la unidad de la Iglesia africana y por la de la Iglesia de Roma.

En medio de las divisiones, su amor por la unidad se volvió cada vez más sensible y apasionado: con aquellas vicisitudes profundizó tanto en su reflexión sobre la unidad de la Iglesia que –aunque con límites, como veremos– es el primero en la historia en desarrollar una doctrina de la Iglesia con unas líneas maestras bien precisas.

Su notable madurez de pensamiento se confirma por el hecho de que el Concilio Vaticano II, como si quisiera compendiar todo cuanto se dice en los cuatro primeros capítulos de la *Lumen gentium*, no encuentra mejor y más firme medio que una cita de Cipriano para expresar sintética y estupendamente lo que es la Iglesia: «La Iglesia universal aparece como "un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo" (S. Cipriano, *De dominica oratione*, 23)»[52].

51. Cf. *De mortalitate*, 18ss. Recordemos que Cipriano había sido criticado por algunos por haberse alejado de Cartago durante la persecución del año 250.

52. *Lumen gentium*, 4.

Basta hojear el tratado *De catholicae Ecclesiae unitate* para darse cuenta de ello[53]. En él, Cipriano derrama las expresiones más penetrantes del ideal de la concordia, de la unanimidad, de la unidad[54].

«La Iglesia es una sola, aunque se extiende ampliamente formando una multitud debido a su creciente fecundidad. Igual que son muchos los rayos del sol, pero una sola es la luz, y son muchas las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco, firmemente arraigado en el suelo; y cuando de un solo manantial fluyen muchos riachuelos, aunque, por la abundante cantidad de agua que emana parezca una multiplicidad la que se difunde, permanece, sin embargo, la unidad en el origen. Separa del sol uno de sus rayos y la unidad de la luz se romperá con esta división. Arranca del árbol una rama y ésta no podrá ya germinar. Corta del manantial un riachuelo y éste se secará. Así también la Iglesia, inundada de la luz del Señor, esparce sus rayos por todo el mundo y, sin embargo, es una sola la luz que se difunde por doquier, y no se divide la unidad del cuerpo; extiende sus ramas con gran generosidad por toda la tierra; envía sus ríos que fluyen con largueza por todas partes. Y sin embargo una sola es la cabeza, uno solo el origen, y una sola la madre, rica por los frutos de su fecundidad. De su seno nacemos, con su leche nos alimentamos, y por su espíritu somos vivificados»[55]. «Hay un solo Dios, un solo Cristo, una sola Iglesia de Cristo, una sola fe y un solo pueblo, conjuntado

53. Citamos el resumido y autorizado juicio de la *Patrología de Quasten*: «De todos los escritos de Cipriano, el que ha ejercido una influencia más duradera ha sido el tratado *De ecclesiae unitate*. Nos da la clave de su personalidad y de todo lo que escribió en forma de libros o de cartas».

54. Parece que el *De unitate* fue escrito no sólo refiriéndose al cisma cartaginés de Felicísimo, sino también al cisma romano de Novaciano.

55. *De unitate*, 5.

en la sólida unidad de un cuerpo mediante el vínculo de la concordia»[56].

Tan profunda y absoluta es la unidad que él contempla, que le hace exclamar: «No puede romperse esta unidad, ni puede ser dividido o despedazado un único cuerpo, desmembrando su estructura o siendo arrancadas sus vísceras con la laceración»[57].

Esta unidad es indivisible, porque es reflejo de la Trinidad y toma consistencia de la unidad misma de la Trinidad: «Dice el Señor: *Yo y El Padre somos uno.* Y está escrito, además, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: *Los tres son uno.* Y ¿cree alguien que esta unidad, que proviene de la firmeza de Dios y que está vinculada a los misterios celestes, puede romperse en la Iglesia y escindirse por conflicto de voluntades opuestas?»[58].

Por tanto, la Iglesia está esencialmente marcada por la unidad. Y no se fracciona en partes si se difunde y se multiplica por el mundo. Más bien, las simples Iglesias locales no son más que el hecho particular de la única Iglesia universal: «No hay más que una única Iglesia esparcida en diversos miembros por el mundo entero»[59]. Y, por tanto, allí donde los cristianos se aman recíprocamente y están unidos a sus obispos, allí está la Iglesia y la salvación. En este sentido, el Concilio precisará: «Esta Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas comunidades locales... En estas comunidades... está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia una, santa, católica y apostólica»[60]; «en las cuales y a base de las cuales se constituye la Iglesia católica, una y única»[61].

56. Ib. 23.
57. Ib.
58. Ib. 6.
59. *Ep.* 55, 24.
60. *Lumen gentium*, 26.
61. Ib. 23: *in quibus et ex quibus una et unica Ecclesia catholica exsistit*; también en este punto la constitución conciliar remite a Cipriano, *Ep.* 55, 24.

La función del obispo como centro de unidad es decisiva. El obispo resume y es como la personificación de la Iglesia allí donde ésta vive localmente, de modo que quienquiera que esté unido a él está realmente en comunión con el todo, y quien se separa de él se separa del todo: «Debe comprenderse –escribe taxativamente Cipriano– que el obispo está en la Iglesia y la Iglesia está en el obispo, y si alguno no está con el obispo, no está con la Iglesia»[62].

Ante esto surge la pregunta: ¿cómo se puede estar seguro de que un simple obispo representa auténticamente a la Iglesia? La respuesta de Cipriano es que esto le es posible al obispo en cuanto que es miembro del colegio episcopal[63]. De hecho, Cipriano, en su primera fórmula, parcialmente citada, asocia siempre la idea de la unidad de la Iglesia con la otra idea de la unidad del episcopado: «Así como no hay más que una única Iglesia esparcida en diversos miembros por el mundo entero, de la misma forma no hay más que un único episcopado, representado por una multiplicidad de obispos unidos entre ellos»[64]. Y además subraya: «La Iglesia universal es una, no está escindida en partes, sino que forma un todo cuyo vínculo es la unión de los obispos»[65].

Por tanto, porque la Iglesia es una, también el episcopado es una realidad una e indivisa[66]. Y de aquí deduce que el episcopado en su conjunto garantizará la tradición de

62. *Ep.* 66, 8.

63. «La idea de que todo el episcopado esparcido por el mundo forma un único Colegio parece haber sido expresada por primera vez –al menos en Occidente– por Cipriano. En numerosos pasajes de sus cartas habla del "Colegio de obispos" o desarrolla con términos similares el concepto que esta denominación evoca» (G. Dejaifve: *La collegialità episcopale nella tradizione latina*, en *La Chiesa del Vaticano II, opera collettiva diretta da Guilherme Baraúna*, ed. Vallecchi, Florencia 1965, pp. 838-839).

64. *Ep.* 55, 24.

65. *Ep.* 68, 8.

66. Cf. también *De unitate*, 5.

Cristo, anudando en continuidad a sus miembros de la Iglesia universal. Si un obispo –incluso en el ejercicio autónomo de su poder sobre la Iglesia local, del que dará cuenta a Dios[67]– se alejase de la unanimidad del cuerpo episcopal, ipso facto quedaría separado de la Iglesia, y ya no podría representarla.

Pero todavía uno podría preguntarse: ¿qué es lo que mantiene unido al cuerpo episcopal? La respuesta de Cipriano no parece, esta vez, del todo satisfactoria.

Cipriano piensa que el Espíritu Santo es el que sostiene y anima la unidad del episcopado; y le parece imposible que los obispos, precisamente porque están animados por el mismo Espíritu, puedan no tener el mismo pensamiento y los mismos sentimientos: «Nosotros no podemos tener opiniones diferentes, porque en nosotros está un mismo Espíritu»[68].

Ciertamente, el Espíritu Santo es el alma de la unidad; está claro, pero esta respuesta no es completa. Por lo demás, también la unidad entre los fieles viene dada por el Espíritu Santo; pero tiene su centro visible en el obispo. Por tanto, en el colegio episcopal habrá un centro visible de unidad. Así lo expresa el Concilio: «El Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la multitud de los fieles. Por su parte, los obispos son, individualmente, el principio y fundamento visible de unidad en sus Iglesias particulares...»[69]. Pero en verdad –como observa J. Colson– «a Cipriano no le faltó conciencia de la posición especial de la Iglesia de Roma»[70].

67. Cf. en este sentido el significativo ejemplo citado por CIPRIANO en la *Ep.* 55, 21.

68. *Ep.* 68, 5.

69. *Lumen gentium*, 23.

70. J. COLSON, *L'épiscopat catholique, collégialité et primauté dans les trois premiers siècles de l'Église*, París 1963, p. 89.

Basta examinar la correspondencia y las relaciones entre Cartago y Roma en los tiempos en que la sede romana quedó vacante después de Fabiano, en tiempos de Cornelio y de Lucio, hasta la primera época de Esteban[71]. Y son muy significativas las definiciones que da Cipriano de la Iglesia de Roma: «matriz y raíz de la Iglesia católica»[72]; y, sobre todo, «cátedra de Pedro e Iglesia principal de la cual deriva la unidad episcopal»[73].

La misma convicción se expresa en el tratado *De unitate:* «Dice el Señor a Pedro: *Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la vencerán. A ti te daré las llaves del reino de los cielos y lo que ates sobre la tierra será atado en los cielos, y lo que desates sobre la tierra será desatado en los cielos.* Y después de su resurrección le dice también: *Apacienta mis ovejas.* Sobre él edifica la Iglesia y a él manda que apaciente las ovejas. Y, aunque a los demás apóstoles les conceda igual potestad, estableció, sin embargo, una sola cátedra y dispuso con su autoridad el origen y la razón de la unidad. Cierto que lo que fue Pedro lo eran también los demás, pero el primado se da a Pedro y se pone de manifiesto una sola Iglesia y una sola cátedra. Todos son también pastores, pero se nos muestra un solo rebaño que ha de ser apacentado de común acuerdo por todos los apóstoles. Quien no mantiene esta unidad de

71. Cf. J. COLSON, *op. cit.*, todo el capítulo titulado *Cyprien et le centre de l'unité collégiale*, pp. 89-101.

72. *Ep.* 48, 3.

73. *Ep.* 59, 14: *...Petri cathedram atque Ecclesiam principalem unde unitas sacerdotalis exorta est.* Véase la importante nota de BAYARD en su traducción francesa del Epistolario de Cipriano: *S. Cyprien, Correspondance*, «Les belles lettres», París 1961, vol. II, p. 183. Esta óptima traducción francesa es la que hemos tenido siempre a la vista para el Epistolario, juntamente con el texto latino de HARTEL en el CSEL.

Pedro, ¿cree que mantiene la fe? Quien se separa de la cátedra de Pedro, ¿confía en que está en la Iglesia?»[74].

En conclusión, puede decirse que Cipriano tuvo ciertamente plena conciencia del primado de Roma, aunque aún no había profundizado en todo su significado y en su alcance.

La realidad es que, en tiempos de Cipriano y por la gran comunión existente entre los obispos y las Iglesias, resaltaba aún más el aspecto de la colegialidad. Y por este riquísimo aspecto de aquella comunidad cristiana el testimonio de Cipriano es sumamente importante. Después, y en cuanto a sus límites relativos, Cipriano pagó su precio con el drama de su experiencia personal.

Nos hallamos en la primera mitad del año 255. Un tal Magno se dirige a Cipriano y le pregunta «si, entre los distintos herejes, los que siguen a Novaciano, después de haber recibido un bautismo profano, deberían ser bautizados y santificados en la Iglesia católica con el legítimo, verdadero y único bautismo de la Iglesia»[75].

Cipriano no vaciló y consideró sin más como nulo el bautismo administrado en cualquier secta herética: «Declaramos que todos los heréticos y cismáticos no tienen poder ni derecho alguno. Novaciano no puede ni debe hacer excepciones. Él también está fuera de la Iglesia»[76]. Cipriano ya había dicho en *De unitate*: «Piensan que pueden bautizar, cuando no puede existir más que un solo bautismo. Y, habiendo abandonado la fuente de la vida, prometen la gracia del agua de la vida y de la salvación. Los hombres no son allí lavados, sino ensuciados, ni los pecados perdonados, sino incrementados todavía más. No engendra este naci-

74. *De unitate*, 4. Respecto al problema de la doble redacción de este capítulo 4, los estudiosos están divididos; cf. pp. 46-47.

75. *Ep.* 69, 1.

76. Ib.

miento hijos para Dios, sino para el diablo: nacidos de la mentira, no alcanzan las promesas de la verdad; procreados por la infidelidad, pierden la gracia de la fe»[77]. Y, más adelante, dirá: «Si la Iglesia no está al lado de los herejes, porque es una y no puede dividirse, y si el Espíritu Santo no está al lado de ellos, porque es uno y no puede estar al lado de los profanos y de la gente de fuera, evidentemente el bautismo, que tiene la misma unidad, no puede estar junto a los herejes, porque no puede estar separado de la Iglesia ni del Espíritu Santo... ¿Qué pretensión es ésta, la de sostener que se puede ser hijo de Dios sin haber nacido en la Iglesia? Y, ¿cómo puede la herejía generar hijos de Dios para Cristo, cuando no es la esposa de Cristo?»[78]. La apasionada argumentación de Cipriano sobre el bautismo no parece coherente; le falta todavía la distinción –aún no clara– entre validez y licitud, y se deduce indebidamente la una de la otra. Será mérito de san Agustín clarificar todo este problema.

Y por tanto –según Cipriano– aquellos que habían sido bautizados por herejes o cismáticos, al convertirse debían ser bautizados de nuevo.

Pero en la tradición de las Iglesias de Roma y Alejandría, éstos eran admitidos sin ser rebautizados; por lo demás, en África la práctica de rebautizar se mantuvo al menos durante unos cincuenta años. Sin embargo, en la propia África se manifestaron pronto algunas dudas y dieciocho obispos de Numidia pidieron precisiones en el Concilio que se reunió en Cartago el año 255[79]. El Concilio confirmó la postura de Cipriano y la práctica africana, e informó de ello a los obispos númidas[80]. En Mauritania se sigue dudando, y

77. *De unitate*, 11.
78. *Ep.* 74, 4, 6.
79. Cf. *Ep.* 70, 1.
80. Cf. Ib. Recordemos que la práctica de volver a bautizar también existía en Asia Menor.

el obispo Quinto pide aclaraciones. Cipriano le contesta enviándole la carta sinodal, que ya había sido remitida a los obispos númidas[81].

A principios del año 256, Cipriano considera necesario que se reconfirmen las decisiones precedentes en un nuevo concilio; en esta ocasión se reúnen en Cartago setenta y un obispos. Al concluir el sínodo –que insiste en la práctica africana– las decisiones se envían al papa Esteban[82].

Mas he aquí que el papa contesta perentoriamente y con un inesperado acento autoritario: «Nada de innovaciones. ¡Hay que atenerse a la tradición!»[83]. «Si los herejes acuden a vosotros, hay que imponerles las manos para acogerlos en la penitencia»[84].

Cipriano quedó turbado. Él consideraba que estaba en la verdad y pensaba que las tesis opuestas contrastaban con la propia idea de la unidad de la Iglesia. Además, le irritó el tono de la respuesta; al parecer, el papa debió de amenazar de excomunión o excomulgó, sin más, a Cipriano y a la Iglesia de África[85]. El juicio de los historiadores al respecto es que, en aquella ocasión, el papa Esteban –aunque la razón estuviese de su parte y fuese consciente del primado de la Iglesia romana y de su derecho a intervenir en las otras Iglesias– procedió con bastante dureza.

Cipriano sintió que se tensaban y se rompían los vínculos de la fraternidad y de la concordia; sintió que se resquebrajaba la unidad, que era su ideal. Estaba, sí, apoyado por los obispos africanos, que le confirmaron su adhesión en la numerosa asamblea del Concilio de Cartago, de septiembre de 256. Pero Cipriano no tenía paz, porque no

81. Cf. *Ep.* 71.
82. Cf. *Ep.* 72.
83. *Ep.* 74, 1.
84. *Ep.* 74, 2.
85. Cf. *Ep.* 74, 7-8; 75, 24-25. La hipótesis de una auténtica excomunión se considera poco probable.

podía vivir en ruptura con el obispo de Roma. En su carta 74, si por una parte parece desquitarse del papa Esteban, tratándolo de igual a igual, por otra se advierte que está íntimamente próximo a un sentimiento de impotencia y de desconsuelo: «¿Da honor a Dios quien, haciéndose amigo de herejes y enemigos de los cristianos, cree que los obispos que permanecen fieles a la verdad de Cristo y a la unidad de la Iglesia deben ser excomulgados? Si es así como Dios ha de ser honrado, hemos bajado las armas: la Iglesia cede ante la herejía, la luz ante las tinieblas, la fe ante la infidelidad, la esperanza ante la desesperación, la razón ante el error, la inmortalidad ante la muerte, la caridad ante el odio, la verdad ante la mentira»[86].

J. Colson comenta justamente: «Pocas páginas hay tan conmovedoras como este grito de desesperación de un gran obispo. Una psicología miope creerá que todo se puede explicar hablando de orgullo, pero un alma tan elevada como la de Cipriano no sufre una agonía así por una herida en su amor propio»[87].

Es una verdadera y concreta agonía. Cipriano, que tanto ha amado a la Iglesia, la unidad de la Iglesia, que tanto ha sufrido por las divisiones provocadas por otros, se encuentra ahora, él mismo, directa e imprevisiblemente implicado en el trauma actual. Es la más tremenda de las pruebas: de esas que someten al espíritu a un torbellino de tinieblas, de turbaciones y de contradicciones.

Pues bien, en esta misma prueba parece adivinarse, una vez más, la conciencia que Cipriano tenía de la posición privilegiada de la sede romana.

Afortunadamente, el desacuerdo entre las Iglesias de Roma y de África duró poco y prácticamente terminó con la muerte del papa Esteban (2 de agosto de 257). Parece ser

86. *Ep.* 74, 8.

87. J. Colson, *op. cit.*, p. 114.

que con el sucesor de Esteban, el papa Sixto, Cipriano estuvo en buenas relaciones. El biógrafo de Cipriano, al hablar de Sixto, le llama significativamente «obispo bueno y amante de la paz»[88].

Por tanto, volvió la paz entre las dos grandes Iglesias de Occidente y, además, tras la momentánea tensión, no volverá a infiltrarse entre ellas el espíritu de la división.

Volvió la paz entre Roma y Cartago. Y es ahora cuando Cipriano puede finalmente ser coronado por el martirio.

El martirio

Aquel mismo año 257 se inicia la persecución de Valeriano, que apunta principalmente hacia los obispos y los sacerdotes.

Cipriano es llamado y procesado por el procónsul de África, Paterno; de momento, la condena consiste en el destierro a la vecina ciudad de Cúrubis[89].

Pero al cabo de un año, Cipriano es reclamado por el procónsul Galerio Máximo, sucesor de Paterno. Una nueva decisión de Valeriano establece las más severas medidas contra los cristianos[90]. Así pues se reabre el proceso.

Y esta vez es el fin. El procónsul Galerio, después de haber pedido inútilmente a Cipriano que ofreciese sacrificios a los dioses, pronuncia la sentencia: Cipriano será decapitado[91].

Es el 14 de septiembre del año 258. Una inmensa multitud de cristianos camina tras su obispo hacia el lugar del

88. *Vita Cypriani*, 14; cf. también *Ep.* 80, 1, en la que Cipriano da la noticia del martirio del papa Esteban.

89. Cf. *Acta proconsularia*, 1-2; *Vita Cypriani*, 11-13.

90. Cf. *Ep.* 80, 1.

91. Cf. *Acta proc.*, 2-4; *Vita Cypriani*, 14-17.

martirio[92]. «Allí –como relata desnuda e incisivamente el autor de las *Actas*– Cipriano se postró en oración al Señor... y, al acercarse el verdugo, ordenó a los suyos que le diesen al propio verdugo veinticinco monedas de oro. Después, y por su propia mano, se vendó los ojos y, al no poder atarse las manos, lo hicieron el presbítero Julián y el subdiácono. Así sufrió el martirio el bienaventurado Cipriano...»[93].

Cipriano fue inscrito inmediatamente entre las glorias de la Iglesia universal; y con él, de nuevo, la Iglesia de África.

Sus escritos comenzaron pronto a circular, tanto en Oriente como en Occidente, y, de tal manera, que san Jerónimo pudo decir: «Es superfluo redactar el catálogo de la producción de su genio, porque sus obras brillan con una luz más esplendorosa que el sol»[94]; y san Agustín dirá: «Algunos pueblos le han conocido mediante lenguas extranjeras, otros por sus mismas cartas. Su gloria se ha extendido por multitud de naciones, tanto por la fama de su heroico martirio como por sus libros, de lectura tan agradable y dulce»[95].

Hoy se vuelve hacia la obra de Cipriano con numerosos estudios. Y se retorna con renovado interés, sobre todo por algunos aspectos que han sido actualizados por el Concilio. A través de Cipriano podemos volver a escuchar palpitantes –tal como sucedía en las primeras comunidades

92. Cf. *Vita Cypriani*, 18.

93. *Acta proc.*, 5.

94. *De vir. ill.*, 67. Jerónimo menciona continuamente a Cipriano en sus obras. Por ejemplo, es interesante cuanto dice a Leta, que pide consejo para la educación de su propia hija; después de haberle sugerido la lectura de la Sagrada Escritura, añade: «Ten siempre a mano los opúsculos de Cipriano» (*Carta* 107, 12).

95. *Sermón* 310, 4.

cristianas– el amor al Evangelio, la extraordinaria sensibilidad por la unidad, la comunión entre las Iglesias y la colegialidad[96].

* * *

Para la traducción hemos seguido el texto crítico de W. HARTEL, en el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (CSEL) III, 1-3 (Viena 1868-1871); y se han tenido en cuenta las diversas observaciones de los estudios siguientes:

Ad Donatum: CSEL III (1868), 3-16.

De unitate Ecclesiae: CSEL III, 1 (1868), 207-233.

De dominica oratione: CSEL III, 1 (1868), 267-294.

96. Respecto a esto podríamos citar numerosas obras; prácticamente no existe ningún comentario sobre la *Lumen gentium* que no hable de la colegialidad en Cipriano.

Cipriano

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Las herejías y los cismas

1. Cuando el Señor nos exhorta diciendo: *Vosotros sois la sal de la tierra*[1], y cuando nos manda, para conservar la inocencia, que seamos sencillos y prudentes a la vez[2], ¿qué otra cosa nos indica, queridísimos hermanos, mas que seamos precavidos y que, vigilantes con un corazón solícito, descubramos las asechanzas del enemigo[3], po-

1. Mt 5, 13. El mismo Cipriano menciona este tratado *De unitate*, en la *Ep* 74, 4. Alegrándose por algunos confesores romanos que, después de una primera dispersión a favor del cisma de Novaciano se habían reconciliado con la Iglesia, les escribe: «Podréis conocer profundamente todo eso, leyendo *los opúsculos que he leído aquí últimamente* y que –por nuestro amor recíproco– os he enviado a vosotros también para que podáis leerlos. Con los *lapsi* no os faltan ni la censura para reprender ni el remedio para curar. Además, según he podido con mis humildes fuerzas, he tratado sobre *la unidad de la Iglesia católica*; espero que os guste este opúsculo...». Por lo tanto menciona el *De lapsis* y el *De unitate*. Dice haberlos leído recientemente en Cartago; todo hace pensar que los haya leído en el Concilio de Cartago de aquel año. Los destinatarios, o mejor los oyentes, son por tanto los obispos, los sacerdotes, los diáconos y los fieles, que como era costumbre, se reunían en las asambleas conciliares (cf. Introducción, p. 11). Para los hechos que se mencionan frecuentemente en esta obra, cf. Introducción, pp. 20ss.)

2. Cf. Mt 10, 16.

3. Cipriano llama al diablo con las palabras *adversarius*, *diabolus*, a veces con *serpens*.

niéndonos en guardia prontamente? De este modo quienes nos hemos revestido de Cristo[4], sabiduría del Padre[5], no pareceremos poco sabios en asegurar nuestra salvación.

No hemos de temer, por tanto, sólo la persecución, que nos sobreviene atacando abiertamente, para abatir y eliminar a los siervos de Dios. Cuando el peligro es manifiesto, la precaución es más fácil, y también el ánimo se dispone para la lucha más prontamente cuando el enemigo se presenta como tal.

Mas hemos de temer al enemigo y llevar cuidado con él cuando se acerca furtivamente, cuando, escondiéndose bajo apariencias de paz, se introduce serpeando por accesos secretos, de donde recibe el nombre de serpiente. Tal es siempre su astucia, tal su engaño, oculto y secreto, para acechar al hombre. Así engañó constantemente desde el principio del mundo; así, con palabras engañosas, sedujo a almas inexpertas, incautamente crédulas[6]; y así, intentando tentar al mismo Señor, se acercó furtivamente, como si serpeara de nuevo y engañara, pero fue reconocido y rechazado. Y, precisamente por eso, por ser reconocido y descubierto, fue derrotado[7].

2. Con lo que se nos ha dado un ejemplo para que rehuyamos el camino del hombre viejo (Adán) y sigamos las huellas de Cristo vencedor[8], a fin de que no caigamos de nuevo, como incautos, en los lazos de la muerte, sino que, precavidos ante el peligro, mantengamos la inmortalidad que hemos recibido. Mas, ¿cómo podremos mantener la inmortalidad si no guardamos aquellos mandamien-

4. Cf. Ga 3, 27; Rm 13, 14.
5. Cf. 1 Co 1, 24.
6. Cf. Gn 3, 1ss.
7. Cf. Mt 4, 1ss.
8. Cf. Ef 4, 20ss.

tos de Cristo con los que es sometida y vencida la muerte, según nos advierte Él mismo cuando dice: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*[9], y también: *Si hacéis lo que os mando, ya no os llamaré siervos, sino amigos*[10]?

A éstos llama, en definitiva, fuertes e inmutables, a los que han sido cimentados sobre roca de mole robusta, a los que han sido consolidados con inconmovible e inquebrantable firmeza frente a todas las tempestades y torbellinos del mundo. *A quien escucha* –dice– *mis palabras y las pone en práctica, lo compararé a un hombre sensato que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, y no se cayó, porque estaba cimentada sobre roca*[11].

Nosotros debemos, desde luego, seguir sus palabras: aprender todo lo que Él enseñó y hacer todo lo que Él hizo. De otro modo, ¿cómo podrá decir que cree en Cristo quien no cumple lo que Cristo mandó? O, ¿cómo conseguirá el premio de la fe quien no quiere guardar fidelidad a sus mandatos? Necesariamente vacilará e irá de un sitio para otro y, arrastrado por el espíritu del error, será aventado como polvo que levanta el viento. No avanzará hacia la salvación quien no se mantiene en el verdadero camino que conduce a ella.

3. Así pues, hay que guardarse no sólo de los peligros evidentes y manifiestos, sino también de los que engañan con sutileza y astucia. Y, ¿quién más astuto y sutil que el enemigo, descubierto y derrotado con la venida de Cristo? Aquél, después que la luz había llegado a las gentes y el

9. Mt 19, 17.
10. Jn 15, 14ss.
11. Mt 7, 24ss.

día de la salvación se había manifestado a los hombres para su liberación –de modo que los sordos acercaban su oído a la gracia del Espíritu, los ciegos abrían sus ojos a Dios, los enfermos se restablecían con la salud eterna, los cojos corrían hacia la Iglesia, los mudos dirigían con voz clara a Dios sus plegarias–, viendo abandonados sus ídolos y desiertas sus sedes y templos debido al gran número de los creyentes, maquinó un nuevo engaño para embaucar a los incautos, escondiéndose bajo el título mismo del nombre cristiano.

En efecto, inventó la herejía y los cismas[12] para tergiversar la fe, corromper la verdad y romper la unidad. Así, a los que no puede mantener en la oscuridad de la antigua senda, los envuelve y los engaña de otro modo. Y mediante el error de una nueva senda arrebata a los hombres de la misma Iglesia y, cuando ya parecía que se habían acercado a la luz y se habían liberado de las tinieblas del mundo, sin que ellos se den cuenta, les infunde de nuevo otras tinieblas; de modo que, sin mantenerse en el Evangelio de Cristo ni en la observancia de su ley, se llaman cristianos, y caminando en las tinieblas creen poseer la luz.

Y todo esto lo realiza aquel enemigo, seductor y embustero, que según las palabras del apóstol[13] se transforma en ángel de la luz y disfraza a sus ministros como minis-

12. Cipriano frecuentemente asocia estos dos términos, «herejía» y «cisma»: el primero indica una divergencia doctrinal (cf. TERTULIANO, *De praescr. haereticorum*, 6); el segundo expresa más bien la división y la ruptura con la unidad eclesiástica. Cipriano asocia pleonásticamente los dos términos; pero indudablemente no los confunde, como se puede deducir de algunos párrafos (cf. por ejemplo *Ep.* 51, 1; 68, 3; 74, 7): cf. A. D'ALÈS, *La théologie de saint Cyprien*, París 1922, p. 358.

13. Cf. 2 Co 11, 14.

tros de la justicia que reivindican la noche por el día, la muerte por la salud, la desesperación bajo el pretexto de la esperanza, la perfidia bajo la excusa de la fe, el anticristo bajo el nombre de Cristo. Y así, engañando con apariencias, tergiversan sutilmente la verdad.

Esto ocurre, amadísimos hermanos, por no volver al origen de la verdad, por no acudir a la cabeza, ni observar la doctrina del maestro celestial[14].

La unidad de la Iglesia

4. Si alguien quiere considerar y examinar estas cosas, no necesita de un prolongado estudio ni de muchas argumentaciones. Su demostración de acuerdo con la fe es fácil, por la simplicidad de la verdad[15].

Dice el Señor a Pedro: *Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la vencerán. A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra, será atado en los cielos y lo que desates en la tierra será desatado en los cielos*[16].

14. Cipriano indica aquí como origen y principio de la verdad y como magisterio celeste las enseñanzas de la Escritura (cf. A. D'ALÈS, *op. cit.*, pp. 103-114; R. LATOURELLE, *Théologie de la révélation*, París 1966, p. 145). De este modo Cipriano presenta las citas bíblicas que siguen. Yendo al origen, al principio de la verdad, y observando la doctrina celeste, ¿qué se encuentra? Encontramos la prueba fácil de la verdad: las palabras de Jesús a Pedro.

15. El término *compendium* usado por Cipriano (*compendio veritatis*) se encuentra de nuevo en este mismo tratado, en el capítulo 15 (*compendio breviante*), con evidente referencia a Rm 9, 28 e Is 10, 22ss., como se verá claramente en el *De dominica oratione*, 28 (cf. nota 105).

16. Mt 16, 18-19.

(*)

Sobre uno solo edifica la iglesia.

Y aunque después de su resurrección conceda a todos los apóstoles la misma potestad y diga: *Como me envió el Padre, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo: si a alguien le perdonáis los pecados, le quedarán perdonados; si a alguien se los retenéis, le quedarán retenidos*[17], sin embargo, a fin de manifestar la unidad, dispuso con su autoridad que el origen de esta unidad naciera de uno solo.

Lo que fue Pedro lo eran ciertamente también los

Y después de su resurrección le dice también: *Apacienta mis ovejas*[18].

Sobre él edifica la Iglesia y a él manda que apaciente las ovejas.

Y, aunque a los demás apóstoles les conceda igual potestad, estableció, sin embargo, una sola cátedra y dispuso con su autoridad el origen y la razón de la unidad.

Cierto que lo que fue Pedro lo eran también los

(*) Existen dos textos de esta parte del tratado: el primero (*Textus Receptus*: T. R.), arriba a la izquierda, es menos favorable al primado; el segundo (*Primatus Textus*: P. T.), arriba a la derecha, tiene «adiciones» que confirman al primado. Las opiniones de los estudiosos acerca de estas adiciones oscilan y vuelven a surgir continuamente porque se trata, de algún modo, de la interpretación del pensamiento de Cipriano sobre el primado de la sede romana. Algunos consideran a Cipriano como un defensor puro del episcopalismo mientras otros le atribuyen una clara y precisa afirmación del primado. Nos parece preferible la solución, por así decir, media, indicada en la Introducción, p. 28ss.

17. Jn 20, 21-23.

18. Jn 21, 17.

demás apóstoles, dotados de igual participación de honor y potestad, pero el origen proviene de la unidad, a fin de que la Iglesia de Cristo se muestre una sola.

Y es esta Iglesia una la que en el Cantar de los Cantares el Espíritu Santo descubre en la persona del Señor, cuando dice: *Una sola es mi paloma, mi perfecta, la única que tiene su madre, la elegida de la que la engendró*[19].

Quien no mantiene esta unidad de la Iglesia, ¿cree que mantiene la fe? Quien se opone y resiste a la Iglesia, ¿confía estar en la Iglesia, cuando el bienaventurado apóstol san Pablo nos enseña esto mismo y nos muestra el misterio de la unidad, diciendo: *Un solo cuerpo y un solo Espíritu, una sola es la esperanza de vuestra vocación, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios*[20]?

demás, pero el primado[21] se da a Pedro y se pone de manifiesto una sola Iglesia y una sola cátedra.

Todos son también pastores, pero se nos muestra un solo rebaño que ha de ser apacentado de común acuerdo por todos los apóstoles.

Quien no mantiene esta unidad de Pedro, ¿cree que mantiene la fe? Quien se separa de la cátedra de Pedro, ¿confía en que está en la Iglesia?

19. Ct 6, 9.
20. Ef 4, 46.
21. Acerca del término *primatus* en Cipriano, cf. A. D'Alès, *op. cit.*, p. 117ss.

5. Esta unidad debemos mantenerla firmemente y defenderla sobre todo los obispos, que somos los que presidimos en la Iglesia, a fin de probar que el episcopado mismo es también uno e indiviso. Que nadie traicione la fraternidad con la mentira. Que nadie corrompa la verdad de la fe con la vil prevaricación.

El episcopado es uno solo, del cual cada uno participa solidariamente con los demás[22]. Y la Iglesia es una sola, aunque se extiende ampliamente formando una multitud debido a su creciente fecundidad. Igual que son muchos los rayos del sol, pero una sola es la luz, y son muchas las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco, firmemente arraigado en el suelo; y cuando de un solo manantial fluyen muchos riachuelos, aunque, por la abundante cantidad de agua que emana, parezca una multiplicidad la que se difunde, permanece, sin embargo, la unidad en el origen. Separa del sol uno de sus rayos, y la unidad de la luz se romperá con esta división. Arranca del árbol una rama y ésta no podrá ya germinar. Corta del manantial un riachuelo y éste se secará.

Así también la Iglesia, inundada de la luz del Señor, esparce sus rayos por todo el mundo y, sin embargo, es una sola la luz que se difunde por doquier, y no se divide la unidad del cuerpo; extiende sus ramas con gran generosidad por toda la tierra; envía sus ríos, que fluyen con largueza por todas partes. Y sin embargo una sola es la cabeza, uno solo el origen y una sola la madre, rica por los frutos de su

22. El texto latino es: *Episcopatus unus est, cuius a singulis in solidum pars tenetur*. Sobre el significado de *in solidum*, cf. M. BÉVÉNOT, *In solidum and St. Cyprian*, en *Journal of theol. studies*, VI, 2 (1955), pp. 244ss. La idea expresada aquí por Cipriano acerca del episcopado está estrechamente unida a la idea de la unidad de la Iglesia, por la cual el todo se encuentra, en cierto modo, en la parte (cf. Introducción, pp. 26-27).

fecundidad. De su seno nacemos, con su leche nos alimentamos, y por su espíritu somos vivificados.

En la Iglesia está la salvación

6. La esposa de Cristo no puede ser adúltera, inmaculada y pura como es. Ella sólo ha conocido una casa y ha guardado con casto pudor la santidad de su único tálamo. Ella nos guarda para Dios, encamina hacia el reino a los hijos que ha engendrado.

Quien, separándose de la Iglesia, se une a una adúltera, se separa de las promesas de la Iglesia, y no alcanzará los premios de Cristo quien abandona su Iglesia. Éste se convierte en un extraño, un sacrílego y un enemigo. No puede ya tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre[23].

Si pudo salvarse alguien fuera del arca de Noé, también se salvará quien estuviera fuera de la Iglesia[24]. Nos lo advierte el Señor, diciendo: *Quien no está conmigo, está contra mí, y quien conmigo no recoge, desparrama*[25]. Quien destruye la paz de Cristo y la concordia, actúa contra Cristo. Y quien recoge en otra parte, fuera de la Iglesia, desparrama la Iglesia de Cristo.

23. *Habere non potest Deum patrem qui Ecclesiam non habet matrem.* Esta fórmula tan eficaz es una de las muchas de Cipriano que han sido inmortalizadas por la tradición y han llegado a ser clásicas por la síntesis acertada de un contenido profundísimo.

24. Cf. Gn 7, 1ss. Nadie pudo salvarse fuera del arca; igualmente nadie se salvará fuera de la Iglesia. Por consiguiente el arca es figura y tipo de la Iglesia. Otros ejemplos de tipos y figuras de la Iglesia y de las realidades cristianas aparecerán más adelante en este tratado. En relación a la tipología de Cipriano, (cf. Introducción, pp. 16-17).

25. Mt 12, 30.

Dice el Señor: *Yo y el Padre somos uno*[26]. Y está escrito, además, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: *Los tres son uno*[27]. Y, ¿cree alguien que esta unidad, que proviene de la firmeza de Dios y que está vinculada a los misterios celestes, puede romperse en la Iglesia y escindirse por conflicto de voluntades opuestas?[28]. Quien no mantiene esta unidad, tampoco mantiene la ley de Dios, ni la fe en el Padre y el Hijo, ni la vida y la salvación.

La túnica de Cristo símbolo de la unidad

7. Este misterio de unidad, este vínculo de concordia que ciñe indisolublemente, se nos muestra en el Evangelio cuando la túnica de Jesucristo, el Señor, no se divide absolutamente ni se desgarra, sino que más bien, echando suertes sobre ella, la recibe íntegra y la posee incorrupta e indivisa quien se haya revestido de Cristo[29].

La divina Escritura dice lo siguiente: *En cuanto a la túnica, sin embargo, ya que era inconsútil desde la parte superior y tejida toda de una pieza, se dijeron entre sí: No la rompamos, sino echemos a suertes a ver a quién le toca*[30].

Él traía la unidad, que proviene de la parte superior, es decir, del cielo, del Padre; unidad que no puede ser destruida en absoluto por quien la recibe en posesión, ya que

26. Jn 10, 30.

27. 1 Jn 5, 7.

28. El misterio celeste es el misterio de la Trinidad; la Iglesia es el reflejo de la Trinidad y toma consistencia en su unidad de la perfecta unidad divina (estabilidad divina). Cipriano dirá en el *De dominica oratione*, 23: «El mayor sacrificio para Dios es nuestra paz, nuestra concordia fraterna, *un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*».

29. Cf. Ga 3, 27; Rm 13, 14.

30. Jn 19, 23ss.

la obtuvo toda de una vez, como algo sólido e indisolublemente estable.

No puede poseer, por tanto, la vestidura de Cristo quien rompe y divide la Iglesia de Cristo.

Por otra parte, cuando a la muerte de Salomón se dividen su reino y su pueblo, el profeta Ajías, saliendo al encuentro del rey Jeroboam en el campo, rasgó su manto en doce jirones y dijo: *Toma para ti diez jirones, porque así dice el Señor: «Voy a separar el reino de la mano de Salomón y te daré a ti diez cetros; los otros dos serán para él en consideración a mi siervo David y a la ciudad de Jerusalén, que elegí para poner allí mi nombre»*[31]. Como iban a escindirse las doce tribus de Israel, por ello desgarró el profeta Ajías su manto, pero como el pueblo de Cristo no puede ser dividido, su túnica, tejida toda de una pieza e inconsútil, no es dividida por los que la poseen. Indivisa, unida, conexa, muestra la sólida concordia de nuestro pueblo, es decir, de los que nos hemos revestido de Cristo[32].

Con esta imagen y este símbolo de su vestidura nos reveló Él la unidad de la Iglesia.

Los símbolos del Antiguo Testamento

8. ¿Quién será, por tanto, tan impío y malvado, quién estará tan fuera de sí por la locura de la discordia que crea que pueda romperse o se atreva incluso a romper la unidad de Dios, la túnica del Señor, la Iglesia de Cristo?

Cristo mismo nos avisa y nos lo enseña en su Evangelio, cuando dice: *Y serán un solo rebaño y un solo pastor*[33].

31. 1 R 11, 31-32.36.
32. Cf. Ga 3, 27; Rm 13, 14.
33. Jn 10, 16.

Y, ¿puede todavía alguien pensar que en un solo lugar pueda haber muchos pastores o muchos rebaños?

Del mismo modo el apóstol san Pablo, refiriéndose a esta unidad, la recomienda encarecidamente y nos exhorta a ella cuando dice: *Os suplico, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa y que no existan cismas entre vosotros, al contrario, permaneced unidos en un mismo sentir y un mismo pensar*[34]. Y en otro lugar dice también: *Soportándoos mutuamente con amor, esforzándoos en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz*[35].

¿Crees tú que puede mantenerse en pie y seguir viviendo quien se aleja de la Iglesia y se construye otras moradas y otros habitáculos distintos, teniendo en cuenta lo que se dijo a aquella (Rahab) en quien estaba prefigurada la Iglesia? Esto es: *Reunirás a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la casa de tu padre junto a ti, en tu misma casa; y sucederá que quien salga fuera de la puerta de tu casa se constituirá culpable por su cuenta*[36].

Igualmente también la celebración de la Pascua no contiene otra cosa en la ley del Éxodo más que ésta: que el cordero, que es sacrificado como figura de Cristo, se coma en una sola casa. Lo dice Dios con estas palabras: *Será comido en una sola casa y no arrojaréis carne fuera de la casa*[37]. La carne de Cristo y las cosas santas del Señor no pueden ser arrojadas fuera, y no existe otra casa para los creyentes más que la única Iglesia.

Esta casa, esta morada de los que tienen una sola alma, es la que señala y anuncia el Espíritu Santo en los Salmos cuando dice: *Dios, que hace habitar a quienes tienen una sola alma en una misma casa*[38]. En la casa de Dios, en la

34. 1 Co 1, 10.
35. Ef 4, 2s.
36. Jos 2, 18s.
37. Ex 12, 46.
38. Sal 67, 7.

Iglesia del Cristo, es donde habitan los que tienen una sola alma y allí perseveran en concordia y sencillez[39].

El ejemplo de la paloma

9. Por ello el Espíritu Santo vino en forma de paloma[40], porque es ésta un animal sencillo y alegre: ni amargo por la hiel, ni cruel por los picotazos, ni violento por la laceración de sus uñas. Se siente a gusto allí donde habitan los hombres, y sólo conoce la compañía de una casa. Las palomas, cuando crían, alimentan juntas a sus polluelos; cuando van de un sitio a otro, lo hacen volando en grupo. Pasan la vida en armoniosa convivencia, manifiestan con el beso de su boca su pacífica concordia y cumplen la ley en todo lo que se refiere a vivir unánimes.

Ésta es la sencillez que debe conocerse en la Iglesia, ésta es la caridad que debe lograrse: un amor fraterno que imite a las palomas, y una mansedumbre y dulzura que iguale a los corderos y a las ovejas[41].

¿Qué cabida tiene en un corazón cristiano la fiereza de los lobos, la rabia de los perros, el veneno mortal de las serpientes o la sanguinaria crueldad de las bestias? Hay que felicitarse de que estos tales estén fuera de la Iglesia, a fin de que las palomas y las ovejas de Cristo no sean presa de su cruel y venenoso contagio. No pueden coexistir ni unirse la amargura con la dulzura, las tinieblas con la luz, la lluvia con el tiempo sereno, la guerra con la paz, la esterilidad con la fecundidad, la sequía con las fuentes, la tempestad con la calma.

39. Aparecen frecuentemente en Cipriano las expresiones «unánimes», «concordes», que recuerdan el célebre pasaje de los Hechos de los Apóstoles: *La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma* (Hch 4, 32).

40. Cf. Mt 3, 16.

41. Cf. Lc 10, 3; Jn 21, 15ss.

Nadie pensará que los buenos puedan separarse de la Iglesia. Al trigo no lo arrebata el viento, ni al árbol bien plantado y con raíces profundas lo arranca la tormenta.

La paja ligera es la que arrastra el vendaval, y los árboles endebles los que son derribados por la fuerza del torbellino. Y éstos son a los que increpa y detesta el apóstol Juan, cuando dice: *Se alejaron de nosotros, pero no eran de los nuestros; si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros*[42].

Las herejías criban la fe de los creyentes

10. De ahí han surgido y surgen frecuentemente las herejías, del hecho de que una mente perversa no mantiene la paz, y de que la disgregadora perfidia no conserva la unidad.

El Señor permite y soporta que sucedan estas cosas, respetando la libertad de cada cual, para que brille con luz clara la fe íntegra de los que han sido probados, al examinar nuestras mentiras y nuestros corazones con el criterio de la verdad.

El Espíritu Santo nos lo advierte por medio del apóstol cuando dice: *Es necesario que haya herejías, para que se ponga de manifiesto quiénes son los que han sido probados entre vosotros*[43].

De este modo, pues, son probados los fieles y son descubiertos los culpables. De este modo, además, ya aquí, antes del día del juicio, se establece la división entre las almas de los justos y las de los injustos, separando la paja del trigo[44].

Estos últimos [la paja] son los que, por propia iniciativa, sin que haya habido ninguna disposición por parte de

42. 1 Jn 2, 19.
43. 1 Co 11, 19.
44. Cf. Mt 3, 12; 13, 20; Lc 3, 17.

Dios, se colocan al frente de unos advenedizos sin escrúpulos; los que sin designación[45] legal alguna se constituyen a sí mismos en jefes y usurpan el título de obispos, sin que nadie les haya dado el episcopado. A éstos designa el Espíritu Santo en los Salmos como *los que se sientan en la cátedra de la pestilencia*[46], pues son, en efecto, peste y corrupción de la fe, serpientes que engañan con la boca, artífices de la corrupción de la verdad, vomitando veneno mortal de sus lenguas pestíferas. Su palabra cunde como gangrena[47] y su enseñanza infunde un virus mortal en el pecho y en el corazón de cada uno.

11. Contra todos ellos clama el Señor. Lejos de ellos trata de retener y apartar a su pueblo errante, diciendo: *No escuchéis los discursos de los falsos profetas, porque les engañan las fantasías de su corazón; hablan, pero no lo que proviene de la boca del Señor. Dicen a los que desprecian la palabra del Señor: «Tendréis paz vosotros y todos los que andan según sus propios deseos»; y al que camina según la terquedad de su corazón: «No vendrán males sobre ti». Sin que yo les haya hablado, ellos han profetizado por su cuenta. Si se hubieran mantenido en mi verdad, si hubieran escuchado mis palabras y hubieran enseñado a mi pueblo, se habrían convertido de sus malos pensamientos*[48].

A estos mismos se refiere de nuevo el Señor y los denuncia, cuando dice: *Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y excavaron cisternas agrietadas que no pueden retener el agua*[49].

45. La palabra *ordinatio* (usada por TERTULIANO, *De praescr. haer.* 41) no ha tenido siempre en Cipriano el significado técnico de ordenación.

46. Cf. Sal **1**, 1.
47. Cf. 2 Tm 2, 17.
48. Jr 23, 16-17; 21-22.
49. Jr 2, 13.

Piensan que pueden bautizar, cuando no puede existir más que un solo bautismo. Y, habiendo abandonado la fuente de la vida, prometen la gracia del agua de la vida y de la salvación. Los hombres no son allí lavados, sino ensuciados, ni los pecados perdonados, sino incrementados todavía más. No engendra este nacimiento hijos para Dios, sino para el diablo: nacidos de la mentira, no alcanzan las promesas de la verdad; procreados por la infidelidad, pierden la gracia de la fe. No pueden alcanzar el premio de la paz quienes rompieron la paz del Señor con la locura de la discordia[50].

Dondequiera que haya dos o tres reunidos...

12. Y no se llamen a engaño alguno con su vana interpretación de lo que dijo el Señor: *Dondequiera que haya dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy con ellos*[51]. Como corruptores y falsos intérpretes del Evangelio aducen las últimas palabras y omiten las anteriores, recordando una parte y ocultando la otra dolosamente. Del mismo modo como se han separado ellos de la Iglesia, así también separan una frase de la unidad del contexto. Pues el Señor, cuando aconseja a sus discípulos la concordia y la paz, dice: *Os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, cualquier cosa que sea, se os concederá por parte de mi Padre que está en los cielos. Pues dondequiera que haya dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy con ellos*[52], mostrando de este modo que se concede mucho no a la multitud, sino a la concordia de los que oran.

50. En relación al bautismo administrado por los herejes, Cipriano lo considera nulo, confundiendo la licitud con la validez; cf. Introducción, pp. 31ss.).

51. Mt 18, 20.

52. Mt 18, 19-20.

Si dos de vosotros –dice– *se ponen de acuerdo en la tierra*: primero pone la unidad de almas; por delante coloca la concordia de la paz, enseñándonos de este modo a mantenernos fiel y estrechamente unidos.

Ahora bien, ¿cómo podrá ponerse de acuerdo con otros aquel que no se pone de acuerdo con el cuerpo mismo de la Iglesia y con toda la comunidad de los hermanos? ¿Cómo podrán reunirse en el nombre de Cristo dos o tres, de los que es cosa sabida que están separados de Cristo y de su Evangelio? Pues no nos separamos nosotros de ellos, sino que ellos se separan de nosotros y abandonaron la fuente y el origen de la verdad, cuando, constituyéndose por su cuenta en diversos grupitos, surgieron la herejía y los cismas.

El Señor, sin embargo, habla de su Iglesia, y a los que están en la Iglesia les dice que si se ponen de acuerdo, si, según lo que Él mandó y recomendó, dos o tres oran con un mismo ánimo, aunque sólo sean dos o tres, podrán alcanzar de la majestad de Dios lo que pidan.

Dondequiera que haya dos o tres –dice– *yo estoy con ellos*. Es decir, con los sencillos y pacíficos, con los que temen a Dios y guardan sus preceptos, con éstos dijo que estaría Él, aunque tan sólo fueran dos o tres. Y así fue como estuvo con los tres jóvenes que caminaban entre las llamas, a los que en medio de las llamas salvaguardó con un soplo de rocío, porque eran sencillos ante Dios y permanecían unánimes entre sí[53]. De este mismo modo estuvo también con los dos apóstoles encerrados en la cárcel[54]. Porque eran sencillos, porque se mantenían unánimes, Él mismo se hizo presente allí y, rotos los cerrojos de la cárcel, les sacó nuevamente fuera para que transmitieran a la multitud la palabra que fielmente predicaban.

53. Cf. Dn 3.

54. Cf. Hch 5, 17ss.

Así pues, cuando entre sus preceptos dice: *Dondequiera que haya dos o tres, yo estoy con ellos,* no separa a los hombres de la Iglesia, Él que instituyó y creó la Iglesia, sino que, reprochando a los pérfidos la discordia y recomendando a los fieles la paz con sus propias palabras, mostró que su presencia es mayor allí donde dos o tres oran unánimes que allí donde muchos andan desunidos, y que se puede obtener más con la oración concorde de unos pocos que con la discorde de muchos.

13. Por ello, cuando dio el precepto de la oración, añadió: *Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestros pecados*[55]. Y al que se presenta a ofrecer un sacrificio con la discordia dentro de sí, le hace volver atrás desde el altar y le ordena reconciliarse primero con el hermano, y, una vez de vuelta en paz, presentar entonces a Dios la ofrenda[56]. Por esto mismo Dios no aceptó las ofrendas[57], porque no podía estar en paz con Dios quien no tenía paz con su hermano a causa de la discordia originada por los celos.

Así pues, ¿qué paz pueden esperar para sí los que están enemistados con los hermanos?, ¿qué sacrificios creen celebrar los que son rivales de los sacerdotes?, ¿piensan acaso que está Cristo con ellos, cuando están reunidos, aquellos que se reúnen fuera de la Iglesia de Cristo?

El cristianismo está en la unidad y en el amor

14. Éstos, aunque dieran la vida por la confesión del nombre[58], no lavarían su mancha siquiera con su propia san-

55. Mc 11, 25.
56. Cf. Mt 5, 23-24.
57. Cf. Gn 4, 5.
58. Del nombre cristiano.

gre. Inexpiable y grave es el pecado de la discordia, hasta el punto de que ni con el martirio se perdona. No puede ser mártir quien no está en la Iglesia. No podrá llegar al reino quien abandona a la que ha de reinar. Cristo nos dio la paz, nos ordenó vivir concordes y unánimes, nos mandó guardar íntegros e inviolados los vínculos del amor y de la caridad. No puede, por tanto, presentarse como mártir quien no ha mantenido la caridad fraterna.

Esto es lo que enseña y atestigua el apóstol Pablo cuando dice: *Aunque tuviera una fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, no soy nada; aunque repartiera todos mis bienes para sustento [de los pobres] y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, de nada me aprovecha. La caridad es magnánima, la caridad es benigna, la caridad no siente envidia, no se jacta, no se irrita, no actúa con maldad, no piensa mal; todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad no acaba nunca*[59].

Nunca –dice–, *la caridad no acaba nunca*, pues existirá siempre en el reino, durará eternamente en la comunión de los hermanos íntimamente unidos entre sí[60]. La discordia, en cambio, no puede llegar al reino de los cielos. Y no podrá llegar al premio de Cristo, que dijo: *Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado*[61] quien con pérfidas disensiones violó el amor de Cristo.

Quien no tiene caridad, no tiene a Dios. Es la voz del bienaventurado Juan la que dice: *Dios es amor, y quien permanece en Dios permanece en el amor y Dios permanece en él*[62].

59. 1 Co 13, 2-5.7-8.

60. *Haec in aeternum fraternitatis sibi cohaerentis unitate durabit*. Aquí Cipriano, como en otras ocasiones, parece casi forzar el idioma con expresiones de efecto, para conseguir expresar más plenamente la idea de la perfecta unidad que debe existir entre los cristianos.

61. Jn 15, 12.

62. 1 Jn 4, 16.

Así pues, no pueden permanecer en comunión con Dios los que no quisieron permanecer unánimes en la Iglesia de Dios. Aunque ardan en las llamas y den sus vidas entregados al fuego o arrojados a las bestias, no obtendrán la corona de la fe ni alcanzarán el final glorioso de la virtud de la piedad, sino la muerte de la desesperación. Uno así puede morir, mas no puede ser coronado. Y podrá incluso confesar que él es cristiano, pero miente, al igual que el diablo cuando dice que es Cristo, según nos lo advierte el Señor cuando dice: *Muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy Cristo. Y engañarán a muchos*[63]. Del mismo modo que el diablo no es Cristo, así tampoco puede considerarse cristiano el que no permanece en la verdad de la fe y del Evangelio de Cristo.

15. Cosa sublime y admirable es ciertamente profetizar, arrojar demonios y hacer grandes milagros en la tierra y, sin embargo, no alcanza el reino de los cielos quien todo esto realiza, si no encauza sus pasos atentamente por el camino de la rectitud y de la justicia. Esto lo afirma el Señor cuando dice: *Muchos me dirán en aquel día: «Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre y en tu nombre arrojamos demonios y en tu nombre hicimos grandes milagros?». Y yo entonces les diré: «Nunca os he conocido; apartaos de mí los que obráis la maldad»*[64].

Es necesaria, pues, la justicia para que alguien pueda merecer ante Dios, nuestro juez. Hay que observar sus preceptos y sus advertencias para que nuestros méritos reciban su recompensa. El Señor en el Evangelio, cuando resume en pocas palabras[65] el camino de nuestra fe y de nuestra espe-

63. Mc 13, 6.

64. Mt 7, 22ss.

65. Encontramos de nuevo aquí (*compendio breviante*) el término *compendium*: cf. cap. 4. Cipriano parece querer centrar sintéticamente el mensaje evangélico, e identifica el elemento esencial en la unidad.

ranza, dice: *El Señor tu Dios es uno, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Éste es el primer mandamiento, y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen la ley entera y los profetas*[66].

En su magisterio incluyó el Señor la unidad al mismo tiempo que el amor, y en estos dos preceptos encerró toda la ley y los profetas.

Así pues, ¿qué unidad conserva, qué amor guarda o se propone guardar quien, fuera de sí por la locura de la discordia, divide a la Iglesia, destruye la fe, perturba la paz, disipa la caridad y profana el sacramento?[67].

Los signos de los tiempos

16. Este mal, hermanos fidelísimos, empezó ya en realidad hace tiempo, pero ahora ha crecido la plaga contagiosa del mismo y han comenzado a brotar y a propagarse los malos venenos de la perversa herejía y de los cismas, porque así convenía que ocurriera al fin del mundo[68], según

66. Mt 22, 37ss.; Mc 12, 29ss. La cita de Cipriano aquí, como en el *De dominica oratione* 28, une los dos pasajes evangélicos.

67. Sacramento de la unidad: cf. los capítulos 4 y 7, donde hemos traducido *sacramentum unitatis* como «misterio de la unidad». A. D'Alès, refiriéndose a los muchos casos en los que Cipriano usa –aunque sea con distintos significados– la palabra *sacramentum* (correspondiente al término griego *mysterion*), identifica en la frecuente repetición de esta expresión el aspecto místico del alma de Cipriano (cf. A. D'Alès, *op. cit.*, p. 84ss.)

68. Cipriano, como muchos cristianos de los primeros siglos, creía que el final del mundo estaba próximo (cf. *Ep.* 58, 1.7; 59, 13.18; 61, 2; *Ad Fortunatum*, 1; 2; *Ad Demetrianum*, 3; 4; *De mortalitate*, 2; 25); pero esto no le impidió actuar y trabajar a pleno ritmo. Por otra parte, la tensión

nos lo anuncia y advierte el Espíritu Santo por medio del apóstol: *En los últimos días* –dice– *sobrevendrán tiempos difíciles, habrá hombres egoístas, soberbios, arrogantes, codiciosos, blasfemos, rebeldes a los padres, ingratos, impíos, sin entrañas, sin respeto, calumniadores, disolutos, despiadados, enemigos del bien, traidores, insolentes, llenos de estupidez, más amantes de los placeres que de Dios, que tendrán apariencia religiosa pero rechazarán toda piedad. De éstos son los que se introducen en las casas y conquistan mujerzuelas cargadas de pecados, que son arrastradas por cantidad de pasiones, que siempre están aprendiendo y nunca llegan al conocimiento de la verdad. Y del mismo modo que Jannés y Jambrés se opusieron a Moisés, así también éstos se oponen a la verdad; pero no llegarán muy lejos, pues su ineptitud quedará manifiesta a todos, como quedó la de aquéllos*[69].

Se han de cumplir todas las cosas que han sido anunciadas y, acercándose ya el fin del mundo, se están cumpliendo según los signos de los hombres y de los tiempos. Cada vez más, por la furia del enemigo, engaña el error, crece la estupidez, prende la envidia, ciega la concupiscencia, deprava la impiedad, hincha la soberbia, exaspera la discordia, arrebata la ira.

El deber de apartarse de los cismáticos disidentes

17. A nosotros, sin embargo, no nos debe inquietar o turbar esta enorme y desenfrenada maldad de tantos, sino que más bien debe corroborar nuestra fe al comprobar la

hacia el cumplimiento final es inherente a la actitud cristiana, ya que con Cristo «la plenitud de los tiempos ha llegado» (cf. *Lumen gentium*, 48).

69. 2 Tm 3, 1ss.

verdad de las cosas anunciadas. Y al igual que algunos han empezado a ser así porque esto ha sido antes anunciado, del mismo modo también guárdense de ellos los demás hermanos, porque también esto ha sido antes anunciado cuando, instruyéndonos el Señor, dice: *Vosotros, pues, estad sobre aviso; mirad que os lo he predicho todo*[70].

Vosotros, pues, os ruego, evitad a los hombres que son así y apartad de vuestro lado y de vuestros oídos sus perniciosas conversaciones como un contagio mortal, tal como está escrito: *Rodea tus oídos con espinos y no escuches la lengua perversa*[71]; y también: *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*[72]. El Señor nos enseña y nos advierte que andemos lejos de estos tales: *Son ciegos* –dice– *que guían a ciegos, y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo*[73].

Hay que apartarse y huir de todo aquel que se haya separado de la Iglesia. Este tal es un pervertido y un pecador que se ha condenado por sí mismo[74]. ¿O acaso creerá que está con Cristo quien actúa contra los sacerdotes de Cristo y se separa de la comunión del clero y del pueblo de Cristo? Éste levanta sus armas contra la Iglesia, se opone a las disposiciones de Dios. Es enemigo del altar, rebelde al sacrificio de Cristo, pérfido para la fe, sacrílego para la religión, siervo desobediente, hijo impío, hermano enemigo que, despreciando a los obispos y abandonando a los sacerdotes de Dios, se atreve a levantar otro altar, dirigir otra plegaria en términos ilegítimos, profanar el verdadero sacrificio del Señor por medio de falsos sacrificios e ignorar que quien se opone a lo establecido por Dios, por su temerario atrevimiento, acarrea sobre sí el castigo divino.

70. Mc 13, 23.
71. Si 28, 28.
72. 1 Co 15, 33.
73. Mt 15, 14.
74. Cf. Tt 3, 11.

Ejemplos sobre el castigo de los revoltosos en el Antiguo Testamento

18. Así Coré, Datán y Abirón, que frente a Moisés y al sacerdote Aarón intentaron arrogarse la potestad de ofrecer sacrificios, fueron inmediatamente castigados por su osadía: la tierra, desmembrándose, abrió su profundo seno, y la hendidura del suelo, que se resquebrajaba, los tragó de pie y vivos. Y la ira de Dios, indignado, no solamente hirió a los autores, sino también a los restantes doscientos cincuenta colaboradores, cómplices de esta misma locura, que se habían adherido igualmente a la audaz tentativa de aquéllos: un fuego enviado por el Señor, los consumió instantáneamente como castigo[75]. Con lo cual se nos advierte y se nos hace ver que va contra Dios mismo todo lo que los malvados, por su propia voluntad humana, intentan hacer para destruir las disposiciones de Dios.

Del mismo modo también el rey Ozías, cuando, tomando el incensario y usurpando violentamente contra la ley de Dios la potestad de sacrificar –a pesar de la oposición del sacerdote Azarías–, no quería obedecer y ceder, fue castigado igualmente por la ira divina, quedando demudada su frente con manchas de lepra[76]. Habiendo ofendido al Señor, fue marcado precisamente en aquella parte del cuerpo en la que son signados[77] los que se hacen dignos del Señor.

Y así también los hijos de Aarón: al colocar sobre el altar fuego profano, que el Señor no les había ordenado, murieron instantáneamente ante la presencia del Señor, que les castigó de este modo[78].

75. Cf. Nm 16.

76. Cf. 2 Cro 26, 16-19.

77. Marcados por la unción que se recibía al salir del baño bautismal (cf. TERTULIANO, *De baptismo*, 7)

78. Cf. Nm 3, 4.

Gravedad del pecado contra la unidad

19. A éstos siguen e imitan los que, despreciando la tradición que viene de Dios, están deseosos de otras doctrinas e introducen enseñanzas inventadas por los hombres. A los cuales reprende y censura el Señor en el Evangelio cuando dice: *Rechazáis el mandamiento de Dios para conservar vuestra tradición*[79]. Este crimen es peor que el que cometieron los lapsos[80], los cuales, a pesar de todo, sometiéndose a la penitencia, piden perdón a Dios con actos adecuados de reparación. Aquí la Iglesia es buscada y solicitada, allí la Iglesia es combatida; aquí puede que haya habido una necesidad, allí persiste la voluntad en el crimen; aquí el que ha caído, se ha dañado sólo a sí mismo, allí quien ha tratado de introducir una herejía o un cisma ha engañado a muchos, arrastrándoles consigo; aquí sufre daño el alma de uno solo, allí hay un peligro para muchos.

Además, éste [el lapso] reconoce ciertamente que ha pecado, pero lo lamenta y llora, mientras que aquél, enorgulleciéndose de su pecado y recreándose en sus propios delitos, arranca a los hijos de la madre, dispersa las ovejas del entorno del pastor, destruye los sacramentos de Dios. Y mientras el lapso ha pecado una sola vez, el otro peca todos los días. Finalmente, el lapso, consiguiendo posteriormente el martirio, puede alcanzar las promesas del reino; el otro, si ha sido sacrificado estando fuera de la Iglesia, no podrá alcanzar los premios de la Iglesia.

20. Que nadie se admire, queridísimos hermanos, de que incluso algunos de entre los confesores[81] lleguen a estos ex-

79. Mt 15, 6; cf. Mc 7, 8.

80. Este nombre ha quedado para indicar a los que renegaron de la fe durante las persecuciones (cf. Introducción, pp. 20ss.).

81. Los confesores eran aquellos que durante las persecuciones hicieron confesión pública de su fe, y por esto sufrieron tortura o exilio.

tremos[82] y cometan pecados tan graves y nefandos. Ser confesor, naturalmente, no hace a uno inmune de las asechanzas del diablo, ni defiende con perpetua seguridad al que está todavía en el mundo contra las tentaciones, peligros, incursiones y asaltos del mundo. De otro modo en los confesores nunca ya posteriormente veríamos engaños, estupros y adulterios, cosas que lamentamos y deploramos al verlas ahora en algunos de ellos.

Quienquiera que sea el confesor, no es mayor, ni mejor, ni más querido para Dios que Salomón, el cual, mientras anduvo en los caminos del Señor, conservó la gracia que de Él había recibido, mas cuando abandonó el camino del Señor, perdió también la gracia[83]. Por ello está escrito: *Mantén lo que tienes para que no sea otro quien reciba tu corona*[84]. Ciertamente el Señor no nos amenazaría con que nos puede ser quitada la corona de justicia, si no fuera porque, perdiendo la justicia, perderíamos necesariamente la corona.

21. La confesión es exordio de la gloria, no obtención ya de la corona, y no asegura la bienaventuranza, sino que inicia este honor, ya que está escrito: *Quien persevere hasta el final, éste se salvará*[85]. Por tanto, todo lo que se realiza antes del final es un paso con el que se asciende hacia el techo de nuestra salvación, pero no el término con el que se alcanza la última cima.

Uno es confesor: pero después de la confesión el peligro es mayor, porque el enemigo se siente mayormente provocado. Uno es confesor: por ello mismo debe mantenerse en pie con el Evangelio del Señor, ya que a través del Evan-

82. Varios confesores tomaron mucha parte en las graves divisiones de la Iglesia (cf. Introducción, p. 21).

83. Cf. 1 R 11, 1ss.
84. Ap 3, 11.
85. Mt 10, 22.

gelio ha conseguido esta gloria del Señor. *A quien mucho se le da, mucho se le pedirá, y a quien mayor dignidad se le confía, mayor servicio se le exigirá*[86].

Que nadie se pierda por el mal ejemplo de un confesor; que nadie aprenda de los confesores la injusticia, la insolencia o la perfidia.

Uno es confesor: que sea humilde y pacífico, que sea modesto y ejemplar en su comportamiento, a fin de que, el que se llama confesor de Cristo imite a Cristo, a quien confiesa. Pues habiendo dicho Él: *Quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado*[87], habiendo sido Él mismo exaltado por el Padre porque se humilló en la tierra a pesar de ser el Verbo, el Poder y la Sabiduría de Dios Padre[88], ¿cómo puede amar la soberbia quien nos mandó en su ley la humildad, y Él mismo recibió del Padre el nombre más excelso en premio a su humildad?[89].

Uno es confesor de Cristo, pero lo es realmente si después por medio de él no se blasfema contra la majestad y la dignidad de Cristo. La lengua que ha confesado a Cristo no sea maldiciente ni sediciosa, no se la oiga resonar en discusiones y riñas, no arroje contra los hermanos y los sacerdotes de Dios los venenos de la serpiente después de las palabras de la alabanza.

Por lo demás, si éste se convierte después en culpable, si echa a perder su confesión con una mala conducta, si mancha su vida con vergonzosas torpezas, si, finalmente, abandonando la Iglesia donde llegó a ser confesor y rompiendo la concordia de la unidad, cambia la fe primera por la posterior perfidia, no podrá jactarse de su confesión como si fuera un elegido para el premio de la gloria, cuando por esto mismo han aumentado los motivos para su condenación.

86. Lc 12, 48.
87. Lc 18, 14.
88. Cf. Flp 2, 6s.
89. Cf. Flp. 2, 9.

22. Pues también el Señor eligió a Judas para el grupo de los apóstoles, y éste, no obstante, entregó después al Señor. Sin embargo, no se vino abajo la fe y la firmeza de los apóstoles por ello, o sea, porque el traidor Judas se separara de su compañía. Así también entre nosotros: la santidad y la dignidad de los confesores no ha desmerecido en absoluto por haberse roto la fe de algunos de ellos. El bienaventurado apóstol en una de sus cartas habla de este modo: *¿Pues qué, si algunos de ellos se han apartado de la fe? ¿Acaso su infidelidad frustrará la fidelidad de Dios? ¡De ningún modo!, pues Dios es veraz y todo hombre es mentiroso*[90].

La mayor y mejor parte de los confesores se mantiene firme en la fortaleza de su fe y en la verdad de la ley y de la disciplina del Señor. Y no se separan de la paz de la Iglesia, conscientes como son de que en la Iglesia, por la bondad de Dios, han obtenido la gracia. Y por esto mismo es más digna de alabanza su fe, porque, apartándose de la perfidia de los que fueron compañeros suyos en la confesión, se han alejado del contagio del crimen. Iluminados por los demás, con la luz del Evangelio, radiantes con la pura y limpia claridad del Señor, son tan dignos de alabanza por conservar la paz de Cristo, cuanto lo fueron como vencedores en la batalla contra el enemigo.

23. Por mi parte, amadísimos hermanos, deseo y me desvelo por ello y os exhorto a que, si es posible, no se pierda ninguno de los hermanos, y que la madre[91] abrace gozosa en su seno, como un solo cuerpo, a todo el pueblo unido en un mismo sentir.

90. Rm 3, 3s.

91. O sea la Iglesia. Cipriano da frecuentemente el nombre de madre a la Iglesia; cf. por ejemplo el cap. 6: «No puede ya tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre».

Mas si este saludable consejo no lograra hacer retornar al camino de la salvación a algunos, cabecillas de los cismas y autores de las disensiones que permanecen en su ciega y obstinada locura, los demás, al menos los que habéis sido captados por simplicidad o inducidos por error o engañados por la argucia de su falaz astucia, soltaos de los lazos de este engaño, liberad del error vuestros equivocados pasos y retornad al recto camino que conduce al cielo. Es la voz del apóstol la que lo atestigua: *Os mandamos* –dice– *en nombre del Señor Jesucristo que os apartéis de todos los hermanos que andan desordenadamente y no según la tradición que recibieron de nosotros*[92]; y dice además: *Que nadie os engañe con vanas palabras, pues por eso viene la ira de Dios contra los hijos de la rebeldía. No tengáis parte con ellos*[93].

Así pues, hay que apartarse de los culpables; más aún, hay que huir de ellos, no sea cosa que, por juntarse con los que mal andan y discurrir por las sendas del error y del crimen, se haga uno mismo culpable también de este crimen, desviándose del verdadero camino.

Hay un solo Dios, un solo Cristo, una sola Iglesia de Cristo, una sola fe y un solo pueblo, conjuntado en la sólida unidad de un cuerpo mediante el vínculo de la concordia[94]. No puede romperse esta unidad ni puede ser dividido o despedazado un único cuerpo, desmembrando su estructura o siendo arrancadas sus vísceras con la laceración.

Quien se separa del tronco vital no podrá vivir y respirar por su cuenta, porque le falta el soporte de la vida.

92. 2 Ts 3, 6.
93. Ef 5, 6ss.
94. Aquí también Cipriano encuentra una serie de expresiones que, juntas, ayudan a intuir la unidad altísima que él contempla.

El ideal de la paz y de la concordia

24. El Espíritu Santo nos avisa con estas palabras: *¿Quién es el hombre que ama la vida y desea ver días muy buenos? Guarda tu lengua del mal y que tus labios no hablen con perfidia. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y síguela*[95].

Debe buscar y seguir la paz el hijo de la paz; y debe guardar su lengua del mal de la disensión quien conoce y estima el vínculo de la caridad.

A sus mandamientos divinos y a sus saludables enseñanzas el Señor, ya próximo a su pasión, añade estas palabras: *La paz os dejo, mi paz os doy*[96].

Ésta es la herencia que nos dejó. Todos los dones y premios prometidos por Él dependen de la conservación de la paz. Si somos, por tanto, herederos de Cristo, permanezcamos en la paz de Cristo, y si somos hijos de Dios, seamos pacíficos: *Bienaventurados* –dice– *los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*[97]. Es necesario que los hijos de Dios sean pacíficos, mansos de corazón, sencillos en el hablar, concordes en el sentir, unidos fielmente entre sí por los lazos de la unanimidad.

25. Esta unanimidad es la que existía en tiempos de los apóstoles, y de este modo, custodiando los mandamientos del Señor, el nuevo pueblo de los creyentes mantuvo su amor.

Esto lo demuestra la Escritura donde dice: *La multitud de los creyentes actuaba con una sola alma y una sola mente*[98]; y también: *Y todos ellos perseveraban unánimes en*

95. Sal 33, 13ss.
96. Jn 14, 27.
97. Mt 5, 9.
98. Hch 4, 32. Está siempre presente y vivo en Cipriano el modelo de la primera comunidad cristiana.

la oración en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos[99].

Y por ello oraban con eficacia; por ello podían alcanzar con seguridad lo que imploraban de la misericordia de Dios.

26. Entre nosotros, sin embargo, se ha debilitado esta unanimidad, de tal modo que ha decaído también la generosidad de nuestras obras.

Ellos vendían entonces casas y campos y, reuniendo su tesoro en el cielo[100], ofrecían el importe a los apóstoles, para que fuera repartido en beneficio de los necesitados[101]. Y, sin embargo, nosotros ahora no damos de nuestro patrimonio ni siquiera el diezmo, de modo que, mientras el Señor nos manda vender[102], nosotros compramos y lo incrementamos. Hasta este punto se ha relajado el vigor de la fe, hasta este punto se ha debilitado la fortaleza de los creyentes.

Por eso el Señor, mirando a estos tiempos, dice en el Evangelio: *Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en el tierra?*[103]. Vemos que se está realizando lo que Él predijo: no hay fe en el temor de Dios, ni en la ley de la justicia, ni en el amor, ni en las buenas obras. Nadie piensa con temor en las cosas futuras; nadie toma en consideración el día del Señor, ni la ira de Dios, ni los suplicios que sobrevendrán a los incrédulos, ni los tormentos reservados a los malvados. Todo esto temería nuestra conciencia si creyese, pero, al no creer, no lo teme en absoluto. Si creyera, llevaría cuidado con ello, y, llevando cuidado, lo evitaría.

99. Hch 1, 14.
100. Cf. Mt 6, 19s.; Lc 12, 33.
101. Cf. Hch 4, 34.
102. Cf. Lc 12, 33.
103. Lc 18, 8. Hemos encontrado anteriormente la mención de Cipriano al fin del mundo, que en su opinión estaba próxima: cf. cap. 16, nota 68.

27. Espabilémonos todo lo posible, hermanos queridísimos[104], y venciendo el sueño de la antigua indolencia, vigilemos, a fin de guardar y practicar los preceptos del Señor.

Seamos tales como Él mismo manda ser, diciéndonos: *Tened ceñidas las cinturas y encendidas las lámparas y estad como los hombres que aguardan a que su señor venga de la boda para abrirle apenas venga y llame. Bienaventurados los siervos a los que el Señor, cuando venga, los encuentre en vela*[105].

Es necesario que estemos ceñidos, para que, cuando llegue el día de la partida, no nos sorprenda impreparados y desconcertados. Brille y resplandezca nuestra luz en las buenas obras, para que sea Él mismo quien nos lleve de la oscuridad de este mundo a la luz de la claridad eterna. Esperemos siempre solícitos y vigilantes la repentina venida del Señor, a fin de que, cuando Él llame, nuestra fe esté en vela y reciba de parte del Señor el premio a la vigilancia.

Si guardamos estos mandatos, si mantenemos estos consejos y preceptos, no podremos, como los que duermen, ser sorprendidos por los engaños del diablo, sino que, como siervos vigilantes, reinaremos con Cristo, que reina.

104. Cf. Rm 13, 11.

105. Lc 12, 35ss.

Cipriano

EL PADRENUESTRO

EL PADRENUESTRO

Introducción

1. Los preceptos evangélicos[1], queridísimos hermanos, no son otra cosa que enseñanzas divinas: fundamento para edificar la esperanza, apoyo para sostener la fe, alimento para nutrir el corazón, guía para marcar el camino, seguridad para obtener la salvación. Instruyendo en la tierra a las almas dóciles de los creyentes, los van conduciendo hacia el reino de los cielos.

Dios ha querido que fueran dichas y oídas muchas cosas a través de sus siervos los profetas, pero ¡cuánto mayores

1. Este tratado de Cipriano –cuya fecha de composición oscila entre la primera mitad del 250 y el principio del 252– parece ser una catequesis dirigida a los fieles bautizados recientemente, como se puede deducir por el uso frecuente de expresiones bautismales en términos de regeneración ya sucedida (cf. M. RÉVEILLAUD, *St. Cyprien, l'oraison dominicale*, París 1964, pp. 41-51). Respecto a la originalidad de la obra, al compararla con el *De oratione* de Tertuliano, aparecen de modo evidente algunas semejanzas; pero se refieren a detalles secundarios que, según H. JANSSEN (en *Studia catholica*, 1940, p. 276ss.), se pueden reducir a cuatro pasajes.

La Obra ha provocado siempre una gran admiración en los autores cristianos, tanto que, por ejemplo, HILARIO DE POITIERS en su *Comentario a Mateo*, al llegar al pasaje del Padrenuestro exclama: «Cipriano, este hombre de santa memoria, nos ha dispensado del deber de comentar el misterio de la oración del Señor» (PL 9, 943).

son las que dice el Hijo, las que testifica con su propia voz[2] el Verbo de Dios, que estuvo presente en los profetas! Y no ya ordenando que se prepare el camino al que viene, sino viniendo Él mismo en persona, abriendo y mostrándonos el camino. De este modo, los que, ciegos y desorientados en otro tiempo, andábamos errantes en sombras de muerte, iluminados ahora por la luz de la gracia hemos encontrado el sendero de la vida, siendo el Señor mismo quien nos conduce y guía[3].

Cristo nos ha enseñado a orar

2. El Señor, entre otros preceptos divinos y saludables consejos[4] con que cuida de su pueblo en orden a la salva-

2. Cf. Hb 1, 1s.

3. Aparecen aquí claramente una serie de pasajes bíblicos, todos centrados en el misterio del bautismo. La idea dominante es la del «camino de la vida». Es evidente la alusión al éxodo de los hebreos desde Egipto, éxodo que en el Nuevo Testamento y en toda la tradición se encuentra interpretado según figura del bautismo (cf. J. DANIÉLOU, *Sacramentum futuri*, París 1950, p. 129ss.). Se lee en el Éxodo: *Yahveh iba al frente de ellos, de día en columna de fuego para alumbrarlos...* (Ex 13, 21). Y san Pablo dirá en la 1 Co 10, 1-2: *No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar.* Otra alusión referente al comienzo de este período se encuentra en Is 40, 3 (y en Mt 3, 3), donde se dice que se prepare el camino del Señor; pero ahora que Cristo ha venido, ya no se pide que se prepare el camino, porque el Señor mismo es el camino y la vida (cf. Jn 14, 6). Por consiguiente este tratado de Cipriano se abre con una introducción rica de motivos bautismales, como son el paso de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, al seguimiento de Cristo por el camino que es Cristo mismo.

4. Se ha puesto de relieve la semejanza entre estas palabras de Cipriano y las siguientes palabras de la liturgia romana de introducción al Padrenuestro: *Praeceptis*

ción, nos dio una forma de orar[5]. Él mismo personalmente nos orientó e instruyó acerca de lo que hemos de pedir. Él, que nos ha concedido vivir, nos ha enseñado también a orar, y esto gracias a su bondad por la que se dignó darnos y conferirnos también todo lo demás. De este modo, al dirigirnos al Padre con la oración y la súplica que nos enseñó el Hijo, seremos más fácilmente escuchados.

Él había anunciado ya que vendría la hora en que los verdaderos adoradores adorarían al Padre en espíritu y en verdad[6]. Y cumplió lo que antes había prometido. De este modo, los que hemos recibido el Espíritu y la Verdad gracias a la santificación, que nos viene de Él, adoramos verdadera y espiritualmente al Padre gracias también a la enseñanza transmitida por Él.

¿Qué oración puede ser más espiritual que la que nos fue dada por Cristo, por quien nos fue enviado también el Espíritu Santo?[7]. ¿Qué súplica más verdadera ante el Padre que la que ha salido de la misma boca del Hijo, que es la Verdad?[8]. De manera que orar distintamente a como Él nos ha enseñado no sólo es ignorancia, sino también culpa, después que Él mismo haya dicho estas palabras: *Rechazáis el mandamiento de Dios, para salvaguardar vuestra tradición*[9].

3. Oremos, pues, hermanos amadísimos, como Dios, nuestro maestro, nos ha enseñado. La oración amistosa y

salutaribus moniti et divina institutione formati, audemus dicere... Habría, por tanto, aquí una indicación muy útil sobre el origen africano de las más antiguas liturgias latinas (cf. *Afrique*, en *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, I, 603; *Oraison dominicale*, ib., XII, 2.246). Cf. también, más adelante, el capítulo 31.

5. Cf. TERTULIANO, *De oratione*, 1: *Iesus Christus, Dominus noster, novis discipulis novi testamenti novam orationis formam determinavit.*

6. Cf. Jn 4, 23.

7. Cf. Jn 16, 7.

8. Cf. Jn 14, 6.

9. Mt 15, 6; cf. Mc 7, 8.

familiar consiste en dirigirse a Dios con lo que es suyo, en hacer subir a sus oídos la oración de Cristo.

¡Que el Padre reconozca las palabras de su Hijo cuando hacemos oración! ¡El que habita dentro de nosotros, en nuestro interior, Él mismo esté también en nuestra voz! Y, teniéndole como abogado ante el Padre por nuestros pecados[10], expresemos las palabras de nuestro abogado cuando, como pecadores, pedimos perdón de nuestras culpas. Pues, habiendo dicho Él que *cuanto pidiéramos al Padre en su nombre, nos lo dará*[11], ¿cuánto más eficazmente obtendremos lo que pedimos en su nombre, si lo pedimos con su misma oración?

Cómo orar

4. Las palabras y súplicas de los que oran sean mesuradas, llenas de paz y de respeto. Pensemos que estamos en la presencia de Dios y que debemos ser agradables a sus ojos tanto en la compostura corporal como en el modo de hablar. Pues, así como es propio de un descarado levantar la voz en grito, así también, por el contrario, concuerda con una persona discreta hablar en la oración modestamente.

Por otra parte, el Señor en su magisterio nos ha ordenado también orar en secreto, en sitios ocultos y retirados, en los propios aposentos[12]. Lo cual está más acorde con la fe. Así sabremos que Dios está presente en todas partes, que escucha y ve a todos, que penetra con la plenitud de su majestad incluso en los lugares más recónditos y escondidos, como está escrito: *Yo soy un Dios cercano y no un Dios lejano. Aunque un hombre se escondiere en los lugares más*

10. Cf. 1 Jn 2, 1s.
11. Jn 16, 23.
12. Cf. Mt 6, 6.

ocultos, ¿no le vería por ello? ¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra?[13]; y también: *En todo lugar los ojos de Dios observan a los buenos y a los malos*[14].

Cuando nos reunimos en asamblea con los hermanos y, juntos con el sacerdote de Dios[15], ofrecemos los divinos sacrificios, no debemos olvidar el respeto y la disciplina. No debemos de ningún modo recitar nuestras preces desordenadamente, con voces inconexas, ni pronunciar tumultuosamente las palabras de una oración, que debe ser presentada a Dios modestamente, porque Dios escucha no lo que sale de los labios, sino lo que sale del corazón. Ni tampoco es necesario a gritos llamar la atención del que ve los pensamientos, según nos muestra el Señor cuando dice: *¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?*[16]. Y en otro lugar: *Y sabrán todas las Iglesias que yo soy el que sondea los riñones y los corazones*[17].

5. Esto es precisamente lo que, según el libro primero de los Reyes, observó cuidadosamente Ana, que era figura de la Iglesia[18]. Ella dirigía a Dios su petición no en voz alta, sino en silencio, modestamente, desde el interior de su corazón. Decía una oración secreta, pero con fe manifiesta. Hablaba no con la voz, sino con el corazón, sabiendo que de este modo la escuchaba el Señor. Y alcanzó eficazmente lo que pidió con fe.

Todo esto lo atestigua la divina Escritura cuando dice: *Hablaba en su corazón; se movían sus labios y no se oía su*

13. Jr 23, 23s.

14. Pr 15, 3.

15. Cipriano ha considerado antes el caso de la oración personal; ahora menciona la oración comunitaria de la Iglesia. Nótese que inmediatamente se pone de relieve la participación activa de los fieles en la celebración eucarística.

16. Mt 9, 4.

17. Ap 2, 23.

18. Para la «tipología» de Cipriano, cf. Introducción, pp. 16-17.

voz, pero el Señor la escuchó[19]. Igualmente leemos en los Salmos: *Hablad en vuestros corazones y arrepentíos en vuestros aposentos*[20]. Y también por medio de Jeremías sugiere y enseña estas cosas el Espíritu Santo, diciendo: *En el corazón, sin embargo, sólo a ti se te debe adorar, Señor*[21].

6. El que ora, amadísimos hermanos, no debe ignorar cómo oraba en el templo aquel publicano que subió allí a la vez que un fariseo. No se atrevía a levantar los ojos al cielo ni osaba alzar las manos. Dándose golpes de pecho y reconociendo interiormente sus pecados, imploraba el auxilio de la misericordia divina. El fariseo, en cambio, se complacía en sí mismo. Por eso aquel, que oraba de este modo, mereció más bien ser justificado, porque no puso la esperanza de su salvación en la seguridad de su inocencia, ya que nadie es inocente, sino que oró con humildad, confesando sus pecados, y esta oración fue escuchada por el que perdona a los humildes[22].

Esto lo expone el Señor en su Evangelio cuando dice: *Dos hombres subieron al templo a orar, uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de este modo: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, injustos, rapaces, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo lo que poseo». El publicano, en cambio, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador». Os digo que éste bajó a su casa justificado más que el fariseo, porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado*[23].

19. 1 S 1, 13.
20. Sal 4, 5.
21. Ba 6, 5 (Carta Jr 5).
22. Cf. 1 P 5, 5; Pr 3, 34.
23. Lc 18, 10ss.

El texto del Padre nuestro

7. Queridísimos hermanos, después que, instruidos por la lectura divina, hemos conocido cómo debemos acceder a la oración, conozcamos también por la enseñanza del Señor qué es lo que debemos pedir en la oración.

Así oraréis –dice–: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra; danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal*[24].

Nuestra oración es comunitaria

8. Ante todo, el maestro de la paz y de la unidad no quiso que la oración se hiciera individual y privadamente, de modo que cuando uno ore, ore solamente por sí. No decimos: «Padre mío, que estás en los cielos», ni: «dame hoy mi pan», ni pide cada uno que sea él sólo perdonado o que él sólo no caiga en la tentación y sea librado del mal.

Nuestra oración es pública y comunitaria, y cuando oramos, no pedimos por uno solo, sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo somos uno[25].

24. Mt 6, 9-13. La única variante que se diferencia más respecto a los otros antiguos textos del Padrenuestro es la del último versículo. Tertuliano en su *De oratione* dice: «*ne nos inducas in temptationem*»; Cipriano aquí: «*et ne patiaris nos induci in temptationem*»; *Vetus Latina Afra*: «*et ne passus fueris induci nos in temptationem*»; *Vetus Latina Itala*: «*et ne nos inducas in temptationem*»; *Vulgata*: «*et ne inducas nos in temptationem*».

25. Las hermosísimas expresiones de Cipriano acerca del carácter comunitario de la oración cristiana son originales, no se en-

El Dios de la paz y maestro de la concordia, que nos enseñó la unidad, quiso que cada uno ore por todos, así como Él mismo en sí nos llevó a todos[26].

Esta ley de la oración es la que observaron los tres jóvenes arrojados en medio del fuego, cantando juntos en su plegaria y concordes en los sentimientos de su espíritu. Lo declara el testimonio de la divina Escritura que, al enseñarnos cómo oraron estos jóvenes, nos da un ejemplo que debemos imitar en nuestras oraciones, para que podamos ser como ellos. *Entonces* –dice– *los tres, con una sola voz, cantaban un himno y bendecían a Dios*[27]. Hablaban con una sola voz y todavía Cristo no les había enseñado a orar. Y por ello su plegaria fue acepta y eficaz, porque una oración pacífica, sencilla y espiritual se hacía acreedora a la benevolencia de Dios.

De este modo también vemos que oraban los apóstoles y los discípulos después de la ascensión del Señor. Dice la Escritura: *Todos ellos perseveraban unánimes en la oración en compañía de las mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos*[28]. Perseveraban unánimes en la oración, poniendo de manifiesto con ello la constancia y la concordia de esa oración. Pues Dios, que hace habitar en una misma

cuentran en Tertuliano, y constantemente volverán a ser presentadas en los grandes comentarios al Padrenuestro. El pueblo del que habla aquí Cipriano comprende el obispo, el clero y los fieles; indica por tanto toda la comunidad y expresa su unidad (cf. *De unitate*, 23).

26. Es extraordinaria la concisión que Cipriano frecuentemente consigue, con efectos muy incisivos. Nótese aquí, en el tema de la oración común, el valor decisivo de la recapitulación de todos y todo en Cristo. En las palabras «en sí nos llevó a todos», se insinúa la idea de que Cristo –llevándonos a todos en sí– ha consumado la redención a través de la cruz, «llevando» Él nuestros pecados: cf. 1 P 2, 24; Is 53, 4. Cf. más adelante el capítulo 14, nota 54.

27. Dn 3, 51.

28. Hch 1, 14; la misma cita se encuentra también en el *De unitate*, 25.

casa a los que tienen una sola alma[29], no admite en su eterna morada más que a los que oran de modo unánime.

Padre nuestro, que estás en los cielos

9. ¡Qué misterios, amadísimos hermanos, los de la oración del Señor! ¡Cuántos y qué grandes, brevemente resumidos en esta plegaria, mas espiritualmente copiosos y eficaces! De tal modo que no queda nada de cuanto se refiere a la oración y a la plegaria, que no esté comprendido en este compendio de doctrina celestial[30].

Dice el Señor: *Así oraréis: Padre nuestro, que estás en los cielos.*

El hombre nuevo, renacido y restituido a su Dios por la gracia divina[31], lo primero que dice es *Padre*, porque ya ha empezado a ser hijo.

Vino a su casa –dice el Evangelio–, *y los suyos no le recibieron. Pero a cuantos le recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre*[32]. Así pues, el que cree en su nombre se hace hijo de Dios, y desde este momento debe empezar a dar gracias y a confesar su filiación divina.

29. Cf. Sal 67, 7, antes citado en el *De unitate*, al que se hará referencia en el capítulo 23 del presente tratado.

30. Ya hemos encontrado el término *compendium* en el *De unitate*, 4, 15. Cipriano está convencido de que en cada pasaje, en cada palabra del Evangelio está contenido todo sintéticamente. Cf. más adelante el capítulo 28, nota 105. Aparece aquí también la referencia a la célebre expresión de Tertuliano en relación al Padrenuestro: *Breviarium totius Evangelii* (*De oratione*, 1).

31. El hombre nuevo es el hombre regenerado por el bautismo; parece posible percibir, en esta breve mención a la novedad de la vida por la gracia, la experiencia personal que Cipriano nos ha dejado en su libro *A Donato*, 4.

32. Jn 1, 11-12.

Al llamar Padre a Dios, que está en los cielos, debe testificar al punto, con las primeras palabras de su nuevo nacimiento, que ha renunciado al padre terreno y carnal[33] y que ya desde ahora no conoce ni tiene otro padre más que el que está en los cielos, como está escrito: *Los que dicen al padre y a la madre: no os conozco, y no reconocen a sus hijos, éstos han cumplido tus preceptos y han guardado tu alianza*[34].

Así mismo el Señor en su Evangelio nos ha ordenado que no llamemos padre nuestro a nadie en la tierra, porque nuestro Padre es sólo el que está en los cielos[35]. Y al discípulo, que había hecho mención de su padre difunto, le respondió: *Deja que los muertos entierren a sus muertos*[36]. Había dicho, en efecto, que su padre había muerto, mientras que el Padre de los creyentes siempre vive.

10. Y no sólo debemos observar y darnos cuenta que llamamos Padre al que está en los cielos, sino que añadimos algo más y decimos *Padre nuestro*, es decir, de todos los que creen, de todos los que, santificados por Él y regenerados por el nacimiento de la gracia espiritual, han comenzado a ser hijos de Dios.

Esta palabra, por otra parte, censura y hiere a los judíos, quienes no sólo rechazaron con su infidelidad a Cristo, que les había sido anunciado por los profetas y enviado a ellos en primer lugar[37], sino que además cruelmente lo mataron.

33. Parece que, después de citar los versículos 1, 11-12 de Juan, ahora se hace referencia al versículo siguiente, o sea a Jn 1, 13. Está cercana sin embargo (capítulo siguiente) la cita de Jn 8, 44: *Vosotros sois de vuestro padre, el diablo*; por esto hay quien prefiere ver aquí, sin ninguna duda, la referencia a Jn 8, 44, debido a la renuncia a Satanás, ligada al bautismo, que ciertamente se está mencionando.

34. Dt 33, 9.

35. Cf. Mt 23, 9.

36. Mt 8, 22.

37. Cf. Hch 3, 25s.

Éstos ya no pueden llamar a Dios Padre, porque el Señor mismo los confunde y refuta, diciéndoles: *Vosotros habéis nacido de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Pues éste fue homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él*[38]. Y por medio del profeta Isaías clama Dios lleno de indignación: *Hijos crié y saqué adelante, y ellos, sin embargo, me despreciaron. Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo; Israel, sin embargo, no me conoció y el pueblo no me discernió. ¡Ay de la gente pecadora, del pueblo lleno de pecados, semilla de malvados, hijos del crimen! Abandonasteis al Señor y habéis enojado al Santo de Israel*[39].

Como echándoselo en cara, los cristianos, cuando oramos, decimos *Padre nuestro*, porque nuestro ha empezado ya a ser, y de los judíos dejó de serlo por haberlo abandonado.

Un pueblo pecador no puede ser hijo. Por contra, a quienes se les concede el perdón de los pecados, a éstos sí que se les confiere el nombre de hijos y se les promete la eternidad, como dice el Señor mismo: *Todo el que comete pecado es un esclavo. Y el esclavo no se queda en casa para siempre, mientras que el hijo se queda para siempre*[40].

11. ¡Cuán grande es la misericordia del Señor, cuán grande la abundancia de su amor y de su bondad para con nosotros! Pues ha querido que oremos en su presencia, que lo invoquemos como Padre y que, así como Cristo es el Hijo, así también nosotros nos llamemos hijos de Dios. Ninguno de nosotros se hubiera atrevido a usar tal nombre en la oración, si no nos hubiera permitido Él mismo orar de este modo.

Así pues, queridísimos hermanos, debemos recordar y ser conscientes de que, al llamar a Dios Padre, nos obliga-

38. Jn 8, 44.
39. Is 1, 2ss.
40. Jn 8, 34s.

mos a actuar como hijos de Dios, de modo que, así como nos complacemos nosotros de tener a Dios por Padre, así también se complazca Él en nosotros.

Comportémonos como templos de Dios, para poner de manifiesto que Dios habita en nosotros[41]. Que nuestras acciones no deshonren al Espíritu. Y así quienes hemos empezado a ser espirituales y celestiales, pensemos y obremos sólo cosas espirituales y celestiales, ya que el mismo Dios y Señor ha dicho: *A quienes me honran, yo les honraré, y quienes me desprecian, serán despreciados*[42]. También el bienaventurado apóstol puso en una de sus cartas: *No os pertenecéis, porque habéis sido comprados a buen precio. Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo*[43].

Santificado sea tu nombre

12. Después de esto decimos: *Santificado sea tu nombre*, no porque deseemos que Dios sea santificado por nuestras oraciones, sino porque pedimos que su nombre sea santificado en nosotros. Por lo demás, ¿por qué puede ser Dios santificado, siendo Él mismo quien santifica?

Mas, porque Él mismo ha dicho: *Sed santos, porque yo soy santo*[44], pedimos y suplicamos esto, para que los que hemos sido santificados por el bautismo, perseveremos en lo que hemos empezado a ser. Y esto lo pedimos todos los días, pues todos los días necesitamos ser santificados, para purificarnos con esta asidua santificación de los pecados que cometemos diariamente.

41. En todo este párrafo hay una continua referencia a 1 Co 6, 19; y, por otra parte, la conclusión es la cita explícita de 1 Co 6, 19-20.

42. 1 S 2, 30.

43. 1 Co 6, 19s.

44. Lv 11, 44; cf. 1 P 1, 15-16.

Qué santificación es ésta que nos confiere la bondad de Dios, lo proclama el apóstol cuando dice: *Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los estafadores, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces, alcanzarán el reino de Dios. Y esto fuisteis vosotros ciertamente, pero habéis sido lavados, habéis sido justificados, habéis sido santificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*[45].

Dice que hemos sido santificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios. Pues bien, lo que pedimos en la oración es que esta santificación permanezca en nosotros, pues el Señor y Juez nuestro conmina a no pecar más a los que han sido sanados y vivificados por Él, para que no les ocurra algo peor[46]. Y por eso hacemos esta petición continuamente en nuestras oraciones. De día y de noche pedimos que la santidad y la vida, que nos vienen de la gracia de Dios, sean conservadas bajo su protección.

Venga tu reino

13. Y sigue en la oración: *Venga tu reino*. Con ello pedimos que el reino de Dios se haga presente en nosotros, del mismo modo como pedimos que su nombre sea santificado en nosotros. Pues, ¿cuándo no reina Dios? O ¿cuándo empieza en Él lo que siempre fue y nunca deja de ser? Pedimos, en definitiva, que venga nuestro reino, prometido por Dios y adquirido por la sangre y la pasión de Cristo; es decir, que quienes le servimos en el mundo, reinemos después con Cristo, que es quien verdaderamente reina, como Él mismo nos promete cuando dice: *Venid, benditos de mi*

45. 1 Co 6, 9ss.

46. Cf. Jn 5, 14.

Padre, recibid el reino que ha sido preparado para vosotros desde el origen del mundo[47].

El reino de Dios, hermanos queridísimos, puede ser incluso el mismo Cristo, que diariamente deseamos que venga y cuya venida pedimos que ocurra pronto en nosotros[48]. Pues siendo Él la resurrección[49], porque en Él resucitamos[50], también puede ser Él el reino de Dios, porque en Él hemos de reinar.

Con razón pedimos, por tanto, el reino de Dios, esto es, el reino celestial, porque hay también un reino terreno. Aunque, quien ha renunciado ya al mundo, está por encima de los honores y del reino de este mundo[51]. Por ello, quien se consagra a Dios y a Cristo no desea los reinos terrenos, sino los celestiales.

La oración y la súplica, por tanto, deben ser incesantes para no ser excluidos del reino de los cielos, como lo fueron los judíos, a quienes se les había prometido en primer lugar, según manifiesta claramente el Señor, cuando dice: *Muchos vendrán de oriente y de occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Mas los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes*[52]. Nos muestra el Señor que los judíos fueron antes hijos del reino, mientras permanecieron siendo hijos de Dios[53]. Mas cuando perdieron el nombre del Padre, perdieron también el reino. Y por eso los cristianos, desde que en la oración hemos empezado a llamar a Dios Padre, pedimos también que venga a nosotros el reino de Dios.

47. Mt 25, 34.

48. Esta importante interpretación parece haber sido expresada, por primera vez, por Cipriano.

49. Cf. Jn 11, 25.

50. Cf. Col 2, 12.

51. Hay aquí una referencia, más evidente que la indicada con anterioridad (cf. nota 33), a las «renuncias» que se expresan en el bautismo.

52. Mt 8, 11s.

53. Cf. Jn 8, 41.

Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra

14. Añadido a lo anterior, decimos también: *Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra*, no para que Dios haga lo que quiera, sino para que nosotros podamos hacer lo que Dios quiere. Porque, ¿quién impide a Dios hacer lo que quiera? Sin embargo, a nosotros el diablo nos dificulta que nuestra mente y nuestros actos obedezcan totalmente a Dios. Por ello oramos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios, cosa que se realiza sólo si Dios quiere, es decir, con su ayuda y protección. Pues nadie puede sentirse firme y seguro gracias a sus propias fuerzas, sino gracias a la bondad y a la misericordia de Dios.

Finalmente, el Señor, mostrando la debilidad humana, que Él mismo llevaba[54], dice: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*[55]. Sin embargo, dando ejemplo a sus discípulos para que no hagan su voluntad, sino la de Dios, continúa diciendo: *Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú*[56]. Y en otro lugar dice: *No he bajado del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*[57].

Por tanto, si ha obedecido el Hijo haciendo la voluntad del Padre, ¡cuánto más debe obedecer el siervo haciendo la voluntad del Señor! De este mismo modo tam-

54. *Infirmitatem hominis quem portabat.* Ya encontramos el verbo *portare* en el capítulo 8: *In uno omnes ipse portavit*; e indicamos (nota 26) que allí ya estaba insinuada la idea de cómo Jesús obró nuestra redención: *Él, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia* (1 P 2, 24; cf. Is 53, 4). Aquí la idea es más explícita: Él nos ha llevado a todos en sí, cargándose nuestra enfermedad; en este pasaje de Cipriano es evidente también la alusión a Flp 2, 8-9.

55. Mt 26, 39.

56. Ib.

57. Jn 6, 38.

bién Juan, en una de sus cartas, nos exhorta a hacer la voluntad de Dios con estas instrucciones: *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición mundana, lo cual no procede del Padre, sino de la concupiscencia del mundo. Y el mundo y su concupiscencia pasarán, mientras que quien hiciere la voluntad de Dios permanece para siempre, como Dios permanece para siempre*[58].

Así pues, los que queremos permanecer para siempre debemos hacer la voluntad de Dios, que es eterno.

15. Ahora bien, la voluntad de Dios es la que hizo y enseñó Cristo[59]: humildad en el comportamiento, constancia en la fe, sencillez en las palabras, justicia en las acciones, misericordia en las obras, disciplina en las costumbres, no saber lo que es infligir una injuria y ser capaz de tolerar las infligidas, mantener la paz con los hermanos, amar a Dios de todo corazón, amarlo como Padre, temerlo como Dios, no anteponer nada a Cristo, ya que Él no antepuso nada a nosotros, unirse inseparablemente a su amor, adherirse fuerte y confiadamente a su cruz; cuando hay que luchar por su nombre y su honor, mostrar en la discusión la firmeza con que le confesamos; en el interrogatorio, la confianza con que combatimos; en la muerte, la paciencia por la que somos coronados.

58. 1 Jn 2, 15ss.

59. Esta afirmación de Cipriano hoy tiene referencia con lo que dice la *Dei Verbum*, 4: «Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras..., lleva a plenitud toda la revelación». En relación con todo este capítulo 15 del *De dominica oratione*, se ha dicho que es una joya de extraordinaria belleza literaria; por otra parte, en Cipriano brota muy a menudo y espontáneamente su notable formación literaria (cf. Introducción, p. 13).

En esto consiste ser coheredero con Cristo[60]; esto es guardar el mandamiento de Dios; esto es cumplir la voluntad del Padre.

16. Y pedimos que se haga la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra, porque ambas cosas son necesarias para la consumación de nuestra justificación y de nuestra salvación. Pues teniendo un cuerpo que procede de la tierra, y un espíritu que procede del cielo, nosotros mismos somos tierra y cielo, y en ambos, es decir, en el cuerpo y en el espíritu, pedimos que se haga la voluntad de Dios[61].

Hay una lucha entre la carne y el espíritu, un combate continuo entre estos dos elementos discordantes entre sí. De modo que no hacemos lo que queremos, pues mientras el espíritu tiende a lo celestial y divino, la carne desea lo terreno y mundano. Y, por ello, pedimos que con el poder y el auxilio de Dios haya concordia entre ellos, a fin de que, cumpliéndose la voluntad de Dios en el espíritu y en la carne, se salve el alma, que ha renacido de Dios.

Esto es lo que de manera clara y manifiesta expone el apóstol Pablo cuando dice: *La carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne. Ellos son antagónicos entre sí, de modo que no hacéis lo que queréis. Manifiestas son, sin embargo, las obras de la carne, que son: adulterios, fornicaciones, impurezas, obscenidades, idolatrías, hechicerías, homicidios, enemistades, discordias, celos, rencillas, herejías, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes; quienes tales cosas hacen no poseerán el reino de Dios. Fruto, en cambio, del Espíritu es el amor, el gozo, la*

60. Cf. Rm 8, 17.

61. Las interpretaciones como ésta, o como las de los capítulos 17 y 18 y algunas otras, pueden hacer pensar en una influencia de Orígenes. De todas formas, la exégesis de Cipriano nunca es demasiado forzada (cf. Introducción, pp. 17-18).

paz, la magnanimidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia, la castidad[62].

Y por ello cotidianamente, más aún, continuamente pedimos esto en nuestras oraciones: que se cumpla la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra en todo lo que a nosotros se refiere. Porque ésta es la voluntad de Dios: que las cosas terrenas cedan ante las celestiales y que prevalezca lo espiritual y divino.

17. Puede también entenderse de este otro modo, amadísimos hermanos: que ordenándonos y exhortándonos el Señor a amar incluso a nuestros enemigos y a orar por los que nos persiguen[63], oremos también por quienes aún son terrenos y no han empezado todavía a ser celestes. De este modo, pedimos que también con respecto a ellos se cumpla la voluntad de Dios, que llevó a cabo Cristo, salvando y restaurando al hombre.

En efecto, Cristo ya no llama a sus discípulos tierra, sino *sal de la tierra*[64], y el apóstol al primer hombre lo llama salido de la tierra y al segundo venido del cielo[65]. Con razón, por tanto, nosotros, que debemos asemejarnos a Dios Padre, que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos[66], oramos así. Y siguiendo la exhortación de Cristo, pedimos por la salvación de todos. De modo que, así como en el cielo, es decir, en nosotros, se ha cumplido la voluntad de Dios de que seamos del cielo por medio de la fe, así también en la tierra, esto es, en los no creyentes, se cumpla la voluntad de Dios de que los que aún son terrenos por el primer nacimiento, empiecen a ser celestes una vez nacidos del agua y del Espíritu[67].

62. Ga 5, 17-19ss.
63. Cf. Mt 5, 44.
64. Cf. Mt 5, 13.
65. Cf. 1 Co 15, 47.
66. Cf. Mt 5, 45.
67. Cf. Jn 3, 5.

Danos hoy nuestro pan de cada día

18. Prosiguiendo la oración, formulamos esta petición: *Danos hoy nuestro pan de cada día.* Esto puede entenderse en sentido espiritual o en sentido literal[68]. Los dos sentidos, según la disposición divina, son provechosos para la salvación.

En efecto, Cristo es el pan de vida[69] y este pan no es de todos, sino nuestro. Así como decimos *Padre nuestro*, porque es Padre de los que le conocen y creen en Él, así también decimos *pan nuestro*, porque Cristo es pan de los que recibimos su cuerpo[70].

Pedimos que este pan nos sea dado todos los días con el fin de que, quienes estamos en Cristo y tomamos diariamente[71] su Eucaristía como alimento de salvación, no quedemos separados del cuerpo de Cristo a causa de un pecado grave y, separados y excomulgados, se nos niegue el pan celeste. El Señor mismo nos lo indica diciendo: *Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo. Si alguien come de mi pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo*[72].

Por consiguiente, cuando dice que si alguien come de su pan vivirá para siempre, del mismo modo como queda claro que viven quienes, unidos a su cuerpo por el derecho de comunión reciben la Eucaristía, así también hay que temer y orar para que no haya quien, siendo separado del cuerpo de Cristo, permanezca también alejado de la salvación, como nos

68. En relación con esta única mención de Cipriano a un sentido espiritual y literal de un pasaje del Nuevo Testamento, cf. Introducción, pp. 17-18.

69. Cf. Jn 6, 35.

70. O sea, son un solo cuerpo con Él. En este pasaje Cipriano afirma que existe una estrecha relación entre la Eucaristía y nuestra incorporación a Cristo.

71. Es interesante este testimonio sobre la Eucaristía diaria, que se encuentra también en la *Ep.* 57, 3.

72. Jn 6, 51.

conmina Él mismo cuando dice: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*[73].

Por ello pedimos que nuestro pan, es decir, Cristo, nos sea dado todos los días, a fin de que, quienes permanecemos y vivimos en Cristo, no nos apartemos de su santificación ni de su cuerpo.

19. Pero puede entenderse también en el sentido de que, quienes hemos renunciado al mundo y hemos rechazado todas sus riquezas y sus pompas[74] por la fe en el don del Espíritu, pedimos sólo el alimento y el sustento, ya que el Señor así nos lo enseña cuando dice: *Quien no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío*[75].

Por tanto, quien ha comenzado a ser discípulo de Cristo renunciando a todo de acuerdo con la enseñanza de su maestro, debe pedir el alimento de cada día y no extender más allá de esto los deseos de su petición, siendo así que el mismo Señor nos lo prescribe diciendo: *No os preocupéis del mañana, pues el mañana se preocupará de sí mismo. Le basta a cada día su propio mal*[76].

Con razón, pues, el discípulo de Cristo pide para sí sólo el sustento del día, teniendo prohibido pensar en el mañana. Sería, en efecto, algo incompatible y contradictorio que quisiéramos vivir largamente en este mundo los que pedimos que venga cuanto antes el reino de Dios.

En este mismo sentido nos exhorta también el bienaventurado apóstol, construyendo y consolidando la firmeza de nuestra fe y de nuestra esperanza: *Nosotros no hemos traído nada a este mundo, ni tampoco nada podemos sacar. Así que, teniendo comida y vestido, estamos contentos con eso.*

73. Jn 6, 53.

74. Una nueva mención del rito bautismal (cf. cap. 13, nota 51).

75. Lc 14, 33.

76. Mt 6, 34.

Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en la trampa y en muchos perniciosos deseos que hunden al hombre en la perdición y la muerte. Pues la raíz de todos los males es la codicia, dejándose llevar de la cual algunos se han extraviado de la fe y han acarreado sobre sí muchos dolores[77].

20. El apóstol nos enseña no sólo que debemos rechazar las riquezas, sino también que éstas son peligrosas, porque en ellas está la raíz de los males, que con halagos y disimulado engaño ofuscan la mente humana.

Por esto reprende Dios a aquel rico necio que pensaba sólo en las riquezas terrenas y se jactaba por la abundancia de sus cosechas. Le dice: *Necio, esta noche te reclamarán el alma. Las cosas que has acumulado, ¿para quién serán?*[78]. ¡Regocijábase el necio en sus cosechas, cuando aquella misma noche tenía que morir! ¡Pensaba en la abundancia de víveres el que ya no tenía vida!

El Señor nos enseña, por el contrario, que el hombre perfecto y acabado es el que, después de vender todos sus bienes y distribuirlos entre los pobres, se asegura un tesoro en el cielo[79]. Éste es, dice el Señor, el que puede ir en pos de Él[80] e imitar su gloriosa pasión: el que, habiéndose desembarazado totalmente de su patrimonio, no se halla cogido por los lazos de éste, sino que libre y sin trabas acompaña a sus bienes, previamente enviados al Señor.

Para que cada uno de nosotros pueda disponerse a esto, aprendemos a orar así y a conocer por la misma norma de la oración cómo debemos ser.

21. Por otra parte, al justo no puede faltarle el pan de cada día, ya que está escrito: *No hará morir de hambre el*

77. 1 Tm 6, 7ss.
78. Lc 12, 20.
79. Cf. Mt 19, 21.
80. Cf. ib.

Señor al hombre justo[81]; y también: *Fui joven, ya soy viejo y nunca he visto al justo abandonado, ni a su linaje mendigando el pan*[82]. Lo mismo promete el Señor cuando dice: *No os preocupéis, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Por todas esas cosas se afanan los gentiles. Bien sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura*[83].

Promete el Señor dar todas las cosas por añadidura a los que buscan el reino de Dios y su justicia. En efecto, siendo todas las cosas de Dios, a quien tiene a Dios nada le faltará, con tal de que él no falte a Dios.

De este modo vemos que a Daniel, arrojado por orden del rey a la fosa de los leones, se le procura milagrosamente la comida y come el hombre de Dios en medio de aquellas fieras hambrientas pero respetuosas con él[84]. De este modo también es alimentado Elías en su huida por el desierto, siendo servido por los cuervos y así, gracias a estas aves que le llevaban la comida[85], pudo sustentarse en la persecución. ¡Oh detestable crueldad de la malicia humana! Las fieras son respetuosas, las aves sirven la comida, mientras los hombres acechan y se comportan con violencia[86].

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

22. Después de esto, pedimos también por nuestros pecados, diciendo: *Y perdónanos nuestras deudas, así como*

81. Pr 10, 3.
82. Sal 36, 25.
83. Mt 6, 31ss.
84. Cf. Dn 14, 31ss.
85. Cf. 1 R 17, 6.
86. Esta exclamación surge espontánea en Cipriano a causa de las graves persecuciones sufridas por los cristianos.

nosotros perdonamos a nuestros deudores. Después del subsidio del pan, pedimos el perdón de los pecados a fin de que quien es alimentado por Dios, viva en Dios y no se preocupe sólo de esta vida temporal, sino también de la eterna. A ésta se puede llegar si son perdonados los pecados, a los que el Señor llama deudas, como en el Evangelio, cuando dice: *Te perdonaré toda la deuda, porque me lo suplicaste*[87].

¡De qué modo tan oportuno, providencial y saludable se nos advierte que somos pecadores! Pues se nos urge a orar por nuestros pecados, y de este modo, mientras pedimos perdón a Dios, hacemos en nuestro interior un examen de conciencia.

Para que nadie se complazca en sí mismo, como si fuera inocente y, ensalzándose, sea mayor su ruina, el Señor nos instruye y nos enseña que pecamos todos los días, al ordenarnos orar todos los días por nuestros pecados.

En este mismo sentido nos advierte también Juan en su carta, cuando dice: *Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si, por el contrario, reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es el Señor para perdonarnos los pecados*[88]. En esta carta afirma Juan dos cosas: que debemos orar por nuestros pecados y que, al orar, obtendremos el perdón. Por eso dice también que el Señor es fiel para perdonarnos los pecados, porque guarda siempre fidelidad a sus promesas. Pues el que nos enseñó a orar por nuestras deudas y pecados, nos prometió también la misericordia del Padre y el consiguiente perdón.

23. El Señor añadió seguidamente de modo claro una ley, que nos obliga con una condición precisa y un com-

87. Mt 18, 32. 88. 1 Jn 1, 8s.

promiso: pedimos que nos sean perdonadas nuestras deudas, así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Con lo cual somos conscientes de que no puede obtenerse lo que pedimos con respecto a nuestros pecados, si nosotros mismos no hacemos lo mismo con los que pecan contra nosotros. Por ello en otro lugar dice: *Con la medida con que midáis, se os medirá*[89]. Y por ello aquel siervo que, después de serle perdonada toda la deuda por su señor, no quiso él mismo perdonar, fue enviado a la cárcel[90]. Por no querer perdonar a un compañero perdió lo que le había sido perdonado por su señor.

Con más fuerza aún, con todo el vigor de su autoridad expone Cristo esto mismo en sus preceptos cuando dice: *Cuando os pongáis de pie para la oración, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados. Pues si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestros pecados*[91]. No tendrás ninguna excusa el día del juicio, cuando según tu propia sentencia tengas que sufrir aquello mismo que tú has hecho.

Pues Dios ha dispuesto que en su casa habiten los pacíficos, los que tienen un solo corazón y una sola alma[92]; y quiere que, una vez renacidos, perseveremos en lo que hemos llegado a ser gracias al segundo nacimiento. Por tanto, los que hemos empezado a ser hijos de Dios, permanezcamos en la paz de Dios, y los que tenemos un solo Espíritu, tengamos también una sola alma y un solo corazón. De quien está enemistado, Dios no acepta ni siquiera

89. Mt 7, 2.

90. Cf. Mt 18, 23ss.

91. Mc 11, 25s.; esta misma cita aparece en el *De unitate*, 13.

92. Cf. Sal 67, 7 al que se hace referencia en el capítulo 8 y que se cita expresamente en el *De unitate*, 13.

el sacrificio. Por ello le ordena que vuelva desde el altar a reconciliarse primero con el hermano[93], ya que Él se muestra propicio sólo ante las plegarias de los pacíficos. El mayor sacrificio para Dios es nuestra paz, nuestra concordia fraterna, un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo[94].

24. Ya en los primeros sacrificios, los que ofrecieron Abel y Caín[95], no se fijaba Dios en sus ofrendas, sino en su corazón. Y así agradaba más a Dios en su ofrenda aquel que le agradaba más en su corazón. El justo y pacífico Abel, al sacrificar a Dios siendo inocente enseñó a los demás a que, cuando presenten su ofrenda ante el altar, se acerquen con temor a Dios, con sencillez de corazón, con la ley de la justicia, con la paz y la concordia. Con razón, al comportarse de este modo, se convirtió él mismo después en sacrificio para Dios. De este modo él, que poseía la justicia y la paz del Señor, constituyéndose en el primero de los mártires, inició la pasión del Señor con la gloria de su sangre[96]. Estos tales son coronados por el Señor y juntamente con el Señor serán vengados en el día del juicio.

Sin embargo, el que siembra la discordia y la división[97] y no mantiene la paz con los hermanos, éste, según el testimonio del bienaventurado apóstol y de la Sagrada Escri-

93. Cf. Mt 5, 24; confróntese este pasaje de Cipriano y el comienzo del capítulo 24, con el pasaje semejante del *De unitate*, 13.

94. Esta fórmula admirable –como ya hemos indicado (Introducción, p. 25)– ha sido integrada en un punto decisivo de la *Lumen gentium*, 4.

95. Cf. Gn 4, 3ss.

96. Abel es modelo de los mártires, ya que lleva en sí el tipo y la figura de la pasión de Cristo.

97. En esta conclusión del capítulo 24, Cipriano vuelve a presentar el tema de *De unitate*, 14. En la mención al Apóstol y a la Sagrada Escritura sin citas explícitas, hace referencia a los pasajes bíblicos que, sin embargo, en el *De unitate*, 14 están explícitamente citados.

tura, aunque muriera por el nombre de Cristo, no se librará del crimen de la disensión fraterna, como está escrito: *El que odia a su hermano es un homicida*[98]; y un homicida no entra en el reino de los cielos ni vive en compañía de Dios. No puede estar con Cristo quien prefirió imitar a Judas antes que a Cristo.

¡Qué gran pecado es ése, que ni siquiera el bautismo de sangre puede lavar! ¡Qué gran crimen, que ni el martirio puede expiar!

Y no nos dejes caer en la tentación

25. El Señor nos enseña como algo necesario también que digamos en la oración: *Y no nos dejes caer en la tentación*. Con lo cual pone de manifiesto que nada puede contra nosotros el enemigo si Dios antes no se lo permite. Por eso, todo nuestro temor, nuestra devoción y nuestra obediencia deben dirigirse a Dios, ya que en las tentaciones nada puede el maligno si Dios no se lo concede.

Lo demuestra la Escritura cuando dice: *Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén y la sitió, y el Señor la entregó en sus manos*[99].

Al maligno se le da poder contra nosotros según nuestros pecados, como está escrito: *¿Quién entregó al pillaje a Jacob, y a Israel a los saqueadores? ¿Acaso no ha sido Dios, contra quien pecaron cuando rehusaron andar por sus caminos y escuchar su ley? Vertió sobre ellos el ardor de su ira*[100]. Y del mismo modo, cuando peca Salomón y se aparta de los preceptos y de los caminos del Señor, se dice: *Y suscitó el Señor a Satanás contra Salomón*[101].

98. 1 Jn 3, 15.
99. Dn 1, 1s.; cf. 2 R 24, 11ss.
100. Is 42, 24s.
101. 1 R 11, 23.

26. Ahora bien, este poder contra nosotros se le da de dos maneras: como castigo, cuando pecamos, o como alabanza, cuando somos probados. Así vemos que ocurre en el caso de Job, según pone de manifiesto Dios mismo cuando dice. *He aquí que pongo en tus manos todos sus bienes, pero cuida de no tocarlo a él*[102]. Y el Señor en el Evangelio, en el momento de su pasión, dice: *No tendrías contra mí ningún poder si no te hubiera sido dado de lo alto*[103].

Pues bien, cuando pedimos no caer en la tentación, nos sentimos advertidos con esta plegaria acerca de nuestra debilidad y de nuestra flaqueza, para que nadie se enaltezca con insolencia ni adopte actitud de soberbia y arrogancia, ni se gloríe de su confesión o de sus sufrimientos. Pues el Señor mismo, enseñándonos lo que es la humildad, dijo: *Velad y orad para que no caigáis en tentación: el espíritu está pronto, pero la carne es débil*[104].

Entonces, cuando va por delante una confesión humilde y sumisa y todo se atribuye a Dios, lo que se le pide humildemente con temor y respeto nos es concedido por su bondad.

Mas líbranos del mal

27. Después de esto, al término de la oración y como conclusión de la misma, viene una cláusula en la que están resumidas brevemente todas nuestras peticiones y súplicas. En efecto, decimos al final: *Mas líbranos del mal.* Aquí están comprendidas todas las adversidades que el enemigo mueve contra nosotros en este mundo. Frente a ellas sólo existe una firme y segura protección si Dios nos libra de ellas, es

102. Jb 1, 12.
103. Jn 19, 11.
104. Mt 26, 41.

decir, si presta su ayuda a los que dirigimos a Él nuestras oraciones y súplicas.

Así pues, cuando decimos: *líbranos del mal*, no queda ya nada más que pedir, porque de una vez hemos pedido la protección de Dios contra el maligno. Contando con ella, podemos ya estar seguros y salvos frente a todas las asechanzas del mundo y del demonio. Pues, ¿qué miedo puede tener del mundo quien tiene a Dios como protector en el mundo?

Oración-compendio

28. ¿Qué hay de extraño, hermanos amadísimos, en que la oración que Dios nos enseñó compendie en una fórmula saludable todas nuestras súplicas?[105]. Esto había sido predicho ya por el profeta Isaías, cuando, lleno de Espíritu Santo, hablaba de la majestad y de la bondad de Dios: *Palabra eficaz* –dice– *y compendio de justicia, porque una palabra compendiada es la que Dios cumplirá en toda la faz de la tierra*[106].

En efecto, cuando la Palabra de Dios, nuestro Señor Jesucristo, vino para todos y, reuniendo igualmente a doctos

105. Ya hemos encontrado la idea de la concisión de la enseñanza evangélica y hemos visto insinuada la cita de Rm 9, 28 e Is 10, 22s. (cf. *De unitate*, 4 y 15; *De dominica oratione*, 9); aquí la cita aparece explícitamente, inmediatamente después.

106. Rm 9, 28; Is 10, 22ss. Más tarde, cuando santo Tomás hace referencia a la misma cita de Rm 9, 28 parece casi que refleje la idea del *compendium* –frecuentemente expresada aquí por Cipriano– en el comienzo de su libro titulado precisamente *Compendium theologiae*. SANTO TOMÁS dirá: «Dios ha compendiado en pocos y sucintos artículos de fe la enseñanza de la verdad, necesaria para la salvación del hombre, tal como dice el Apóstol a los Romanos: *Palabras abreviadas hará el Señor sobre la tierra* (Rm 9, 28)» (*Compendio de Teología*, Rialp, Madrid 1980, pp. 39-40).

e ignorantes, enseñó a gente de todo sexo y edad los preceptos de la salvación, hizo un gran compendio de ellos. De este modo sus discípulos no tendrían que hacer un esfuerzo de memoria para aprender la doctrina celestial, sino que prontamente aprenderían lo necesario para una fe sencilla.

Y así, cuando enseñaba lo que es la vida eterna, expresó con extraordinaria y divina brevedad el misterio de esta vida: *Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo*[107]. Del mismo modo, cuando elegía los primeros y más importantes preceptos de la ley y los profetas, dice: *Escucha Israel: el Señor, tu Dios, es el único Señor*[108]; y: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Éste es el primero. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas*[109]. Y también: *Todo el bien que quisierais que os hicieran los hombres, hacédselo vosotros también a ellos. Pues ésta es la ley y los profetas*[110].

El ejemplo de Cristo y su oración para que todos seamos uno

29. El Señor nos enseñó a orar no sólo con sus palabras, sino también con sus obras, ya que Él mismo oraba y suplicaba con frecuencia, mostrándonos con su ejemplo lo que nos conviene hacer, como está escrito: *Pero Él se retiró a lugares solitarios, donde oraba*[111]; y también: *Se fue al monte a orar y se pasó la noche orando a Dios*[112].

107. Jn 17, 3.
108. Mc 12, 29.
109. Mt 22, 37ss.; Mc 12, 30ss. Aquí, como en el *De unitate*, 15, la cita de Cipriano une los dos pasajes.
110. Mt 7, 12.
111. Lc 5, 16.
112. Lc 6, 12.

Por tanto, si el que no tenía pecado oraba, ¡cuánto más necesitan orar los pecadores! Y si Él, velando toda la noche, oraba sin interrupción, ¡cuánto más deberemos velar nosotros, permaneciendo en oración!

30. Oraba, pues, el Señor y suplicaba, pero no por Él –¿qué podía pedir para sí el inocente?– sino por nuestros pecados, como Él mismo manifiesta cuando dice a Pedro: *Mira que Satanás ha solicitado cribarnos como trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca*[113]. Y posteriormente pide al Padre por todos diciendo: *No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que por medio de su palabra creerán en mí, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros*[114].

¡Tan grande es la bondad y la misericordia del Señor en orden a nuestra salvación que, no contento con redimirnos con su sangre, quiso además rogar por nosotros!

Y mirad cuál era el deseo que expresa en su oración: que como el Padre y el Hijo son uno, así también nosotros permanezcamos en idéntica unidad. De donde también puede inferirse cuán grave es el delito de quien rompe la unidad y la paz, cuando por ellas ha rogado el Señor. Él, en efecto, quiere que su pueblo obtenga la vida, y sabe que la discordia no puede alcanzar el reino de Dios[115].

Orad con todo el corazón

31. Así pues, hermanos queridísimos, cuando nos disponemos a orar, debemos estar atentos y darnos a la ora-

113. Lc 22, 31s.
114. Jn 17, 20s.
115. Cipriano llega aquí a la cúspide de su comentario al Padrenuestro.

ción con todo el corazón. Todo pensamiento carnal y mundano sea apartado y no piense el alma entonces más que en la plegaria.

Por eso el sacerdote, antes de la oración[116], prepara el ánimo de los hermanos con un prefacio introductorio, diciendo: «Levantemos el corazón», para que, al responder el pueblo: «Lo tenemos levantado hacia el Señor»[117], quede advertido de que no debe pensar en otra cosa más que en el Señor.

Cerremos, por tanto, nuestro pecho al adversario y que esté abierto sólo para Dios. No se le permita entrar en él al enemigo de Dios durante el tiempo de la oración. Pues éste con frecuencia se arrastra y penetra y, engañándonos sutilmente, aparta de Dios nuestras plegarias, de modo que tengamos una cosa en nuestro corazón y otra en nuestra boca, cuando tanto la voz, como el alma, como el corazón, deben orar a Dios con toda atención.

¡Qué desidia distraerse y dejarse llevar de pensamientos frívolos y profanos cuando estás orando ante el Señor! ¿Hay, acaso, alguna cosa en la que debas pensar más que en lo que hablas con Dios? ¿Cómo pretendes que Dios te escuche, si tú mismo no te escuchas? ¿Quieres que el Señor se acuerde de ti en tu oración, cuanto tú mismo no te acuerdas?

Eso es no tener sumo cuidado con el enemigo, cuando oras ante Dios; es ofender la majestad de Dios con esta negligencia en la oración; es velar con los ojos pero dormir con el corazón, siendo así que el cristiano debe velar con el corazón incluso cuando duerme con los ojos, como está escrito en el Cantar de los Cantares de aquella que personifica a la Iglesia: *Yo duermo, pero mi corazón vela*[118]. Por

116. La oración eucarística.

117. Éste es uno de los pocos documentos de la liturgia de aquel tiempo.

118. Ct 5, 2. La esposa del Cantar de los Cantares representa la figura de la Iglesia.

ello mismo el apóstol nos avisa de modo solícito y prudente diciendo: *Sed perseverantes en la oración, velando en ella*[119]. Así nos enseña y nos hace ver que obtienen de Dios lo que le piden, aquellos a los que Dios ve que velan en la oración.

Oración y buenas obras

32. Por otra parte, los que oran no pueden presentarse ante Dios con súplicas vacías, desprovistas de frutos. Una súplica estéril no tiene eficacia ante Dios. Así como todo árbol que no da fruto es cortado y arrojado al fuego[120], del mismo modo también la oración desprovista de fruto, es decir, no fecunda en obras buenas, no puede merecer ante Dios. Por ello la divina Escritura nos instruye diciendo: *Buena es la oración con el ayuno y la limosna*[121].

El mismo que en el día del juicio ha de dar el premio por las buenas obras y las limosnas, es el que ahora escucha benignamente a quien acude a la oración, acompañándola de buenas obras.

Por eso, finalmente, mereció ser escuchado el centurión Cornelio cuando oraba: daba muchas limosnas al pueblo, al mismo tiempo que oraba continuamente a Dios. Hacia la hora de nona, mientras estaba en oración, se le presentó un ángel que testificaba sus buenas obras diciendo: *Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial ante la presencia de Dios*[122].

33. En efecto, las oraciones acompañadas con los méritos de las buenas obras suben inmediatamente ante Dios. Así se lo testificó el ángel Rafael a Tobías, que oraba cons-

119. Col 4, 2.
120. Cf. Mt 3, 10.
121. Tb 12, 8.
122. Hch 10, 4.

tantemente y constantemente realizaba obras buenas, diciéndole: *Es bueno revelar y dar a conocer las obras de Dios. Cuando tú y Sara orabais, presentaba yo el memorial de vuestra oración ante la gloria de Dios; y lo mismo cuando enterrabas a los muertos. Y cuando no dudaste un momento en levantarte de la mesa y dejar tu comida para ir a enterrar a un muerto, entonces yo fui enviado para probarte; y de nuevo me envió Dios para curarte a ti y a Sara tu nuera. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles justos, que estamos presentes y tenemos acceso ante la gloria de Dios*[123].

También por medio de Isaías nos amonesta el Señor y nos enseña algo semejante diciendo: *Desata todo nudo de injusticia, deshace las coyundas de los negocios abusivos; deja en libertad a los oprimidos para que descansen y destruye todo recibo injusto; parte tu pan con el hambriento y recibe en tu casa a los pobres sin techo; si ves a un desnudo, vístelo, y no desprecies a tus semejantes. Entonces brotará tu luz como la aurora y se distinguirán en seguida tus vestidos, te precederá la justicia y te rodeará la gloria de Dios. Entonces clamarás y Dios te escuchará, todavía estarás hablando cuanto te dirá: heme aquí*[124].

Dios promete estar presente y dice que escuchará y protegerá a quienes desatan de su corazón los nudos de la injusticia y reparten limosnas a los siervos de Dios, de acuerdo con sus preceptos. Así, escuchando lo que Dios quiere que se haga, se hacen merecedores ellos mismos de ser escuchados por Dios.

El bienaventurado apóstol Pablo, al ser ayudado en la angustia de su tribulación por los hermanos, dijo que aquellas obras eran sacrificios ofrecidos a Dios: *Estoy provisto de todo, después de recibir de Epafrodito lo que me*

123. Tb 12, 11ss.

124. Is 58, 6ss.

habéis enviado, suave aroma, sacrificio que Dios acepta con agrado[125].

En efecto, quien se apiada del pobre, presta a Dios[126], y quien da a los pequeños, da a Dios[127], es decir, ofrece a Dios espiritualmente un sacrificio de suave olor.

Las horas de la oración

34. En cuanto a la celebración de la oración nos encontramos con que Daniel y aquellos tres jóvenes, fuertes en la fe y victoriosos en la cautividad, observaron la hora de tercia, de sexta y de nona[128] como signo de la Trinidad, que había de manifestarse en los últimos tiempos. Pues, en efecto, la hora prima, al llegar a la hora tercia nos muestra que se ha completado el número de la Trinidad, y así mismo la cuarta cuando llega a la sexta, y la séptima, al llegar a la nona. Por medio de ternas horarias se enumera la Trinidad perfecta.

Los adoradores de Dios, habiendo establecido ya desde antiguo simbólicamente esta distribución horaria, se dedicaban a la oración en esos precisos y determinados momentos. Y se nos reveló después que había sido un signo este hecho de que los justos orasen entonces de este modo.

En efecto, a la hora tercia descendió sobre los discípulos el Espíritu Santo, cumpliéndose de este modo, con el don del Espíritu, la promesa del Señor[129]. Y a la hora sexta, por medio de un signo y de la misma voz de Dios que le hablaba, se le hizo saber a Pedro, subido a la terraza, que admitiera a todos a la gracia de la salvación[130], pues antes

125. Flp 4, 18.
126. Cf. Pr 19, 17.
127. Cf. Mt 25, 40.
128. Cf. Dn 6, 14.
129. Cf. Hch 2, 15.
130. Cf. Hch 10, 9.

había dudado acerca de si conceder o no el bautismo a los gentiles. Y el Señor, crucificado a la hora sexta[131], lavó con su sangre nuestros pecados a la hora nona[132] y consumó entonces su victoria en la pasión, para podernos redimir y vivificar[133].

35. Pero nosotros, amadísimos hermanos, a estas horas de oración, observadas desde antiguo, hemos añadido otras en relación también con los misterios salvíficos.

Por ejemplo, hay que orar también por la mañana para celebrar la resurrección del Señor con una plegaria matutina, cosa que ya señalaba en otro tiempo el Espíritu Santo en los Salmos, diciendo: *Oh Señor, Rey mío y Dios mío, a ti dirigiré mi oración por la mañana y escucharás mi voz; por la mañana me presentaré ante ti y te miraré atentamente*[134]. Y en otra ocasión dice el Señor por medio del profeta: *Al amanecer estarán despiertos, mirando hacia mí y diciendo: venid, volvamos al Señor, nuestro Dios*[135].

También a la puesta del sol, cuando el día acaba, es necesario orar de nuevo. Pues, siendo Cristo el verdadero sol y el verdadero día, cuando se pone este sol y el día natural acaba, oramos y pedimos que venga sobre nosotros de nuevo la luz, es decir, pedimos la venida de Cristo, que ha de traernos la gracia de la luz eterna.

Que Cristo es el día lo pone de manifiesto el Espíritu Santo en los Salmos cuando dice: *La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular. Ha sido obra del Señor y es admirable a nuestros ojos. Éste es el día que ha hecho el Señor: exultemos y gocemos en él*[136]. Y que Cristo también es llamado sol lo testifica el profeta Mala-

131. Cf. Lc 23, 44.
132. Cf. Mc 15, 34.
133. Cf. Mt 28, 1.
134. Sal 5, 3s.
135. Os 5, 15 - 6, 1.
136. Sal 117, 22ss.

quías cuando dice: *Pero para vosotros, que teméis el nombre del Señor, nacerá el sol de justicia, en cuyos rayos está la salud*[137].

Por tanto, si en las divinas Escrituras el verdadero sol y el verdadero día es Cristo, no queda fuera para los cristianos ninguna hora del día en la que Dios no deba ser adorado sin cesar. De modo que los que estamos en Cristo, esto es, en el sol y el día verdaderos[138], durante toda la jornada debemos dedicarnos a la oración y a la plegaria. Y cuando, alternándose entre sí según ley de la naturaleza, la noche suceda al día, ningún daño deberán temer de las tinieblas los que oran, porque para los hijos de la luz[139] también la noche es día. ¿Cuándo estará sin luz quien tiene la luz en el corazón? O, ¿cuándo le faltará el sol y el día a aquel cuyo sol y día es Cristo?

Exhortación final

36. Así pues, los que estamos siempre en Cristo, esto es, en la luz, no cesemos de orar, ni siquiera durante la noche. De este modo, orando y velando siempre sin cesar, perseveraba en el servicio de Dios la viuda Ana, como está escrito en el Evangelio: *No se apartaba del templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones*[140].

Dejemos aparte a los gentiles, que todavía no han sido iluminados, y a los judíos, que habiendo desertado de la luz, permanecen en las tinieblas. Nosotros, hermanos amadísimos, que estamos siempre en la luz del Señor, que recordamos y guardamos lo que hemos empezado a ser por la gracia recibida, consideremos la noche como el día. Tenga-

137. Ml 4, 2.
138. Cf. Jn 1, 9.
139. Cf. Jn 8, 12; 1 Ts 5, 5.
140. Lc 2, 37

mos fe en que caminamos siempre en la luz[141], no nos veamos dificultados por las tinieblas de las que nos hemos liberado; no haya ningún obstáculo para la oración en las horas nocturnas y ningún abandono de la misma a causa de la pereza y de la indolencia.

Ya que hemos sido transformados en nueva criatura y hemos renacido espiritualmente por la misericordia de Dios, imitemos lo que hemos de ser: en el reino sólo existirá el día, sin asomo de la noche[142]; por ello, velemos en la noche como en el día; allí nos dedicaremos siempre a la oración y a la acción de gracias; por ello, oremos también aquí en todo momento y demos gracias a Dios sin cesar[143].

141. Cf. 1 Jn 1, 7.

142. Cf. Ap 21, 25.

143. Cipriano termina retornando a los temas litúrgicos; aquí los motivos eucarísticos (acción de gracias) se presentan en la perspectiva de la liturgia celeste, y esto hace referencia a las palabras del Concilio: «En la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial...» (*Constitución sobre la Sagrada Liturgia,* 8).

Cipriano

A DONATO

A DONATO

Ambientación

1. Haces bien en advertirme, queridísimo Donato[1], pues recuerdo que te lo prometí y ahora es el momento oportuno para cumplir la promesa, cuando la vendimia permite que

1. El tratado *A Donato* fue escrito por Cipriano inmediatamente después del bautismo, y se puede establecer hacia el 246. Se nota en él un estilo rebuscado y elegante que refleja muy de cerca su previa formación retórica. No aparece todavía, en su discurso, ninguna cita bíblica, mientras que en lo sucesivo sólo hablará en el contexto de los párrafos de la Escritura. Pero aunque pueda parecer demasiado rebuscado, por ejemplo en los efectos de montaje, su experiencia de la gracia brota de forma luminosa y purísima. Este tratado es precisamente importante porque inaugura un nuevo género literario: el de las confesiones, que san Agustín volverá a emplear y que se encuentra con más o menos frecuencia en todos los intentos de comunicar el mensaje cristiano a través del relato de la propia experiencia. Por consiguiente, *A Donato* representa, un poco, «las confesiones» de Cipriano.

No se sabe casi nada del personaje de Donato, al cual se dirige Cipriano en el diálogo-monólogo. Puede haber sido un compañero de colegio o un colega de Cipriano; por las alusiones en este tratado (5.15), se deduce que se había convertido al cristianismo y había recibido el bautismo, pero necesitaba ser alentado a un mayor fervor.

El lugar del encuentro que se menciona es casi con seguridad la villa de Cipriano en los suburbios de Cartago, de la cual se habla en varios documentos y donde Cipriano será arrestado el día antes de su martirio (cf. *Vita Cypriani*, 15).

el ánimo disponga de las habituales vacaciones para descansar de los trabajos del año.

También el lugar va acorde con el clima. La plácida hermosura de los huertos se une a las apacibles brisas del dulce otoño para cautivar y recrear nuestros sentidos. Es grato pasar aquí el día conversando y nutrir nuestro corazón con los preceptos divinos.

Sentémonos aquí para que nuestro coloquio no lo interrumpa ningún extraño o nos estorbe el molesto griterío de la ruidosa servidumbre. Los campos cercanos nos ofrecen soledad, aquí donde los sarmientos se enroscan trepando por las cañas, que les sirven de soporte, y forman un parral de frondoso techo a manera de pórtico.

El lugar es muy apropiado para una conversación: mientras la vista de los árboles y las vides recrean nuestra mirada con esta delicia, el alma se instruye con la conversación y se reconforta con el paisaje.

Aunque a ti no te atrae ahora más que el deseo de conversar. Desentendiéndote de la belleza del paisaje encantador, has puesto en mí tus ojos y, con tu porte y tu atención, eres todo oídos, por el cariño que me tienes.

2. Pues bien, es poco lo que puedo ofrecer a tu corazón, porque escaso es lo que de sí puede alumbrar mi limitado ingenio, nunca grávido de buen trigo. Te lo expondré, con todo, lo mejor que pueda, pues el tema de conversación me agrada.

Que la ampulosa elocuencia haga ostentación en los tribunales, en las asambleas y en el foro, llevada de su doble ambición, pero cuando hablamos de Dios nuestro Señor, la sencillez de las palabras, al dar razón de nuestra fe, no se ha de apoyar en la fuerza de la elocuencia, sino en la verdad.

Por todo ello, dispónte a recibir, no palabras elocuentes, sino sólidas, no palabras teñidas de un lenguaje culto para deleitar los oídos del público, sino palabras sencillas para

anunciar en su pura verdad la misericordia de Dios. Dispónte a recibir algo que se siente antes que se aprende y que no se llega a adquirir con un prolongado estudio a lo largo del tiempo, sino que proviene de la ayuda de la gracia, que nos hace madurar.

La conversión

3. Cuando yacía yo aún en las tinieblas de una noche oscura, cuando, vacilante, fluctuaba en medio del mar de este mundo agitado e, indeciso, seguía en la senda del error, desconocedor de mi vida y lejos de la verdad y de la luz, creía, ante mis costumbres de entonces, que era muy difícil y duro lo que la misericordia divina me prometía para mi salvación. Esto es: que pudiera renacer de nuevo y que, nacido a una nueva vida por el baño del agua salvadora, abandonara lo que había sido antes y, permaneciendo en unión con el mismo cuerpo, llegara a ser un hombre nuevo en el corazón y en la mente.

¿Cómo es posible, me decía, un cambio tan grande, hasta el punto de que de repente e instantáneamente se libere uno, tanto de lo que por nacimiento llevamos arraigado en nuestra naturaleza carnal, como de lo que creció en nosotros, adquirido por los malos hábitos a lo largo del tiempo? Porque tales cosas se hallan asentadas en nosotros con raíces fuertes y profundas. ¿Cómo aprenderá la frugalidad quien está habituado a grandes cenas y espléndidos banquetes? ¿Cómo se adaptará a un atuendo humilde y sencillo quien lució, llamando la atención, preciosos vestidos tejidos con oro y púrpura? Quien gozó de poder y dignidad no podrá convertirse sin más en un simple y oscuro ciudadano. Y quien va siempre acompañado de una legión de servidores y es honrado por un numeroso séquito de aduladores, considerará un castigo estar solo. Será siempre inevitable, como

de costumbre, que el vino ejerza una fuerte atracción, que la soberbia hinche, que la ira inflame, que la codicia agite, que la crueldad estimule, que la ambición deleite y que la lujuria arrebate.

4. Estos pensamientos los tenía presentes muchas veces en mi interior. Yo mismo me tenía enredado en los muchos errores de mi vida anterior, de los que creía no poder liberarme. Hasta el punto que era condescendiente con aquellos vicios arraigados en mí y, desesperado de cosas mejores, favorecía mis males como si de cosas propias y naturales se tratara.

Mas toda mancha de mi vida anterior fue lavada con el agua de la regeneración, y en mi corazón, limpio y puro, fue infundida la luz de lo alto. Con la infusión del Espíritu Santo, el segundo nacimiento me convirtió en un hombre nuevo, e inmediatamente, de modo maravilloso, se desvanecieron mis dudas. Se hizo patente lo misterioso, se hizo claro lo oscuro, se hizo fácil lo que antes parecía difícil, se pudo realizar lo que antes se creía imposible. Y pude comprender entonces que era terreno el que, nacido de la carne, vivía sujeto a los pecados, pero que empezaba a ser de Dios este mismo, a quien vivificaba ya el Espíritu Santo.

Tú sabes muy bien, y lo reconoces igual que yo, qué nos ha dado o quitado la muerte de los vicios y qué la vida de las virtudes. Lo sabes tú mismo, no necesitas que te lo diga yo.

Es odioso jactarse en alabanza propia, aunque no debe considerarse jactancia, sino gratitud, aquello que no se atribuye a las fuerzas del hombre, sino que se predica de la gracia de Dios. De este modo, el no pecar ya más es propio de la fe, así como el pecado de antes era propio del error humano.

De Dios es –de Dios, insisto– todo lo que nosotros podemos. De Él recibimos la vida, de Él recibimos las fuerzas

y, gracias al vigor recibido y concebido de Él mientras permanecemos todavía en este mundo, descubrimos ya los signos de las cosas futuras.

Sea el temor guardián de la inocencia, lo suficiente al menos para que el Señor, que por su clemencia penetró en nuestras mentes, al infundirnos su perdón, permanezca como huésped de nuestra alma. Y que ella le complazca con las obras de la justicia, no sea que la seguridad recibida traiga consigo un descuido y se introduzca nuevamente el vetusto enemigo.

El don de la gracia[2]

5. Por lo demás, si te mantienes con paso seguro y firme en el camino de la inocencia y de la justicia; si, apoyado en Dios con todas tus fuerzas y todo tu corazón, eres sólo lo que has empezado a ser, se te dará tanta mayor capacidad cuanto mayor sea el crecimiento de la gracia espiritual. Pues no hay límite ni medida en la recepción del don de Dios, como ocurre en los dones terrenos. Al Espíritu, que se difunde copiosamente, no se le encierra dentro de unos límites, ni se le puede frenar con barreras infranqueables dentro de un espacio reducido. Fluye continuamente, rebosa abundantemente: basta que nuestro corazón tenga sed y se abra.

Él nos inundará con tanta gracia como capaces seamos de creer. De ahí que, mediante una perfecta castidad, una mente pura, una palabra honesta, podamos ya llevar alivio a los que sufren, apagar la virulencia de los venenos, curar las llagas de las almas descarriadas, una vez recobrada la

2. Todo este pasaje es una efusión estupenda y poética de Cipriano sobre la vida de la gracia.

salud, reconciliar a los enemistados, apaciguar a los violentos, ablandar a los furibundos, obligar a confesar a los espíritus inmundos y errantes que se hayan introducido en los hombres, para someterlos increpándoles con amenazas, forzarlos con duros azotes a que se retiren, aumentarles aún más la pena a los que se resisten, gritan de dolor y gimen, abatirlos a latigazos y abrasarlos con el fuego[3]. Todo esto se realiza verdaderamente, aunque no se ve. La ejecución se oculta, pero la pena se manifiesta. En nuestras actuales circunstancias es el Espíritu que hemos recibido quien con su poder obra en el hombre nuevo lo que hemos empezado a ser, aunque, como nuestro cuerpo y todos nuestros miembros aún no han sido transformados, estos ojos carnales permanecen todavía cegados por la nube de este mundo. ¡Qué grande es el poder del alma! ¡Cuánta es su fuerza! No sólo se ha sustraído ella misma a los perniciosos contactos del mundo, de modo que, limpia y pura, evite toda caída ante los ataques del enemigo, sino que se ha crecido y se ha fortalecido poderosamente, hasta el punto de dominar con su ley imperiosa el ejército del enemigo que le viene en contra.

Panorama de la sociedad pagana

6. Y para que, poniendo de manifiesto la verdad, brillen más claramente los signos de la divina gracia, te daré luz para su conocimiento y, disipando la oscuridad de mis pecados, te mostraré las tinieblas que envuelven el mundo[4].

3. Aquí Cipriano, al afirmar el poder de los cristianos sobre los demonios, se refiere a TERTULIANO (cf. *Apologético*, 23, 4.15).

4. Después de la confesión inicial y la exaltación del don de la gracia, Cipriano pasa en este momento (6-13) a presentar un

Supónte por un momento que eres llevado al punto más elevado de una alta montaña; que desde allí divisas el aspecto de todas las cosas situadas debajo de ti y que, dirigiendo tu mirada por doquier, observas bien los torbellinos de este mundo agitado. Entonces te compadecerás del mundo y, amonestándote a ti mismo y muy agradecido a Dios, te regocijarás con mayor alegría de haberte liberado de él.

Contempla los caminos plagados de ladrones, los mares asediados de piratas, las guerras entre ejércitos, horriblemente cruentas, esparcidas por todas partes. Toda la tierra está bañada en sangre de unos y otros. Al homicidio se lo considera un crimen cuando se comete privadamente, mas se lo llama virtud cuando se ejecuta en nombre del Estado. No es la inocencia la que concede impunidad a los criminales, sino la magnitud del crimen.

El espectáculo de los gladiadores

7. Y, si dirigieras tus ojos y tu atención a las mismas ciudades, te encontrarás con una multitud de gente mucho más triste que cualquier clase de soledad. Organizan combates de gladiadores para saciar con sangre la pasión de crueles espectadores. Con vistas a su fortaleza se les atiborra con los más sustanciosos alimentos y la mole robusta de aquellos miembros engorda con tajadas de tocino. De este modo, estando bien cebado, será más valioso cuando ocurra su muerte, a la que está condenado. Se mata a un hombre para

cuadro satírico de la sociedad pagana, para convencer aún más a Donato de la vanidad del mundo. Más tarde (14-15) volverá a presentar los bienes de la vida de la gracia y concluirá con una exhortación al mismo Donato.

dar placer a otro hombre. Y el que alguien sepa matar es pericia, habilidad, arte. El crimen no sólo se realiza, sino que se enseña. ¿Puede haber algo más inhumano?, ¿puede haber algo más cruel? El saber matar es ciencia y el matar, motivo de gloria.

Y, ¿qué me dices de los que en la flor de la edad, con una figura corporal suficientemente hermosa y vestidos con distinción, se arrojan a las fieras sin que nadie les haya condenado? Se adornan en vida para su propio funeral, espontáneamente buscado, y los miserables se glorían de sus males. Combaten con las fieras no a causa de un crimen, sino por pura insensatez. Los padres, como espectadores, ven ante sí a sus propios hijos, y el hermano, que se halla situado en las gradas al igual que la hermana, así mismo presente allí. Y, aunque el fastuoso aparato escénico dé más grandiosidad al espectáculo, esto le cuesta a la madre, ¡ay dolor!, morir de pena. Y aún no creen los que asisten a tan impíos y crueles espectáculos, que son parricidas ellos mismos con sus ojos.

El teatro

8. Vuelve ahora tu mirada a los no menos abominables males de otro espectáculo: también en los teatros podrás contemplar lo que para ti no sólo es motivo de dolor, sino incluso de vergüenza. El género trágico sirve para evocar en verso crímenes antiguos. De manera plástica, como si fueran reales, se representan los horrores de parricidios e incestos del pasado, a fin de que con el transcurso de los siglos no caiga en el olvido aquello que una vez se cometió. Cada generación queda advertida, escuchando estas cosas, de que se puede hacer esto mismo que se hizo entonces. No fenecen nunca los delitos con el decurso de los siglos, nunca queda soterrado el crimen con el tiempo, nunca la iniqui-

dad se sepulta en el olvido. Tales cosas dejaron ya de ser fechorías para convertirse en ejemplos.

Deleita, además, en las comedias la enseñanza de cosas torpes, tanto al recordar lo que uno ha hecho en casa como al escuchar lo que podría hacer. Se aprende el adulterio viéndolo allí y, siendo una incitación al vicio este mal de influencia pública, quizás alguna matrona haya ido al espectáculo siendo púdica y regrese de él siendo impúdica.

Y, además, ¡cuánta corrupción de costumbres, qué fomento de lo obsceno, qué modo de alimentar los vicios! Uno se corrompe con aquellos gestos histriónicos y contempla una representación hecha de torpezas incestuosas contrarias a las leyes y al derecho de la naturaleza. Se castran los varones y todo el honor y el vigor del sexo se desvirtúan con la deshonra de un cuerpo afeminado. E incluso gusta más allí quien de varón en mujer mejor se haya transformado[5]. Según el crimen crecen los aplausos y se considera mejor artista al que mayores torpezas realiza. Y a éste, ¡qué horror!, se le contempla con gusto. ¿A qué cosa no puede incitar un individuo así? Despierta los sentidos, enciende la pasión, vence hasta la más recta conciencia de un corazón bueno.

Y nunca le falta un ejemplo de esta halagadora desvergüenza, de modo que, al oírlo, lo pernicioso se introduzca en los hombres con mayor suavidad. Representan a la impúdica Venus, al adúltero Marte, a aquel Júpiter suyo superior a todos en poder no más que en vicios, que ardía con sus propios rayos en amores terrenos, bien emblaqueciéndose en las plumas de un cisne, bien deslizándose en lluvia de oro, bien lanzándose a raptar jóvenes adolescentes, sirviéndose de aves. Puedes preguntarte ya ahora si es posible

5. En esta clase de representaciones era bastante frecuente que un hombre hiciese el papel de mujer.

que permanezcan siendo íntegros y puros los espectadores. Imitarán a los dioses que veneran, y los miserables convertirán en actos religiosos sus delitos.

La vida privada

9. ¡Oh, si desde esa alta atalaya pudieses clavar tus ojos en los lugares secretos, abrir las puertas cerradas de los aposentos y sacar a plena luz las recónditas intimidades!

Verías a los impúdicos hacer aquello que una persona honrada no podría siquiera mirar, verías lo que es ya un crimen tan sólo ver, verías lo que quienes, fuera de sí por la locura de los vicios, niegan haber hecho y se apresuran a hacer. Varones que se echan encima de otros varones con deseos irrefrenables. Hacen cosas que ni siquiera pueden aprobar los mismos que las hacen. Miento si un individuo así no acusa a los otros de esto mismo; el deshonesto difama a los deshonestos y cree que, a pesar de ser consciente de su culpa, ha quedado así libre de ella, como si la conciencia no fuera ya suficiente para condenar.

Éstos, que son acusadores en público y reos en privado, vienen a ser jueces contra sí mismos al tiempo que culpables. Condenan fuera lo que hacen dentro; cometen de buen gusto lo que incriminan, una vez que lo han cometido. Es una audacia muy propia de sus vicios y una desvergüenza, que concuerda plenamente con estos impúdicos. Y no te maravilles de lo que estos sujetos hablan. En ellos el mal, que se hace ya con las palabras, es lo de menos.

El foro

10. Mas, después de ver los caminos infestados de salteadores, las múltiples guerras diseminadas por el orbe entero,

los espectáculos cruentos o torpes, las acciones vergonzosas de la lujuria cometidas en prostíbulos o que quedan en secreto dentro de las paredes de casa, en las que cuanto más en secreto queda la culpa mayor es el desenfreno, después de todo esto quizá te parezca que queda a salvo el foro, ya que, libre de estos provocativos desmanes, no debería mancharse con ningún contacto pernicioso.

Pues bien, dirige a este punto tu mirada: encontrarás tantas cosas detestables que no tendrás más remedio que apartar de allí tus ojos. Aunque las leyes estén grabadas en doce tablas y todo el derecho esté expuesto al público en planchas de cobre colgadas, se delinque delante de las leyes, se peca delante del derecho, la inocencia no se respeta ni siquiera allí donde se defiende. Entre los contendientes se desencadena la rabia de una parte contra la otra y, rota la paz, en medio de las togas muge el foro alborotado durante los procesos.

Allí están preparados la lanza, la espada, el verdugo, el garfio que desgarra, el potro que estira, el fuego que abrasa: más suplicios para el cuerpo humano que miembros tiene. Y ¿quién viene en auxilio en medio de estos suplicios? ¿El abogado? Prevarica y engaña. ¿El juez? Vende la sentencia. El que tiene la misión de castigar los crímenes, él mismo los comete y, con tal de condenar a un acusado que es inocente, el mismo juez se hace culpable.

Los delitos abundan por todas partes y por doquier actúa un virus dañino a través de mentes depravadas con toda clase y género de pecados. Uno altera un testamento, otro escribe una cosa falsa en un crimen capital; por un lado se les priva a los hijos de la herencia, por otro se dan sus bienes a extraños. Siempre hay un enemigo que acusa falsamente, un calumniador que embiste, un testigo que declara contra la verdad. Por cualquier parte se presenta gente atrevida que por dinero prostituye su palabra para inventar crímenes, de modo que, mientras perecen los inocentes, no les ocurre nada a los culpables.

No existe ningún miedo a las leyes, ningún temor al fiscal o al juez. No se teme, naturalmente, lo que puede comprarse.

Ser inocente entre criminales es ya un delito, y quien no imita a los malos, los ofende. Las leyes van de acuerdo con los pecados y acaba por ser lícito lo que todo el mundo hace. ¿Qué respeto y qué honradez puede existir allí donde no hay quien condene a los malvados y donde te encuentras tan sólo con gente que deberían condenar?

Los bienes del mundo

11. Mas tal vez parezca que escogemos las peores cosas y que con intención destructiva dirigimos tus ojos hacia todo aquello cuyo horrible y repugnante aspecto hiere la sensibilidad de las mejores conciencias. Pues bien, te mostraré aquellas cosas que la ignorancia del mundo considera como buenas. También aquí verás que es algo de lo que hay que huir.

Lo que piensas que son honores, los altos cargos, la abundancia de riquezas, el mando militar, el brillo de la púrpura de los magistrados, la omnímoda potestad del príncipe: en todo ello se esconde un veneno de males que se presenta con halago, y la apariencia, agradable por cierto, de estas atrayentes vanidades es, en realidad, tan sólo un engaño seductor de una calamidad oculta. Es como un veneno en el que con astucia y engaño se les ha dado dulzor a los jugos mortales. Gracias a su sabor medicinal, parece una bebida aquel brebaje, mas, cuando ha sido apurado, se ha bebido la muerte.

Mira por ejemplo a aquel que, deslumbrante con su espléndido manto, parece resplandecer en la púrpura: ¡a precio de qué bajezas compró esto para poderlo lucir; cuánta altanería de gente arrogante tuvo que soportar antes; ante

cuántas puertas de poderosos tuvo que esperar para el saludo matinal; cuántas veces anteriormente, apretujado entre el séquito de clientes, precedió los pasos humillantes de hombres altivos para poder él mismo después ser también saludado de este modo, precedido de pomposa comitiva, sumisa no al hombre, sino a su poder! Pues tampoco ha merecido éste ser honrado por sus costumbres, sino por sus insignias.

Fíjate, en definitiva, en cómo acaban de mal todos éstos. Cuando el adulador, que está al tanto de las circunstancias, se retira, cuando el séquito abandona su compañía y deja en triste soledad al que ya no es más que un simple ciudadano, entonces las desgracias que asolaron su casa hieren su conciencia; entonces conoce los daños que han dejado su patrimonio exhausto al comprar el favor de la plebe e intentar obtener el aura popular con vanas y fútiles esperanzas.

Dispendio verdaderamente estúpido y vano, por haber querido alcanzar con el placer de un engañoso espectáculo, lo que el pueblo no habría aceptado ni la magistratura habría permitido.

12. Y los que consideras ricos, los que reúnen extensiones y más extensiones de terreno, los que, echando de sus confines a los pobres, ensanchan cada vez más sus ilimitadas e interminables posesiones; los que, sumamente cargados de oro y plata, tienen amontonadas o enterradas ingentes cantidades de dinero; también éstos, llenos de inquietud en medio de sus riquezas, se ven atormentados por la preocupación que les causa un pensamiento de incertidumbre: que no les despoje un ladrón, que no les caiga encima un asesinato, que la envidia de algún enemigo más poderoso no les turbe con pleitos provocados por calumnias.

Ninguno de ellos come o duerme con tranquilidad. Están ansiosos incluso en los banquetes, aunque beban en copas adornadas con piedras preciosas. Y aun cuando su

cuerpo, enervado por los festines, se hunda en la profunda cavidad de un lecho blando, se mantienen en vela sobre el colchón de plumas y no comprenden los desgraciados que todas estas cosas son para ellos hermosos suplicios; que se hallan encadenados por el oro y que, más que poseer riquezas, son poseídos por ellas. Y –¡oh detestable ceguera de las almas y profunda oscuridad de una irracional concupiscencia!– cuando se podrían liberar y desembarazar de este peso, continúan aferrándose a los bienes de fortuna, que esclavizan, y adhiriéndose obstinadamente a los tesoros acumulados, que son causa de tormento. Por ello no tienen generosidad con los clientes, no comparten nada con los necesitados y dicen que es suyo aquel dinero que, como si fuera ajeno, guardan celosamente encerrado en su casa y del que no hacen partícipes en modo alguno ni a los amigos, ni a los hijos, ni siquiera a sí mismos. Lo poseen solamente con esta finalidad: que nadie más lo pueda poseer. Y –¡qué ironía de las palabras!– llaman bienes a aquello que utilizan sólo para el mal.

13. O, ¿crees tú acaso que están libres de temor y plenamente a salvo siquiera aquellos que, cargados de honores y con abundantes recursos a su disposición, viven en el esplendor de un palacio regio, rodeados de la protección de hombres armados que montan la guardia? Mayor es el miedo de ellos que el de los demás.

Uno se ve obligado a temer tanto cuanto es temido. La altura en que se encuentra el poderoso exige de él unas penas proporcionales, aunque esté protegido por la fuerza de una escolta y se vea seguro por todos lados en medio de tantos guardianes. En la medida en que no permite que estén seguros sus súbditos, en esa misma medida se hace necesario que no esté seguro él mismo. El poder aterroriza antes a aquellos mismos a quienes, poseyéndolo, hace terribles para los demás: sonríe para mostrarse cruel, acaricia para enga-

ñar, ensalza para abatir. Cobrándose un interés en el daño, resulta que cuanto mayor ha sido la dignidad y los honores, mayor es el rédito de penas exigido.

El puerto de la salvación

14. Así pues, la única tranquilidad serena y duradera, la única seguridad sólida y estable la encuentra sólo quien, habiéndose apartado de todas estas turbulencias del mundo, que llena de inquietud, se sienta allí donde está el puerto de la salvación; es decir, quien en la tierra levanta los ojos al cielo y, admitido a la gracia del Señor y próximo ya en su mente a Dios, se gloría de que dentro de su conciencia ande por los suelos aquello que a los demás, en las cosas humanas, les parece sublime y grande. Nada puede apetecer ya, nada puede desear del mundo el que está por encima del mundo.

¡Qué firme, qué inconmovible protección, qué celestial defensa se descubre en los bienes eternos al soltarse de los lazos de este mundo, que esclaviza, y purificarse de las heces terrenas en orden a la luz de la eterna inmortalidad! Se llega a ver entonces cuánta traidora maldad del devastador enemigo nos había venido en contra hasta el momento. Y nos sentimos empujados a amar más lo que hemos de ser, cuando se nos concede conocer y detestar lo que hemos sido.

Y para esto no hay necesidad de dinero, ni de intrigas, ni de poder, como cuando con gran esfuerzo humano se consigue una fortuna o una dignidad o una potestad: el don de Dios es gratuito y fácil de conseguir. Así como espontáneamente el sol alumbra, el día ilumina, la lluvia humedece, así mismo el Espíritu celestial se infunde en nosotros. Cuando un alma, dirigiendo su mirada al cielo, ha conocido a su Creador, más alta que el sol y por

encima de toda potestad terrena, comienza a ser lo que cree que es[6].

Exhortación final

15. Tú, por tu parte, a quien la milicia celeste ha enrolado ya en las filas espirituales, mantén incorrupta la instrucción recibida, manténla pura con las virtudes religiosas.

Sé asiduo tanto en la oración como en la lectura[7]. En el primer caso hablas tú con Dios, en el segundo Dios habla contigo[8].

Que Él te instruya en sus preceptos, que Él te eduque[9]. A quien Él enriquece, nadie empobrece. Ninguna indigen-

6. O sea, completamente regenerada.

7. De las Escrituras.

8. Entre los Padres es muy frecuente esta relación entre oración (en la cual nosotros hablamos a Dios) y la lectura de la Escritura (en la cual Dios nos habla a nosotros). Cf. S. JERÓNIMO, *Ep.* 22, 25: «¿Rezas? Hablas con el Esposo. ¿Lees? Es Él quien te habla». Y véase como el Concilio vuelve a presentar esta idea (*Dei Verbum*, 25): «El Santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran *la ciencia suprema de Jesucristo* (Flp 3, 8)... Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues "a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras" (S. AMBROSIO, *De officiis ministrorum* I, 20, 88: PL 16, 50)».

9. Cf. *Dei Verbum*, 21: «En los Libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual».

En estas últimas palabras del presente tratado *A Donato*, se anuncia el Cipriano de las obras sucesivas, o sea el «doctor evangélico», como ha sido llamado por su amor extraordinario a las Escrituras.

cia podrá ya existir una vez que el alimento celeste ha saturado el corazón.

A ti ahora te parecerán ya despreciables los artesonados adornados de oro y las mansiones revestidas con incrustaciones de mármol precioso, pues sabes que eres tú más bien el que debe ser pulido, el que debe ser adornado antes que nada; sabes que para ti ésta es la mejor casa, en la que se asienta el Señor como en su templo y en la que empezó a habitar el Espíritu Santo.

Pintemos esta casa con los colores de la inocencia, iluminémosla con la luz de la justicia. No llegará a derrumbarse nunca por el deterioro de los años ni se desfigurará por estropearse la pintura o el oro de las paredes. Las cosas que han sido adulteradas son caducas y no ofrecen segura garantía a quienes las poseen, porque no tienen autenticidad. Esta casa, sin embargo, se mantiene con una hermosura siempre viva, con un honor íntegro, con un esplendor eterno. No puede desaparecer ni extinguirse; puede solamente transformarse en mejor cuando resucite el cuerpo.

16. Esto es todo, de momento, en breves palabras, queridísimo Donato. Pues, aunque esta noticia salvífica constituya un deleite para tu paciencia propia de tu bondad, para tu mente fija en Dios, para tu firme fe, aunque no haya nada tan grato a tus oídos como lo que es grato a Dios, debemos, no obstante, moderarnos en la conversación, ya que estaremos juntos en muchas ocasiones y tendremos posibilidad de hablar. Y ya que estamos ahora en días de fiesta y en tiempo de descanso, llevemos con alegría lo que resta del día, cuando declina ya el sol hacia el atardecer. Que incluso la hora de la cena no se vea privada de la gracia celeste. Suene el salmo cuando vamos a tomar nuestro sobrio sustento. Y ya que tú tienes una feliz memoria y una voz sonora, inicia esta tarea como de costumbre. Mayor bien nos haces a los amigos si escuchamos un cántico espiritual. Deleite, pues, nuestros oídos la religiosa suavidad.

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis
3, 1ss.: 42.
4, 3ss.: 99.
4, 5: 58.
7, 1ss.: 49.

Éxodo
12, 46: 52.
13, 21: 76.

Levítico
11, 44: 86.

Números
3, 4: 64.
16: 64.

Deuteronomio
33, 9: 84.

Josué
2, 18s.: 52.

1 Samuel
1, 13: 80.
2, 30: 86.

1 Reyes
11, 1ss.: 66.
11, 23: 100.
11, 31-32.36: 51.
17, 6: 96.

2 Reyes
24, 11ss.: 100.

2 Crónicas
26, 16-19: 64.

Tobías
12, 8: 106.
12, 11ss.: 107.

Salmos
1, 1: 55.
4, 5: 80.
5, 3s.: 109.
33, 13ss.: 70.
36, 25: 96.
67, 7: 52, 83, 98.
117, 22s.: 109.

Cantar de los Cantares
5, 2: 105.
6, 9: 47.

Job
1, 12: 101.

Proverbios
3, 34: 80.
10, 3: 96.
15, 3: 79.
19, 17: 108.

Eclesiástico
28, 28: 63.

Isaías
1, 2ss.: 85.
10, 22ss.: 45, 102.
40, 3: 76.
42, 24s.: 100.
53, 4: 82, 89.
58, 6ss.: 107.

Jeremías
2, 13: 55.
23, 16-17: 55.
23, 21-22: 55.
23, 23s.: 79.

Baruc
6, 5: 80.

Daniel
1, 1s.: 100.
3: 57.
3, 51: 82.
6, 14: 108.
14, 31ss.: 96.

Oseas
5, 15 - 6, 1: 109.

Malaquías
4, 2: 110.

Mateo
3, 3: 76.
3, 10: 106.
3, 12: 54.
3, 16: 53.
4, 1ss.: 42.
5, 9: 70.
5, 13: 41, 92.
5, 23-24: 58.
5, 24: 99.
5, 44: 92.
5, 45: 92.
6, 6: 78.
6, 9-13: 81.
6, 19s.: 71.
6, 31ss.: 96.
6, 34: 94.
7, 2: 98.
7, 12: 103.
7, 22ss.: 60.
7, 24ss.: 43.
8, 11s.: 88.
8, 22: 84.
9, 4: 79.
10, 16: 41.
10, 22: 66.
12, 30: 49.
13, 20: 54.
15, 6: 65, 77.
15, 14: 63.
16, 18-19: 45.
18, 19-20: 56.
18, 20: 56.
18, 23ss.: 98.
18, 32: 97.
19, 17: 43.
19, 21: 95.
22, 37ss.: 61, 103.
23, 9: 84.
25, 34: 88.
25, 40: 108.
26, 39: 89.
26, 41: 101.
28, 1: 109.

Marcos
7, 8: 65, 77.
11, 25: 58.
11, 25s.: 98.
12, 29: 103.
12, 29ss.: 61.

12, 30ss.: 103.
13, 6: 60.
13, 23: 63.
15, 34: 109.

Lucas
2, 37: 110.
3, 17: 54.
5, 16: 103.
6, 12: 103.
10, 3: 53.
12, 20: 95.
12, 33: 71.
12, 35ss.: 72.
12, 48: 67.
14, 33: 94.
18, 8: 71.
18, 10ss.: 80.
18, 14: 67.
22, 31s.: 104.
23, 44: 109.

Juan
1, 9: 110.
1, 11-12: 83, 84.
1, 13: 84.
3, 5: 92.
4, 23: 77.
5, 14: 87.
6, 35: 93.
6, 38: 89.
6, 51: 93.
6, 53: 94.
8, 12: 110.
8, 34s.: 85.
8, 41: 88.
8, 44: 84, 85.
10, 16: 51.
10, 30: 50.
11, 25: 88.
14, 6: 76, 77.
14, 27: 70.
15, 12: 59.
15, 14ss.: 43.
16, 7: 77.
16, 23: 78.
17, 3: 103.
17, 20s.: 104.
19, 11: 101.
19, 23ss.: 50.
20, 21-23: 46.
21, 15ss.: 53.
21, 17: 46.

Hechos de los Apóstoles
1, 14: 71, 82.
2, 15: 108.
3, 25s.: 84.
4, 32: 12, 70.
4, 34: 71.
5, 17ss.: 57.
10, 4: 106.
10, 9: 108.

Romanos
3, 3s.: 68.
8, 17: 91.
9, 28: 45, 102.
13, 11: 72.
13, 14: 42, 50, 51.

1 Corintios
1, 10: 52.
1, 24: 42.
6, 9ss.: 87.
6, 19: 86.
6, 19-20: 86.
10, 1-2: 76.
11, 19: 54.
13, 2-5.7-8: 59.
15, 33: 63.
15, 47: 92.

2 Corintios
11, 14: 44.

Gálatas
3, 27: 42, 50, 51.
5, 17-19ss.: 92.

Efesios
4, 2s.: 52.
4, 20s.: 42.
4, 46: 47.
5, 6ss.: 69.

Filipenses
2, 6s.: 67.
2, 8-9: 89.
2, 9: 67.
3, 8: 130.
4, 18: 108.

Colosenses
2, 12: 88.
4, 2: 106.

1 Tesalonicenses
5, 5: 110.

2 Tesalonicenses
3, 6: 69.

1 Timoteo
6, 7ss.: 95.

2 Timoteo
2, 17: 55.
3, 1ss.: 62.

Tito
3, 11: 63.

Hebreos
1, 1s.: 76.

1 Pedro
1, 15-16: 86.
2, 24: 82, 89.
5, 5: 80.

1 Juan
1, 7: 111.
1, 8s.: 97.
2, 1s.: 78.
2, 15ss.: 90.
2, 19: 54.
3, 15: 100.
4, 16: 59.
5, 7: 50.

Apocalipsis
2, 23: 79.
3, 11: 66.
21, 25: 111.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Abel: 17, 99.
Abraham: 17, 88.
Acta proconsularia: 13, 35, 36.
África, africano: 5, 6, 7, 8, 9, 10, 12, 13, 15, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 32, 34, 35, 36, 77.
Agustín: 13, 32, 36, 115.
Alejandría: 22, 32.
Alès, A. D'.: 8, 44, 45, 47, 61.
alma/s: 12, 29, 34, 42, 52, 53, 54, 57, 61, 65, 70, 75, 83, 91, 95, 98, 103, 105, 116, 119, 120, 128, 129, 130.
Ambrosio: 130.
Antiguo Testamento: 16, 17, 51, 64.
Antioquía: 11, 22.
apostasía: 21.
apóstol/es: 30, 44, 46, 47, 52, 53, 54, 57, 59, 62, 68, 69, 70, 71, 82, 86, 87, 91, 92, 94, 95, 99, 102, 106, 107.
Apuleyo de Madaura: 6.
Atenágoras: 19.
autoridad: 16, 30, 46, 98.

Bardy, G.: 7.
bautismo: 15, 16, 31, 32, 47, 56, 76, 83, 84, 86, 88, 100, 109, 115.
Bayard: 30.
Bévenot, M.: 48.
Biblia (cf. Escritura): 7, 8, 15, 16.

Caín: 99.
Capelle, P.: 8.
caridad: 24, 34, 53, 59, 61, 70.
Cartago: 6, 8, 9, 10, 12, 13, 16, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 30, 32, 33, 35, 41, 115.
cátedra (de Pedro): 30, 31, 46, 47.
católica: 27, 30, 31, 41.
cielo/s: 12, 30, 45, 50, 56, 58, 59, 60, 69, 71, 75, 79, 80, 81, 83, 84, 88, 89, 91, 92, 93, 95, 98, 100, 129, 130.
cismático/s: 22, 31, 32, 62.
colegialidad: 31, 37.
Colson, J.: 29, 30, 34.
Concilios de Cartago: 9, 10, 11, 23, 32, 33, 41.
Concilio Vaticano II: 25, 27, 29, 36, 111, 130.
concordia: 26, 27, 33, 49, 50, 51, 53, 56, 57, 65, 67, 69, 70, 82, 91, 99, 120.
condenación: 67.
confesión: 58, 66, 67, 68, 101.
confesor/es: 9, 10, 11, 21, 41, 65, 66, 67, 68.
Congar, Y.: 11.
conversión: 14, 16, 117.
Cornelio (papa): 11, 21, 30.
Cristo, Jesucristo: 17, 26, 27, 29, 32, 34, 42, 43, 44, 45, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 57, 58, 59, 60,

62, 63, 67, 68, 69, 70, 72, 76, 77, 78, 82, 84, 85, 87, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 98, 99, 100, 102, 103, 109, 110, 130.
cuerpo (de Cristo): 26, 27, 89, 90, 93, 94. Iglesia, cuerpo de Cristo: 48, 68, 69.

Daniel: 96, 108.
Daniélou, J.: 17, 20, 76.
David: 51.
Decio: 12, 20, 24.
Dejaifve, G.: 28.
diablo: 32, 42, 56, 60, 66, 72, 84, 85, 89.
discípulo/s: 56, 82, 84, 89, 92, 94, 103, 108.
discordia: 51, 56, 58, 59, 61, 62, 91, 99, 104.
división: 26, 35, 44, 48, 54, 99.
Donato: 83, 115, 121, 131.

Elías: 96.
episcopado: 11, 22, 25, 28, 29, 30, 48, 55.
Escritura (cf. Biblia): 14, 16, 18, 24, 36, 45, 50, 70, 79, 82, 99, 100, 106, 110, 115, 130.
esperanza: 34, 45, 47, 60-61, 75, 80, 94, 127.
Espíritu Santo: 15, 16, 25, 27, 29, 32, 46, 47, 50, 52, 53, 54, 55, 62, 70, 77, 80, 99, 102, 108, 109, 118, 131.
Esteban (papa): 22, 33, 34.
Eucaristía: 93.
Eusebio: 11.
Evangelio/s: 15, 44, 50, 51, 56, 57, 60, 65, 66, 68, 71, 80, 83, 84, 97, 101, 110.
excomunión, excomulgar: 33, 34, 93.
exégesis: 18, 91.

Fabiano (papa): 20, 21, 30.
fariseo: 80.
fecundidad: 26, 48, 49, 53.
fraternidad: 33, 48.
Frontón de Cirta: 6.

Galia: 19, 22.
gloria: 36, 66, 67, 99, 107, 122.
gracia: 15, 31, 32, 44, 56, 66, 68, 76, 83, 84, 87, 108, 109, 110, 115, 117, 118, 119, 120, 121, 129, 131.

Hartel, W.: 30, 37.
hereje/s: 31, 32, 33, 34.
hermano/s: 58, 63, 99, 100, 122.
Hijo (de Dios): 25, 27, 50, 71, 76, 77, 78, 85, 89, 94, 99, 104.
hijos de Dios: 32, 83, 85.
Hilario de Poitiers: 75.
humildad: 67, 80, 90, 101.

Iglesia: 6, 8, 9, 10, 11, 12, 15, 17, 19, 20, 21, 22, 23, 25-37, 41, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50-69, 79, 105, 107, 130. Esposa de Cristo: 32, 49.
infierno: 30, 45.
Ireneo de Lión: 17, 19.
Isaac: 17, 88.
Isaías: 85, 102, 107.

Jacob: 17, 88, 100.
Janssen, H.: 75.
Jeremías: 80.
Jerónimo: 13, 14, 15, 36, 130.
Job: 101.
juicio: 16, 33, 54, 98, 99, 104.
justicia: 45, 60, 66, 71, 89, 90, 96, 99, 102, 107, 110, 119, 131.
Justino: 19.

Labriolle, P. de: 6.
Lactancio: 13.
lapsi: 12, 20, 21, 22, 41.
Latourelle, R.: 45.
Lubac, H. de: 17.

magisterio (del Señor): 45, 61, 78.
maligno: 100, 102.
mandamiento/s: 42, 43, 59, 61, 65, 70, 77, 91, 103.
Marco Aurelio: 6.
Marrou, H.: 20.
mártir, martirio: 35, 36, 59, 65, 99, 100, 115.
Melitón de Sardes: 19.
Milcíades: 19.
misericordia: 14, 71, 80, 85, 89, 90, 97, 104, 111, 117.
Moisés: 62, 64, 76.
Monceaux, P.: 10, 22.

Novaciano: 21, 31, 41.
Nuevo Testamento: 76, 93.

obispo/s: 11, 12, 16, 20, 21, 22, 28, 29, 33, 34, 35, 41, 48, 55, 63, 82.
ofrenda: 58, 99.
oración, orar (cf. plegaria): 36, 56, 57, 58, 71, 75, 76, 77-83, 86, 87, 88, 89, 92, 93, 95, 97, 98, 100-111, 130.
Orígenes: 17, 18, 91.
Otto, S.: 19.

Pablo (apóstol): 47, 52, 59, 76, 91, 107.
Padre (Dios): 17, 27, 32, 42, 46, 49, 50, 56, 58, 66, 67, 77, 78, 81, 83, 84, 85, 86, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 96, 97, 98, 99, 104, 130.
paz: 9, 12, 35, 42, 49, 50, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 61, 68, 70, 78, 81, 82, 90, 92, 98, 99, 104, 125.
pecado, pecador, pecar: 15, 21, 31, 46, 56, 58, 59, 62, 63, 65, 66, 78, 80, 82, 85, 86, 89, 93, 96, 97, 98, 100, 104, 109, 118, 120, 125, 126.
penitencia: 21, 23, 33, 65.
perdón, perdonar: 22, 23, 46, 56, 58, 59, 65, 78, 80, 81, 85, 96, 97, 98, 119.
persecución/es: 9, 12, 20, 22, 23, 24, 25, 35, 42, 65, 96.
peste: 23, 24, 55.
plegaria/s (cf. oración): 44, 63, 82, 83, 99, 101, 105, 109, 110.
Poncio (*Vita Cypriani*): 14, 15, 16, 23, 24, 35, 115.
precepto/s: 57, 58, 60, 61, 72, 75, 76, 84, 98, 100, 103, 107, 116, 130.
preces (cf. oración; plegaria): 79.
primado: 10, 30, 31, 33, 46, 47.
profeta/s: 17,51, 55, 61, 75, 76, 84, 85, 102, 103, 109.
prójimo: 24, 61, 103.
publicano: 80.

Réveillaud, M.: 18, 75.
Roma: 5, 6, 7, 11, 19, 20, 21, 25, 29, 30, 31, 32, 34, 35.

sabiduría: 42, 67.
sacrificio (de Cristo): 63.
sacrificios: 20, 35, 50, 58, 63, 64, 79, 99, 107, 108.
Salomón: 51, 66, 100.
salvación: 14, 18, 23, 27, 31, 42, 43, 44, 49, 50, 56, 66, 69, 75, 76-77, 80, 91, 92, 93, 102, 103, 104, 108, 117, 129.

santidad: 49, 68, 87.
Séptimo Severo: 6.
Sixto (papa): 35.
Soden, H. von: 8.

Taciano: 19.
Teófilo de Antioquía: 19.
Tertuliano: 7, 8, 9, 15, 17, 18, 19, 21, 44, 55, 64, 75, 77, 81, 82, 83, 120.
Tomás de Aquino: 102.
Trinidad: 27, 50, 108.

unanimidad: 26, 29, 70, 71.
unidad: 23, 25-30, 32, 33, 34, 37, 44, 46, 47, 48, 50, 51, 52, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 65, 67, 69, 81, 82, 99, 104, 121.

Verbo (de Dios): 67, 76.
verdad: 12, 14, 32, 33, 34, 44, 45, 48, 54, 55, 56, 57, 60, 62, 63, 68, 77, 85, 97, 102, 116, 117, 120, 125.
virgen/es: 10, 11.
voluntad (de Dios): 81, 89-91, 92.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5
El África cristiana 5
Cipriano 13
Cipriano y la Escritura 16
Cipriano y Tertuliano 18
La persecución de Decio 20
La peste 23
Cipriano y la unidad de la Iglesia 25
El martirio 35

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Las herejías y los cismas 41
La unidad de la Iglesia 45
En la Iglesia está la salvación 49
La túnica de Cristo símbolo de la unidad 50
Los símbolos del Antiguo testamento 51
El ejemplo de la paloma 53
Las herejías criban la fe de los creyentes 54
Dondequiera que haya dos o tres reunidos 56
El cristianismo está en la unidad y en el amor 58
Los signos de los tiempos 61
El deber de apartarse de los cismáticos disidentes 62
Ejemplos sobre el castigo de los revoltosos en el Antiguo Testamento 64

Gravedad del pecado contra la unidad 65
El ideal de la paz y de la concordia 70

EL PADRENUESTRO

Introducción 75
Cristo nos ha enseñado a orar 76
Cómo orar 78
El texto del Padrenuestro 81
Nuestra oración es comunitaria 81
Padre nuestro, que estás en los cielos 83
Santificado sea tu nombre 86
Venga tu reino 87
Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra 89
Danos hoy nuestro pan de cada día 93
Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores 96
Y no nos dejes caer en la tentación. 100
Mas líbranos del mal 101
Oración-compendio 102
El ejemplo de Cristo y su oración para que todos seamos uno 103
Orad con todo el corazón 104
Oración y buenas obras 106
Las horas de la oración. 108
Exhortación final 110

A DONATO

Ambientación 115
La conversión 117
El don de la gracia 119
Panorama de la sociedad pagana 120

El espectáculo de los gladiadores 121
El teatro 122
La vida privada 124
El foro 124
Los bienes del mundo 126
El puerto de la salvación 129
Exhortación final 130

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO 135
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 139

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,
2.ª Ed., 326 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno,** HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,
2.ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo,** LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,
2.ª Ed., 256 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno,** LA PASIÓN DE CRISTO,
2.ª Ed., 208 págs.

5 - **Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,
2.ª Ed., 136 págs.

6 - **Atanasio,** LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,
2.ª Ed., 160 págs.

7 - **Máximo el Confesor,** MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS,
2.ª Ed., 136 págs.

8 - **Epifanio el Monje,** VIDA DE MARÍA,
2.ª Ed., 192 págs.

9 - **Gregorio de Nisa,** LA GRAN CATEQUESIS,
2.ª Ed., 172 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,
2.ª Ed., 180 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO,
3.ª Ed., 112 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA - EL PADRENUESTRO - A DONATO,
2.ª Ed., 160 págs.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
2.ª Ed., 232 págs.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
2.ª Ed., 184 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN,
354 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS,
148 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
132 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS,
122 págs.

21 - **Ambrosio,** LA PENITENCIA,
2.ª Ed., 152 págs.

22 - **Gregorio Magno,** LA REGLA PASTORAL,
420 págs.

23 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
252 págs.

24 - **Nilo de Ancira,** TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.

25 - **Jerónimo,** LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.

26 - **Cesáreo de Arlés,** COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
190 págs.

27 - **Atanasio,** VIDA DE ANTONIO,
148 págs.

28 - **Evagrio Póntico,** OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.

29 - **Andrés de Creta,** HOMILÍAS MARIANAS
192 págs.

30 - **Gregorio Nacianceno,** LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,
288 págs.

31 - **Gregorio de Nisa,** VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,
176 págs.

32 - **Basilio de Cesarea,** EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.

33 - **Juan Damasceno,** HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS,
232 págs.

34 - **Juan Crisóstomo,** COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS,
200 págs.

35 - **Gregorio Nacianceno,** FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA,
272 págs.

36 - **Dídimo el Ciego,** TRATADO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,
208 págs.

37 - **Máximo el Confesor,** TRATADOS ESPIRITUALES,
256 págs.

38 - **Tertuliano,** EL APOLOGÉTICO,
256 págs.

39 - **Juan Crisóstomo,** SOBRE LA VANAGLORIA, LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y EL MATRIMONIO,
268 págs.

40 - **Juan Crisóstomo,** LA VERDADERA CONVERSIÓN,
232 págs.

41 - **Ambrosio de Milán,** EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.

42 - **Gregorio Magno,** LIBROS MORALES /1,
408 págs.

43 - **Casiodoro,** INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS,
240 págs.

44 - **Pedro Crisólogo,** HOMILÍAS ESCOGIDAS,
256 págs.

45 - **Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO,
352 págs.

46 - **León Magno,** CARTAS CRISTOLÓGICAS,
288 págs.

47 - **Diadoco de Fótice,** OBRAS COMPLETAS,
208 págs.

48 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL GÉNESIS,
368 págs.

49 - **Gregorio de Nisa,** LA VIRGINIDAD,
192 págs.

50 - PADRES APOSTÓLICOS
640 págs.

51 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES,
128 págs.

52 - **Minucio Félix,** OCTAVIO,
176 págs.

Próximos volúmenes:*

- **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN/2
- **Juan Damasceno,** LA FE ORTODOXA
- **Juan Crisóstomo,** SOBRE EL MATRIMONIO ÚNICO
- **Juan Crisóstomo,** COMENTARIO A LOS SALMOS
- **Gregorio Magno,** LIBROS MORALES/2
- **Rufino,** COMENTARIO AL SÍMBOLO

* El presente orden no prejuzga el orden real de aparición ni el título definitivo de las obras.

Editorial Ciudad Nueva

FUENTES PATRÍSTICAS

SECCIÓN TEXTOS:

1 - **Ignacio de Antioquía,** CARTAS - **Policarpo de Esmirna,** CARTA - CARTA DE LA IGLESIA DE ESMIRNA A LA IGLESIA DE FILOMELIO
2ª Ed., 320 págs.

2 - **Ireneo de Lión,** DEMOSTRACIÓN DE LA PREDICACIÓN APOSTÓLICA
2ª Ed., 272 págs.

3 - DIDACHÉ - DOCTRINA APOSTOLORUM - EPÍSTOLA DEL PSEUDOBERNABÉ
256 págs.

4 - **Clemente de Roma,** CARTA A LOS CORINTIOS - HOMILÍA ANÓNIMA (SECUNDA CLEMENTIS)
240 págs.

5 - **Clemente de Alejandría,** EL PEDAGOGO
746 págs.

6 - **Hermas,** EL PASTOR
314 págs.

7 - **Clemente de Alejandría,** STROMATA I
478 págs.

8 - **Novaciano,** LA TRINIDAD
320 págs.

9 - **Gregorio de Elvira,** TRATADOS SOBRE LOS LIBROS DE LAS SANTAS ESCRITURAS
480 págs.

10 - **Clemente de Alejandría,** STROMATA II-III
560 págs.

11 - **Gregorio de Elvira,** LA FE
200 págs.

12 - **Ambrosio de Milán,** SOBRE LAS VÍRGENES Y SOBRE LAS VIUDAS
328 págs.

13 - **Gregorio de Elvira,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES Y OTROS TRATADOS EXEGÉTICOS
272 págs.

SECCIÓN ESTUDIOS:

1 - **Antonio Orbe,** ESTUDIOS SOBRE LA TEOLOGÍA CRISTIANA PRIMITIVA
920 págs.

2 - **Ramón Trevijano,** ESTUDIOS SOBRE EL EVANGELIO DE TOMÁS
456 págs.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente sociocultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.